

TEMBLORES  
DE AIRE

*En las fuentes del terror*

*Peter Sloterdijk*

PRE-TEXTOS

PETER SLOTERDIJK nació en 1947 y es catedrático de Filosofía en la *Hochschule für Gestaltung* de Karlsruhe. Del autor han sido traducidas al castellano sus obras: *El árbol mágico: el nacimiento del psicoanálisis en el año 1875* (1986), *Crítica de la razón cínica* (1989), *En el mismo barco: ensayo sobre la hiperpolítica* (1994), *Extrañamiento del mundo* (Pre-Textos, 1998), libro que obtuvo el premio Ernst Robert Curtius de Ensayo en 1993; *Normas para el parque humano* (2000), *El pensador en escena* (Pre-Textos, 2001), *Eurotaoísmo* (2001) y *El desprecio de las masas* (Pre-Textos, 2002). Es autor asimismo de: *Kopernikanische Mobilmachung und ptolemäische Abrüstung* (1987), *Zur Welt kommen – Zur Sprache kommen* (1988), *Versprechen auf Deutsch* (1990), *Die Sonne und der Tod* (2001), *Nicht gerettet* (2001) y la trilogía *Esferas* (1998-2003).

Próximamente Pre-Textos editará el libro de entrevistas *Selbstversuch* (1993) y *Falls Europa erwacht* (2002).

*Otros títulos del autor en esta misma colección:*

---

EXTRAÑAMIENTO DEL MUNDO

EL PENSADOR EN ESCENA.

EL MATERIALISMO DE NIETZSCHE

EL DESPRECIO DE LAS MASAS.

ENSAYO SOBRE LAS LUCHAS CULTURALES  
DE LA SOCIEDAD MODERNA

# TEMBLORES DE AIRE

*En las fuentes del terror*

Peter Sloterdijk

*Prólogo y selección fotográfica de  
Nicolás Sánchez Durá*

*Traducción de  
Germán Cano*

PRE-TEXTOS

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

*Primera edición: febrero de 2003*

Diseño cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

Título de la edición original en lengua alemana:

*Lufibeben.*

*An den Quellen des Terrors*

© de la traducción: Germán Cano, 2003

© del prólogo y selección fotográfica: Nicolás Sánchez Durá, 2003

© Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 2002

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2003

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 84-8191-518-1

DEPÓSITO LEGAL: V-25-2003

GUADA IMPRESORES - TEL. 961 519 060 - MONTCABRER 26 - 46960 ALDAIA (VALENCIA)

## ÍNDICE

PRÓLOGO, por Nicolás Sánchez Durá .....	9
I. LA GUERRA DEL GAS O EL MODELO ATMOTERRORISTA	39
II. EXPLICITUD PROGRESIVA .....	79
III. <i>AIR-CONDITION</i> .....	103
VISIÓN GENERAL .....	139

## PRÓLOGO

El ensayo *Temblores de aire. En las fuentes del terror* está escrito entre la voladura de los dos rascacielos neoyorkinos y el secuestro por un comando checheno de los asistentes a un teatro de Moscú. Asalto cuya conclusión –todavía se discute si los gases empleados eran enervantes, anestésicos o una mezcla inodora e incolora de ambos– parece la confirmación empírica de la fantasía profética de Haslinger, citada por Sloterdijk, cuando imagina en *Opernball* la Ópera de Viena convertida por unos criminales en una gran cámara de gas. Está escrito, igualmente, en la época de las ofensivas militares contra la autonomía de los palestinos y de los atentados suicidas. Poco antes, la guerra de Kosovo tuvo la forma de un intensivo bombardeo aéreo sobre Serbia. Y la intervención extranjera en Afganistán consistió sustantivamente en masivos bombardeos de alfombra sobre montañas de difícil acceso, hábitat y refugio de aquellos que se quería eliminar.

Gran parte del ensayo está dedicada a mostrar la genealogía de la forma que ha adquirido el terror moderno a lo largo del pasado siglo, forma cuya explicitud progresiva convoca su apotheosis venidera. Forma o modelo –que llama atmoterrorismo– del que no debe esperarse tanto que todos sus rasgos se prediquen de todos los casos de terror contemporáneo, cuanto que caracterice el modo de su consideración. Precisamente aho-



ra, cuando lo explícito de nuestro ser-en-el-mundo tiene la característica de constituir el medio ambiente como objeto de combate; cuando el terror de nuestra época se define por un especializado saber medioambiental exterminador que ya no apunta con sus armas a los cuerpos discretamente considerados, sino a imposibilitar que el enemigo subsista en un medio carente de condiciones vitales. Con todo, que Sloterdijk afirme que debe entenderse “aire” y “atmósfera” como medios primarios de vida también en sentido simbólico, así como que el terrorismo supone el maligno aprovechamiento de los hábitos de vida de las víctimas –en el modo aeróbico, porque no pudiendo dejar de respirar inhalan lo que ha de eliminarlas; en el modo tardo romántico, porque la víctima no puede despojarse en absoluto de sus hábitos cotidianos–, permite tomar en cuenta casos cercanos cuyo núcleo no es el despliegue técnico sino la *intentio directa* de impactar e inmovilizar para siempre el cuerpo de la víctima.

Cierto es que junto al espanto que suscita el daño físico a las personas y su entorno se extiende una nube oscura, una niebla que va más allá del hecho de que todos los conceptos tengan límites borrosos de aplicación, como afirmara el escéptico Wittgenstein maduro. Pues junto al pasmo que producen esas súbitas aboliciones de la vida de las personas que “estaban allí”, lejos de cualquier campo de batalla como todavía nos lo representamos –e incluso todavía existen en zonas recónditas–, se densifica la dificultad de categorizar lo ocurrido y, al parecer, instalado entre nosotros.

Esa dificultad involucra aspectos ontológicos y morales no escindidos. Pues lo que unos conciben como terrorismo, otros lo piensan como nuevas guerras, incluso como guerra transubstanciada y así –no sin conexión con lo que se decida qué y cómo es lo que acontece– las explicaciones propuestas oscilan desde el comprender que concluye en rechazo, al explicar

que eventualmente se troca en justificación indirecta o neta. No es que Sloterdijk adopte un punto de vista cínico. Su diagnóstico no deslegitima la adopción de medidas policiales, incluso militares, contra grupos cuya acción pública consista en violentar instituciones y personas. Pero más allá de las eventuales decisiones políticas, quiere develar el carácter del terrorismo en lo que tiene de común, desconsiderando cómo éste se presenta: como contraofensiva que pretende dar réplica a una serie de acciones iniciadas por el adversario. Ya que el modo terrorista de proceder puede afectar a todas las partes de un conflicto y el terror se expande cuando se considera al enemigo "bajo el punto de vista de su posible condición de exterminable". En Moscú quienes resolvieron el asalto terrorista con un gas imperceptible, pero mortal para secuestradores y secuestrados, fueron las fuerzas de seguridad del gobierno del Estado.

Sloterdijk señala el uso del gas clórico que hizo el ejército alemán frente a la infantería franco-canadiense el 22 de abril de 1915, en la célebre batalla de Yprés, como el momento inaugural del modelo atmoterrorista. A partir de esa escena se desarrolla todo un saber climatológico negro que no hará sino incrementar el conocimiento de las condiciones de vida del adversario con el fin de asfixiarlo por gases, producir tormentas de fuego que abrasen el aire y su entorno o saturar la atmósfera de radiaciones. Una meteorología de vocación estratégica que intenta cortocircuitar la más imprescindible logística de las poblaciones. El objetivo siempre es una ampliación de la zona de guerra, un mayor dominio de los requisitos vitales del otro, una mayor capacidad de enrarecer hasta el extremo el continuo de hombres y cosas circundantes que imposibilite que los individuos puedan seguir siendo personas. Del combate con gases –gas clórico, iperita o gas mostaza...– al ciclón B de los campos de exterminio nazis, de los bombardeos zo-

nales aliados sobre las ciudades de una Alemania ya derrotada, a las dos bombas atómicas sobre Japón, después el napalm y los defoliantes sobre Vietnam, ahora los experimentos sobre la ionosfera. Todo un despliegue donde, después de Hiroshima, "la catástrofe de lo fenoménico se trueca en definitiva en una catástrofe de lo Fenoménico en cuanto tal".

Muchas de las páginas de *Temblores de aire* están dedicadas a una minuciosa reconstrucción de las relaciones biográficas, industriales e institucionales que conciernen al ensayo, producción, sofisticación y uso bélico del gas en la primera gran guerra. También a las hebras que en la posguerra trasladan su uso militar al uso civil, a la apenas oculta concepción bélico-militar de los espacios públicos y privados a través de las nociones higienistas que hicieron uso de las técnicas gas y de la aereología para la desinfección y la erradicación parasitaria. Usos y prácticas, aleadas de metáforas y otros recursos retóricos, palabras acerca de fluidos y fluidos significados también necesarios para la solución final del *Lager*. Cuando Sloterdijk relata la invención de la cámara de gas en Estados Unidos, da cuenta de cómo su inventor D. A. Turner había servido durante la guerra del 14 en el Cuerpo de Médicos de la Armada, de su función de traductor del uso bélico al uso civil del ácido cianhídrico. Señala entonces "la importancia de la guerra como factor tendente a explicitar fenómenos"; a la vez, subraya la conjunción de humanismo y pragmatismo, la suma legitimadora de lo más indoloro y lo más efectivo, pues Turner argumentaba la disminución del sufrimiento del reo asfixiado frente a su electrocución en la silla.

Hay en todo ello una concordancia con la noción de movilización total que Jünger acuñó en los años treinta, una vez apurado su periodo de realismo heroico. El mismo título, *Temblores de Aire*, sugiere una moderna disolución —más mortífera, dada la ausencia de huecos— de aquella metralla que todo

lo anegaba de fragmentos discretos, de alguna manera todavía visibles, que Jünger llamó *Tempestades de Acero*. También para éste, la guerra había tenido la potencialidad de develar fenómenos que configuraban la época más allá de lo estrictamente bélico. Para él —al igual que el modelo atmoterrorista—, la noción de movilización total es un concepto metapolítico que puede aplicarse a las sociedades con independencia de su régimen o de su específica correlación de fuerzas políticas. Y aunque dicho proceso era manifiesto en el esfuerzo bélico tal como se había revelado en la guerra, no por ello dejaba de ser aplicable en tiempos de paz. Pues afirma, en *La gran imagen de la guerra* (1930), que “la movilización se extiende desde el espacio puramente militar a territorios que primero parecía que le quedaban muy alejados”.<sup>1</sup> Sloterdijk nos avisa sobre la *Sociedad Alemana para la Lucha Antiparasitaria*, de su lenguaje bélico, de sus cursillos de desinfección para civiles y para la *Wermacht*, que empiece en el Este gaseando los piojos de los prisioneros para acabar gaseándolos como piojos. Jünger nos habla de cómo Mussolini llama las medidas especiales para incrementar la producción agrícola *la batalla de los cereales*, o del Trotski que se encarga de la campaña de electrificación de Rusia como antes lo hiciera del Ejército Rojo. Así, la economía de los planes quinquenales soviéticos era reveladora de un proceso general: la unificación en único cauce de la totalidad de los esfuerzos. Pero también revelaba esa movilización la colaboración de los Estados Mayores y de la industria en Estados Unidos.

Véase en este punto lo que Sloterdijk nos cuenta sobre del proceso que conduce desde el *Instituto Emperador Guillermo*

---

<sup>1</sup> Jünger, E., *La gran imagen de la guerra*, incluido en Jünger, E. *El rostro de la Guerra Mundial*, en Sánchez Durá, N. (Edit.), *Ernst Jünger: Guerra, Técnica y Fotografía*. Universidad de Valencia. 2000. p. 163.

*para la Investigación Químico-Física y Electroquímica*, dedicado al diseño de nubes de gases tóxicos con fines militares y las ramificaciones industriales posteriores, pasando por el *team-work* del *Laboratorio Nacional de Los Álamos* que ingenió las Bombas, hasta los actuales programas militares de las *joint-ventures* de empresas aeronáuticas e informáticas. Lo que revela tal proceso es lo que Jünger había anunciado: "que incluso una democracia pura permite realizar con mayor facilidad el tránsito hacia una rígida concentración del poder, gracias a la cual se unifican la energía para el combate y la energía para el trabajo".<sup>2</sup> Para él la movilización total se mostraba en toda una constelación de fenómenos: desde el control y la planificación de las materias primas y abastecimientos, hasta la insospechada ampliación de las competencias de los Estados Mayores y la tendencia a identificar mando militar y mando político. En general, junto a los ejércitos armados, aparecían los modernos ejércitos de la agricultura, de la alimentación, de la ciencia, de la propaganda y de la industria: "de su trabajo conjunto, constituido siguiendo principios militares fundamentales, se nutre... una guerra de trabajo que satura el espacio vital de los pueblos combatientes sin resquicios ni interrupciones".<sup>3</sup> Es esa saturación del espacio vital de un contenido potencialmente destructivo y destruible lo que conecta las nociones de Jünger y Sloterdijk. También que la noción jüngeriana afirme la volatilización de todos los vínculos en beneficio de la movilidad en todos los órdenes; o incluso que, al considerar la guerra como un proceso donde cualquier movimiento del trabajo es una aportación bélica directa o indirecta, desaparezcan las diferencias entre combatientes y no combatientes. En definitiva, la noción de movilización total concuerda con una de las afirma-

---

<sup>2</sup> Loc. Cit.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 162.

ciones matrices de Sloterdijk: en el siglo xx la idea decisiva de la guerra ya no consiste en apuntar al cuerpo del enemigo, sino a sus condiciones vitales persiguiendo, cuando menos, su desarraigo.

El uso de los gases fue visto por muchos como el amanecer de un mundo nuevo preso del dominio de la técnica y del diseño productivo. En los escritos e imágenes de posguerra el gas es omnipresente. Especialmente en la multitud de revistas ilustradas y fotolibros que se sirvieron de las fotografías de la contienda: en pleno conflicto se utilizaron para demostrar la barbarie, no de la guerra, sino del enemigo; después de la precaria paz de Versalles, para todas las estirpes de la propaganda pacifista. Esas publicaciones, revistas y folletos, la mayoría olvidadas, algunas de cuyas imágenes conocemos hoy descuartizadas de su fotocomposición original, hacen del gas un tema obsesivo. Los ejemplos abundan. En dos fotomontajes de Heartfield para la revista *AIZ* —el nº 42 y 52 de 1933 y 1935— se establece una curiosa relación entre gas, nubes y cielo igualmente enrarecido. En el primero, unos soldados alemanes con sofisticadas máscaras corren hacia el lector saliéndose del plano de la representación, el fotomontaje les ha prendido de la espalda unas angélicas alas teñidas de camuflaje. En el segundo, son los propios ángeles los que cantan el villancico “¡Oh glorioso, oh bendito tiempo de Navidad que traes milagros!”. Todos cubren su rostro con la más variada gama de máscaras antigás y un angelote lleva su modelo infantil.<sup>4</sup> Era ésa una característica muy común del periodo de entreguerras. La foto retocada al lápiz graso, el collage y el fotomontaje permiten incluso inventar máscaras para todas las

---

<sup>4</sup> Hay reproducciones en Evans, D. (Edit), *Jonh Heartfield. Arbeiter-Illustrierte Zeitung. Volks Illustrierte 1930-38*. Kent Fine Art Inc. New York e Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM), Valencia, 1992, p. 165 y 334.

# AIZ

HITLER ERZÄHLT MÄRCHEN

Das Dritte Reich ist ein pazifistisches Reich:



Seine Soldaten  
sind keine Soldaten,  
sie sind Engel  
des ewigen  
Hitlerfriedens,  
nur die Flügel  
sind getarnt.

Fotomontage John Heartfield



„O du fröhliche, o du selige, gnadenbringende Zeit“

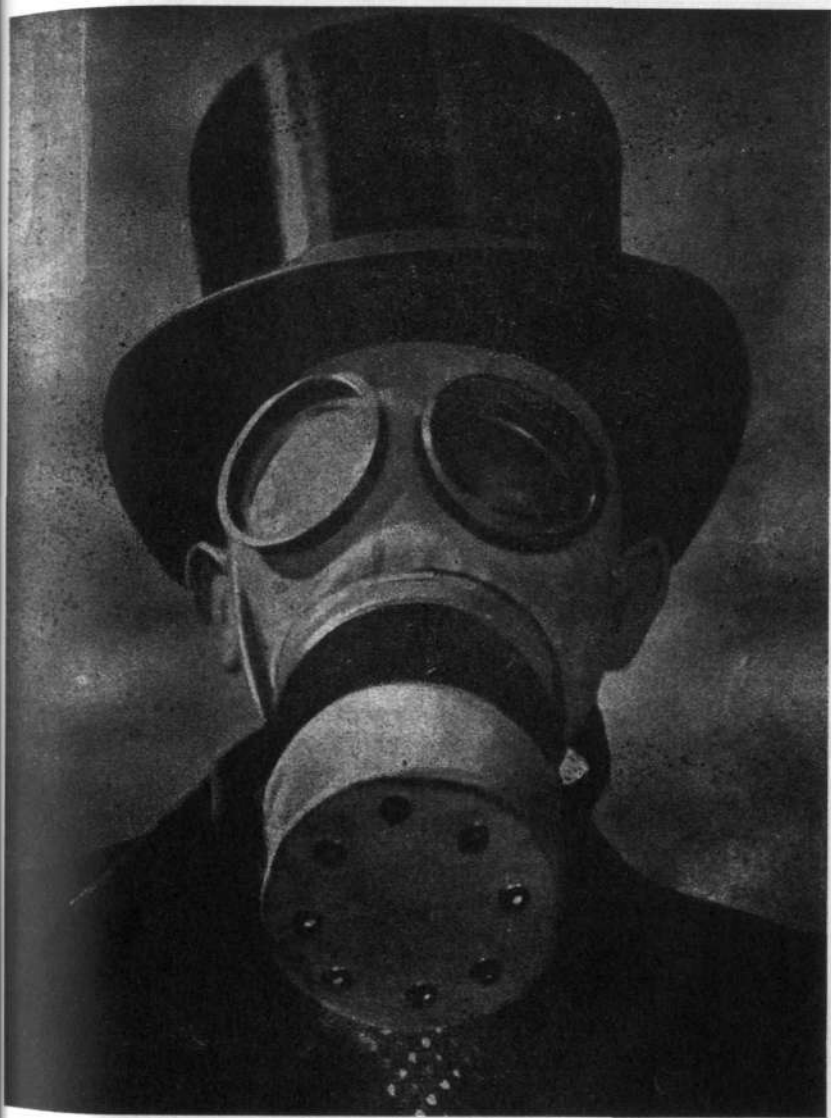


situaciones, como si en el futuro los hombres debieran habituarse a sobrevivir clausurados ante un medio irrespirable y sin rostro, en tanto individuos seriados e indiscernibles a rastras con su propia atmósfera, como afirmara Canetti. Es el caso de la revista propagandística, referida a la guerra europea, *Los crímenes de la guerra, Álbum de fotografías sensacionales e inéditas sobre la barbarie y la miseria de la guerra*, con comentarios de Javier de Lazy, publicada en Barcelona en 1933. En ella vemos un elegante *gentleman*, con sombrero de copa y corbatín, enfundado en una máscara antigás a tono con su porte; en otra página, un caballo asistido por dos hombres aparece enmascarado, quienes lo asisten están totalmente separados de su medio, pues ahora la máscara se convierte en mono aislante, guantes incluidos. El pie de foto diríase la consumación del atmoterrorismo: "No solamente la población, sino también los animales domésticos tendrán que sufrir la tortura de esas máscaras que los convierten en seres apocalípticos. ¿Y para qué? Para ver en minutos alucinantes la muerte de todo lo vivo de la Tierra y morir ellos después".<sup>5</sup> Todas las edades, todas las situaciones vitales, todos los vivientes enmascarados. Con aspecto literalmente de extraterrestres, pues es propio de esta forma de terror "el desterramiento" [*Heimatlosigkeit*], afirma Sloterdijk parodiando a Heidegger. Luego veremos que esa imposibilidad de abandonarse tranquilamente a lo que parece primariamente dado, a un entorno benéfico, se extiende desde el aire a los valores, dioses, patria o arte, por efecto de ese movimiento de la modernidad consistente en socavar toda latencia.

Las fotografías eran en blanco y negro, los relatos en color. Robert Graves, en *Adiós a todo eso*, sus memorias de oficial

---

<sup>5</sup> *Los crímenes de la guerra, Álbum de fotografías sensacionales e inéditas sobre la barbarie y la miseria de la guerra*, Talleres Gráficos Armengol, Barcelona, 1933, sin paginación.





de los Fusileros Reales de Gales en el frente de Francia, publicadas en 1929, escribe: "entre los heridos había un gran número de hombres con los rostros amarillentos y temblorosos. Tenían los botones teñidos de verde: habían sido víctimas del gas". No hay mejor imagen de la corrosión de todo lo circundante que esos botones reverdecidos y, a su vez, venenosos. La descripción de Graves de uno de aquellos múltiples ataques –que no alteraron significativamente el frente del Oeste a lo largo de la contienda– es reveladora de una forma de terror que apenas despunta. El oficial que dirige el ataque del sector piensa que el gas "es condenable", que "no es digno de un soldado usar un material como ése... es sucio y nos traerá mala suerte".<sup>6</sup> Las órdenes eran disparatadas teniendo en cuenta la meteorología, la inexperiencia de los estudiantes de química que lo manejan, la artillería alemana que rompe los cilindros que lo contienen... El gas invade las propias trincheras y las rudimentarias máscaras –primero algodón impregnado atado a la nariz con una gasa, después un saco de fieltro sin abertura para la boca con una franja de mica quebradiza para los ojos– nada pueden. Los pelotones y escuadras quedan aislados de sus oficiales de asalto, éstos del puesto de mando y de las propias trincheras de apoyo. Los soldados confunden el gas propio con el gas lacrimógeno del enemigo, se quitan y ponen las máscaras, se ahogan, no ven nada y son abatidos por la artillería amiga y ajena, por las granadas, las ametralladoras y las descargas de fusilería. Nadie sabe qué está pasando; tampoco, tras el estrepitoso fracaso, lo ocurrido. Prohibido su nombre, una orden especial obligaba, bajo amenaza de severos castigos, a utilizar en lugar de "gas"

---

<sup>6</sup> Graves, R., *Adiós a todo eso*, El Aleph Editores. Barcelona. 2002, pp. 239 y 231. Todas las memorias de Graves son una excelente crónica de la progresiva tecnificación de la guerra del 14. Para los gases, véanse las pp. 150-262.

el vocablo "accesorio". Era, con todo, un accesorio rudimentario.

Sin embargo, la explicación de lo aéreo no dejó de mejorar y precisarse. Cuando en 1930 Walter Benjamin considera, en *Teorías del fascismo alemán*, el carácter de la próxima guerra, precisamente en polémica con Jünger, sus afirmaciones son sorprendentemente próximas al que cree criticar. Pues para Benjamin, la próxima guerra —que él llama "imperialista"— estaría condicionada, en su núcleo "más duro y fatal", por el hiato entre los "inmensos medios de la técnica y la ínfima clarificación moral que aportan". Es por ello que toda su consideración se basa en la predicción de que la guerra será de gases y batirá récords de exterminio. De ahí su afirmación que las categorías soldadescas deberían dar paso a las "deportivas, ya que las acciones militares se registrarán como récords".<sup>7</sup> No obstante, quizá no haya una muestra más plástica del acuerdo *malgré tout* de Benjamin y Jünger que la fotocomposición de cuatro páginas del fotolibro *Die Veränderte Welt [El Mundo transformado]*, editado por Edmund Schultz y Jünger en 1933. Pertenecen a la sección "El rostro transformado del individuo" y en ellas gas bélico y *smog* industrial hacen eco: en una doble página, el pie de foto de la izquierda —"Las máscaras en el combate"— es simétrico al de la derecha —"Visiones fantásticas en el espacio de la técnica". En las dos copias separadas por esta última inscripción, varios trabajadores enmascarados recubren su cuerpo de trajes de amianto en un ambiente fabril; en las dos anteriores, vemos un grupo femenino de exploradoras vestidas con uniforme antigás, también los pilotos de una escuadrilla americana con los buzos y máscaras necesarios para respirar a gran

---

<sup>7</sup> Benjamin, W. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Taurus. Madrid. 1999 pág. 47 y 48.

altura.<sup>8</sup> Siempre hombres y mujeres desposeídos de su rostro, aislados de un medio irrespirable.

En este punto cabe inscribir la apelación de Sloterdijk a Hermann Broch. Su teoría de los “estados crepusculares” no hace sino tomar la guerra con gas, o mejor, el gaseamiento general como modelo heurístico cuando de determinar el comportamiento de las masas se trata. Un comportamiento determinado por atmósferas saturadas de sus propias exhalaciones ideológicas, alucinatorias, que radio y prensa no tanto provocan cuanto acondicionan, en una primera manifestación del *air-conditioning* y del *air-design* de las grandes superficies comerciales contemporáneas. Si aquellas atmósferas ponzoñosamente retoolimentadas eran ambientes estancos respectivamente inaccesibles, en éstas el fin es estimular el consumo masivo: de la masa que tiende a la descarga, a la masa ansiosa de entretenimiento, por decirlo al modo de *El desprecio de las masas*.<sup>9</sup> Benjamin estaba equivocado, también Broch: la segunda guerra no se basó en gases asfixiantes. Sin embargo, no por ello el modelo atmoterrorista, en su abstracción, dejó de cumplirse. Ahora en la forma de “tempestades de fuego” aéreo que dejan tras de sí, escribe Sloterdijk, “las máscaras de Hiroshima”, rostros de los supervivientes que reflejan “una nueva figura de la apatía” frente a un mundo sustraído por “una tempestad de luz” que es devuelto “como desierto contaminado por radiaciones”.

Es curioso que Sloterdijk en su genealogía no mencione al general italiano Giulio Douhet, que teorizó la guerra total conectando su posibilidad con el desarrollo de los bombardeos aéreos masivos sobre la población civil. De título significativo,

---

<sup>8</sup> Schultz, E. y Jünger, E., *Die Veränderte Welt. Eine Bilderfibel Unserer Zeit*, Wilh. Gottl. Korn Verlag, Breslau, 1933, pp. 48-49. La editorial Pre-Textos prepara en la actualidad una edición crítica de esta obra.

<sup>9</sup> Sloterdijk, P., *El desprecio de las masas*, Pre-Textos, Valencia, 2002.

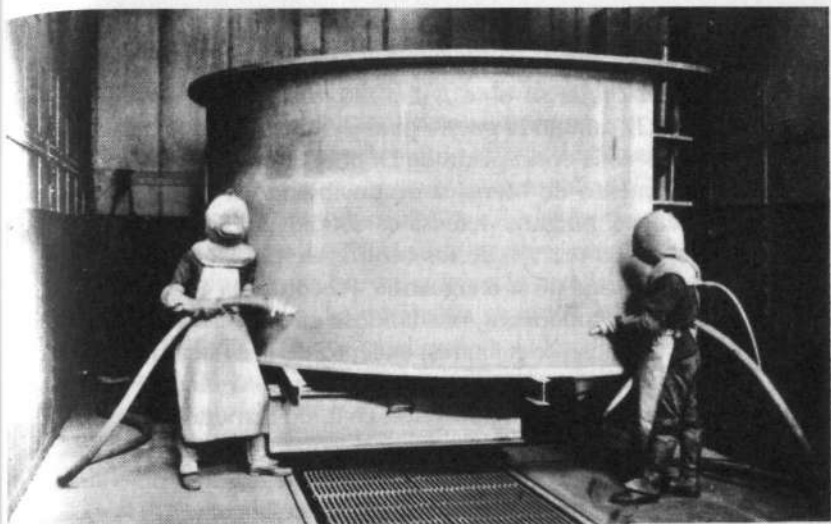


*Aviadores estadounidenses equipados para vuelos de altura*

## LA MÁSCARA EN EL COMBATE

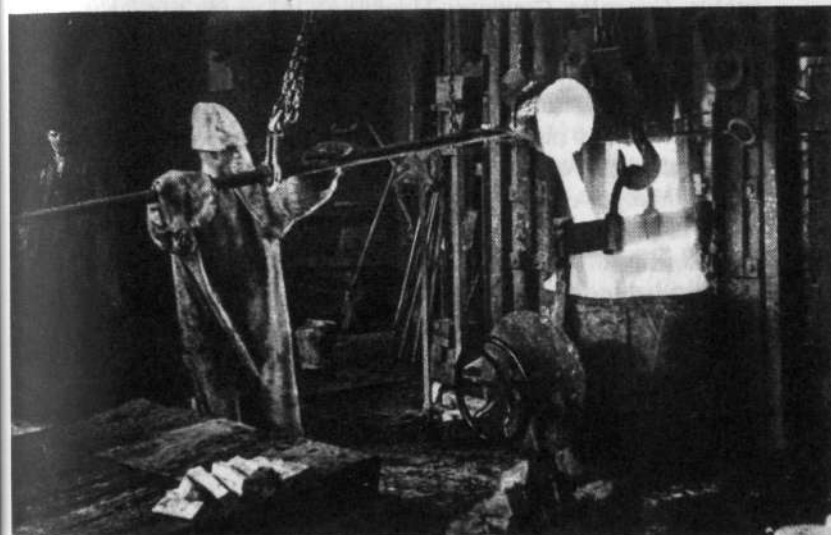


*Scouts femeninas en uniforme de protección contra gas*



*Cebando una caldera*

ESCENAS FANTÁSTICAS EN EL ÁMBITO DE LA TÉCNICA



*No es ningún alquimista medieval, sino un trabajador moderno en traje de amianto*



la publicación de su obra *Il dominio dell'aria* [*El dominio del aire*] (1927) cambió la guerra para siempre. Los dos principios relevantes de la concepción de Douhet eran que la aviación es un instrumento de ofensiva de posibilidades incomparables contra el cual ninguna defensa es definitivamente eficaz y que el bombardeo masivo de los centros de población permitiría quebrar la moral de la retaguardia. Preconizó la destrucción de los recursos económicos, olvidándose en lo esencial de los objetivos clásicamente militares, excepto de la aviación enemiga que debía ser destruida en el suelo. Pero lo central de su teoría era aterrorizar a la población civil, de manera que "pronto llegaría el momento en el que, para poner fin al horror del sufrimiento, los individuos, empujados por el instinto de conservación, se sublevarían para exigir el fin de la guerra".<sup>10</sup> Por ello propuso el uso de bombas incendiarias y asfixiantes. En la segunda guerra mundial todos siguieron su punto de vista a rajatabla. Guernica, Coventry, Hamburgo o Dresde son las conclusiones y las dos Bombas, la culminación. El equilibrio del terror hizo de Vietnam el paroxismo de la teoría de Douhet con armas convencionales: se bombardeó las poblaciones urbanas con explosivos y napalm, las zonas rurales con fósforo, napalm y el equivalente químico de aquellos primitivos gases.

Sin embargo, en esa guerra hubo un bombardeo que resultó ser el rayo que anunciaba un mundo nuevo: el del puente de Thanwa en 1972, un puente usado para introducir el equipamiento chino y soviético desde Vietnam del norte a Vietnam del sur. Lo cuenta Ignatieff en *Virtual Wars*.<sup>11</sup> Al no poder ser destruido desde un avión pilotado, la fuerza aérea de los Esta-

---

<sup>10</sup> Douet, G., *Il dominio dell'aria*, Instituto Nazionale Fascista di Cultura, Roma, 1927.

<sup>11</sup> Ignatieff, M., *Virtual Wars. Kosovo and Beyond*, Metropolitan Books, New York, 2000, pp. 161 y ss.

dos Unidos improvisó un misil que podía dispararse desde un avión para después ser guiado hasta su impacto por un técnico que recibía las imágenes de su trayectoria desde una cámara de televisión instalada en el ingenio autopropulsado. Jean Norton Cru, en *Du Témoignage* (1930), discute la “paradoja de Stendhal” a propósito de Fabrice de Dongo, personaje de *La cartuja de Parma*: había participado en la batalla de Waterloo pero no la comprendía. Lo que había vivido ¿era la batalla de Waterloo? El Estado Mayor es el que ve la batalla, pero “desde arriba”.<sup>12</sup> Después del puente de Thanwa fueron posibles guerras –y modos de aterrorizar a las poblaciones– que ya no tenían el inconveniente de la “niebla” –la invisibilidad e incertidumbre debidas al desorden y la fragmentación de la experiencia propias del campo de batalla–, ni de “la fricción” con territorios difíciles o condiciones meteorológicas adversas. Recuérdese en este punto la descripción que hacía Graves de aquel ataque en la guerra del 14.

A partir de los misiles y del armamento de guía precisa a distancia, las formas de destrucción adquieren características apuntadas en la teoría de Douhet, pero cuya explicitud máxima Sloterdijk la cifra en el momento ionosférico del modelo atmoterrorista que permitirá controlar por completo la meteorología propia y del adversario: la asimetría, el diseño del campo de batalla, su control, percepción y el *confort level* (incluso moral) de los combatientes propios. Podría resumirse todo ello, como ha señalado Ignatieff, en el afán de impunidad que caracteriza las guerras virtuales. Cuando terminó la guerra de Kosovo, la OTAN no había sufrido ni una sola baja. Pero, justamente, hay una terrible paradoja en justificar una intervención sobre la base de la defensa de los derechos humanos y pretender estar a salvo de todo riesgo. Pues los derechos hu-

---

<sup>12</sup> Norton Cru, J., *Du Témoignage*, Éditions Allia, Paris, 1997, pp. 33 y ss.

manos asumen que las vidas humanas tiene igual valor y pretender ser impune, no tener ninguna baja, supone que las vidas del que interviene importan más que aquéllas por las que se decide la intervención.

El armamento de alta precisión y guía exacta a distancia prosigue con el constante vaciamiento de los campos de batalla, pero llena las ciudades de víctimas. Y no sólo, ni principalmente, por los errores, sino porque la mayoría de los llamados efectos colaterales son, por el contrario, necesariamente objetivos vitales. En la malla etérea de telecomunicaciones y rayos láser que guían los ingenios destructivos, lo que se persigue son los centros de mando, los centros de información y comunicación, las redes neurálgicas de las sociedades. Una central eléctrica proporciona energía tanto a los hospitales como a los centros de computación militares. Las distinciones entre lo civil y lo militar se borran de nuevo. Lo vio Jünger y Sloterdijk deduce las consecuencias. También en este caso la mezcla de humanismo y pragmatismo, de lo más indoloro y lo más eficaz, resulta desmentida.

¿Fue la batalla de Yprés la escena inaugural de este modelo? El mismo Sloterdijk sugiere no tomar literalmente la expresión. Pero quizá convenga subrayar que aquella batalla de gases fue posible porque aquella guerra, a diferencia de las guerras de gabinete, ya se había hecho abstracta. J. Glover, en *Humanidad e inhumanidad*, ha reconstruido la cadena de justificaciones que retrotrae el uso de las dos Bombas a las 100.000 víctimas del bombardeo de Tokio con explosivos de fósforo, éste a los bombardeos zonales sobre Alemania defendidos por "Bomber" Harris, y aun éstos a otro episodio: el número de víctimas que causó el bloqueo naval de la Alemania guillermina.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Glover, J., *Humanidad e inhumanidad, Un historia moral del siglo xx*, Cátedra, Madrid, 2001.

Ese bloqueo supuso el mayor número de víctimas de todos los hechos de guerra a los que sirvió de justificación racional posterior, entre 500.000 y 800.000, según estimaciones de las comisiones de evaluación inglesas. El bloqueo era el síntoma de cómo se podía hacer la guerra matando a las poblaciones al alterar su entorno, pues tenía el fin no sólo de cortar los abastecimientos y provocar la hambruna, sino de que la agricultura absorbiera esfuerzos sustraídos a otros frentes. Era la prueba de que en la época de la técnica los individuos se reducen a masa cuantificable, a cantidades de trabajo, y que las personas sin rostro, lejanas en su abstracción, son susceptibles de acciones horrorosas que por su complicada ejecución técnica suponen la opacidad de la responsabilidad de los ejecutores. Pues dichas acciones se caracterizan por la pasividad de muchos de sus agentes, la fragmentación de la responsabilidad y el deslizamiento moral de un precedente a otro. La fórmula aún abstracción, dominio técnico, distancia física y su concomitante ceguera moral.

Ahora bien, llegados a este punto el modelo de Sloterdijk adquiere una generalidad extrema. El surrealismo o los cuadros *Cuadrado negro* y *Cuadrado blanco* de Malevich son considerados –y, por ende, la modernidad estética de la cual son casos paradigmáticos– “miméticos del terror y análogos a la guerra”: su objeto ya no es la representación sino el desmascaramiento del contexto. Y así, el soporte, la peana o el espacio expositivo se convierten, por una metonimia generalizada, en objeto del arte. Hace dos décadas Brian O’Doherty escribió *Inside the white cube* para la revista *Artforum*. Allí afirmaba: “hemos llegado a un punto en que no vemos *en primer término* el arte, sino el espacio en el que se localiza en el *white cube* [i.e., la galería]...la mística del plano de superficie...ha sido transferida al *contexto* del arte”. Ese proceso que hace de un contexto cada vez más amplio el objeto de tematización, no

ha hecho sino acelerarse. Uno de los lugares privilegiados para detectarlo son los escritos de Kosuth, artista conceptual cuyos escritos pueden ser usados como prueba: al cabo, propone disolver el arte en la antropología y el artista-en-tanto-antropólogo como crítico que comprende su cultura haciendo explícita su naturaleza implícita. Con la obra de Jaspers Johns y Frank Stella –afirma en *Painting versus Art versus Culture (or, why you can paint if you want to, but It probably won't matter)*, 1971– “empezó el proceso de mirar al exterior, de hacer el contexto importante... [el *minimal art*] no nos ofreció ningún lugar donde mirar sino al exterior: primero lo físico, después los contextos social, filosófico, cultural institucional y político –todos ellos devinieron por necesidad el foco de atención de nuestra obra”.<sup>14</sup> Después del momento heroico patético, el momento cínico: en los años ochenta, los óleos de Simon Linke reproducían, con factura pulcramente pictoricista, los anuncios en *Artforum* de las exposiciones de las galerías de arte contemporáneo. Jeffrey Deitch concluía su comentario de la obra de Linke afirmando: “*Advertising itself may prove to be the most powerful art medium ever invented*”.<sup>15</sup> Parece difícil encontrar asertos que se ajusten más explícitamente al diagnóstico que Sloterdijk deduce de la *performance* de Dalí en el Londres de 1936.

Así, el modelo adquiere su generalidad máxima: terror, iconoclasia y ciencia son tres poderes “profanadores de la latencia”. El primero explicita qué es el medio ambiente al consi-

---

<sup>14</sup> Kosuth, J., *Painting versus Art versus Culture (or, why you can paint if you want to, but it probably won't matter)*, en *Art after philosophy and after*, Collected Writings 1966-1990, The Mit Press, Cambridge and London, 1991, p. 90. Véase, también, Sánchez Durá, N., “El fantasma etnológico del arte contemporáneo”, *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 8, 2002, pp. 111-130.

<sup>15</sup> [“La propia publicidad puede llegar a ser el medio más poderoso del arte jamás inventado”]. Deitch, J., “Abstract Advertising”, en *Simon Linke*, Lisson Gallery, London & Tony Shafrazi Gallery, New York, 1987, sin paginación.

derarlo bajo el aspecto de su vulnerabilidad; la segunda, qué sea la cultura al hilo de su parodia; la tercera, qué es la naturaleza a la luz de su contingencia y de los injertos que el despliegue tecnológico posibilita. El desarraigo queda generalizado y *todo* entorno se patentiza como construcción histórica. No hay lugar natal, ni las banderas de las patrias, hechas de viento, pueden aspirar a trocearlo, pues hoy –más que nunca– se ha disuelto. Desconfiados de encontrar un resguardo original y prístino, la integridad ya no puede concebirse sino “como la contribución propia de un organismo que cuida él mismo de delimitarse respecto al medio ambiente”. ¿Como una emboscadura? Una emboscadura escéptica, en todo caso; una marcha a un bosque que se sabe artefacto no originario.

*Nicolás Sánchez Durá*

TEMBLORES DE AIRE

*Sin aliento por la tensa atención, sin aliento por  
la opresión en la irrespirable opalescencia de la  
noche...*

Hermann Broch, *La muerte de Virgilio*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Hermann Broch, *Der Tod des Virgils*, Frankfurt/M., 1976, p. 103 [trad. castellana: *La muerte de Virgilio*, Madrid, Alianza, 1998. Trad. J. M. Ripalda].



## I. LA GUERRA DEL GAS O EL MODELO ATMOTERRORISTA

Si hubiera que señalar a bote pronto, reduciendo a la mínima expresión los tecnicismos, qué inconfundibles señas de identidad ha aportado el siglo xx a la historia de la civilización junto a sus incomparables producciones artísticas, seguramente bastaría con responder haciendo referencia a tres criterios. Quien quiera comprender qué es lo que reviste de originalidad esta época, no puede por menos de tomar en consideración la práctica del terrorismo, el concepto de diseño productivo y la reflexión en torno al medio ambiente. Gracias a la primera, las interacciones entre enemigos se han asentado sobre nuevas bases posmilitares; gracias al segundo, el funcionalismo ha vuelto a conseguir conectar con el mundo de lo visible; y gracias a la tercera, los fenómenos vitales y cognoscitivos se han entreverado con una hondura hasta la fecha desconocida. La unión de estos tres fenómenos marca con su impronta un aceleramiento en la búsqueda de explicación o, lo que es lo mismo, la reveladora inclusión de los datos contextuales en el plano de las operaciones manifiestas.

Y si, conforme a lo que acabamos de mencionar, hubiera que determinar, además de la cuestión propuesta, el momento en el que este siglo arranca, se podría dar una respuesta bastante exacta. Siguiendo este mismo hilo conductor, habría que aclarar cómo estas tres características fundamentales se concitaron

en los albores del siglo en el marco de una única escena originaria. El siglo xx quedó inaugurado de modo espectacular el 22 de abril de 1915 con el primer uso masivo de gas clórico como recurso bélico en manos de un "Regimiento de Gas" de la armada alemana del Frente-Oeste equipado para tal fin que, apostado en el saliente norte de Yprés, luchaba contra las posiciones de la infantería franco-canadiense. Durante las semanas precedentes, los soldados alemanes, sin ser advertidos por las tropas enemigas, habían diseminado en este sector del frente fuera de las trincheras alemanas miles de botellas de gas ocultas que se alinearon en baterías de un tipo hasta ahora desconocido. Fue exactamente a las 18.00 horas, en una situación preponderante de viento norte-nordeste, cuando 1.600 botellas grandes (40 kg.) y 4.130 pequeñas (20 kg.), todas ellas llenas de gas, fueron abiertas por la avanzadilla de este nuevo regimiento bajo la orden de mando del mayor Max Peterson. A raíz de este "vaciamiento" de la sustancia gaseosa, se liberaron cerca de 150 toneladas de cloro en torno a una nube de gas de aproximadamente 6 kilómetros de ancho, con un espesor de entre 600 y 900 metros.<sup>2</sup> Una fotografía desde el aire registró para la memoria histórica este avance de la primera nube tóxica de guerra sobre el frente de Yprés. El viento propicio provocó que la nube se aproximara a las posiciones francesas a una velocidad de dos a tres metros por segundo; la concen-

---

<sup>2</sup> Seguimos aquí las informaciones aportadas en la exposición de Dieter Martinetz, *Der Gas Krieg 1914-1918. Entwicklung, Einsatz und Herstellung chemischer Kampfstoffe. Das Zusammenwirken von militärischer Führung, Wissenschaft und Industrie* [La guerra del gas 1914-1918. Desarrollo, aplicación y producción de sustancias tóxicas de guerra. La actuación conjunta de mando militar, ciencia e industria], Bonn, 1966. Variantes insignificantes relativas a las descripciones de lugares, fechas o cifras de cantidades pueden encontrarse en la monografía de Olivier Lepick, *La grande guerre chimique: 1914-1918* [La gran guerra química: 1914-1918], Paris, 1998.

tración de aire tóxico que registraba en ese momento el aire era de casi un 0,5 por ciento: la exposición continuada a esta atmósfera originó daños irreparables a las vías respiratorias y los pulmones.

El General francés Jean-Jules Henry Mordacq (1868-1943), emplazado en este justo momento cinco kilómetros detrás del frente, recibió poco después de las 18:20 horas una llamada telefónica desde el campo de batalla, en la que un oficial del regimiento I de fusileros, cuyo atrincheramiento estaba próximo al frente, le informaba de la súbita aparición de unas enormes nubes de humo amarillentas que, partiendo de las trincheras alemanas, se acercaban a las posiciones francesas.<sup>3</sup> En el momento en que Mordacq, a causa de esta alarma —al principio puesta en entredicho, luego confirmada por llamadas posteriores—, ya estaba dispuesto, junto con sus ayudantes, a montar en el caballo para examinar en persona la situación real en el frente, empezaron a sufrir tanto él como sus acompañantes graves dificultades respiratorias, ganas de toser y molestos zumbidos en los oídos; después de que los caballos se negaran a obedecer las órdenes, a la guarnición de Mordacq no le quedó más remedio que aproximarse a la zona gaseada a pie. Fue en ese instante cuando se dieron de bruces con montones de soldados que eran víctimas de ataques de pánico, algunos con los uniformes desabrochados, escupiendo sangre o pidiendo agua a gritos. Algunos de ellos hasta se revolcaban por el suelo mientras hacían vanos esfuerzos por aspirar algo de aire. A eso de las 19:00 horas se abrió una brecha de seis kilómetros de ancho en el frente franco-canadiense; aproximadamente a esta misma hora las tropas alemanas avanzaron y coronaron

---

<sup>3</sup> Jean-Jules Henri Mordacq, *Le drame de l'Yser* [El drama del Iser], París, 1933, citado en Rudolf Hanslian (ed.), *Der chemische Krieg* [La guerra química], (3ª edición), Berlín, 1935, pp. 123-124.

Langemarck.<sup>4</sup> Las unidades atacantes no disponían para protegerse más que de rollos de gasa, los cuales se empapaban con una solución sódica y un líquido de contenido cloral, para luego ser aplicados sobre la boca y la nariz. Mordacq sobrevivió al ataque y publicó sus memorias de guerra en el mismo año en que Hitler tomó el poder.

El éxito militar de la operación no fue en ningún momento puesto en cuestión. Pocos días después de los sucesos de Yprés, el emperador Guillermo II recibió en audiencia personal al director científico del Programa de Gas para la Guerra, el profesor de química Fritz Haber, responsable a la sazón del Instituto Emperador Guillermo de Dahlem para la Investigación Químico-física y Electroquímica, para ascenderlo al rango de capitán.<sup>5</sup> En todo caso, la idea que más se extendió sobre la opinión pública fue que las tropas alemanas, sorprendidas ellas mismas por la eficiencia de los nuevos métodos, no habían sabido rentabilizar con suficiente energía su triunfo del

---

<sup>4</sup> Cfr. Martinetz, *op. cit.*, pp. 23 y ss.

<sup>5</sup> El profesor Fritz Haber (1868-1934) también fue en la época del conflicto el Director de un informe sobre las "Características de la lucha con gas" en el Ministerio de la Guerra. Haber tuvo que abandonar Alemania en 1933 a causa de su ascendencia judía, después de que todavía en el verano de ese mismo año hubiera asesorado al mando militar del *Reich* acerca del restablecimiento de un arma compuesta de gas tóxico. Después de residir en Inglaterra, murió el 29 de enero de 1934 en Basilea mientras viajaba a Palestina. Algunos de sus familiares perdieron la vida en Auschwitz. En la ciencia militar se conserva su recuerdo por un producto altamente nocivo, el llamado *Haber*, que surge por la multiplicación de una concentración tóxica en un cierto tiempo de exposición (el *producto c-t*). Casi huelga decir que Haber, después de 1918, se dedicó a realizar tareas civiles del mismo tenor, en particular, a llevar a cabo en el mundo agrario "la campaña contra la eliminación de parásitos". La concesión en el año 1918 del Premio Nobel de Química a Haber con motivo de su descubrimiento de la síntesis del amoníaco desencadenó violentas protestas en Inglaterra y Francia, donde su nombre se asociaba sobre todo con la organización de la guerra química.

22 de abril. Las informaciones en torno al número de víctimas, en cambio, siguen discrepando de manera radical. Según las fuentes francesas no oficiales, no habrían existido más que 625 intoxicados por gas, de los cuales apenas habrían sido tres los muertos por envenenamiento, mientras que, si atendemos a las primeras informaciones alemanas, la cifra ascendería a 15.000 intoxicados y 5.000 muertos, una cantidad que a decir verdad, que en el transcurso de las sucesivas investigaciones sobre el hecho se ha ido mostrando con el tiempo a la baja. Resulta evidente que en estas diferencias se ponen de manifiesto luchas interpretativas que revelan el sentido moral y técnico-militar de las operaciones desde puntos de vista diferentes. En el informe de una de las autopsias realizada por los canadienses a una víctima del gas encontrada en un sector del frente especialmente amenazado por el peligro tóxico, se decía lo siguiente: "En la separación de los pulmones el organismo supura considerables cantidades de un líquido amarillo claro espumoso, a primera vista muy proteínico [...], las venas en la corteza cerebral estaban sobremanera obstruidas, todos los pequeños vasos sanguíneos habían irrumpido de modo llamativo".<sup>6</sup>

En el momento, pues, que el desgraciado siglo xx se dispone hoy a pasar página en los libros de historia bajo el rótulo de "época de los extremos", perplejo ante la falta de actualidad de sus frentes de combate y conceptos bélicos —sus guiones para la historia universal no se han amarilleado menos que los llamamientos de los teólogos del Medioevo a la liberación del Santo Sepulcro—, uno de los modelos técnicos del siglo recién extinto llama cada vez más la atención. Cabría definirlo como la introducción del medio ambiente en la lucha librada entre facciones adversas.

---

<sup>6</sup> Martinetz, *op. cit.*, p. 24.

Desde que existen la artillerías, una de las ocupaciones principales de los señores de la guerra y de la defensa consiste en dirigirse al enemigo y sus escudos defensivos realizando disparos inmediatos. Quien quiere eliminar al oponente según las reglas técnico-militares adecuadas para dar muerte a distancia, no puede menos de abrigar, con la ayuda de un cañón de artillería, una *intentio directa* [*intención directa*] que apunta a su cuerpo, del mismo modo que se necesita inmovilizar el objetivo deseado por medio de impactos lo suficientemente ciertos. Desde las postrimerías de la Edad Media hasta los albores de la Primera Guerra Mundial se conviene en definir al soldado como alguien que es capaz de encarnar y “albergar” esta intencionalidad. Durante este tiempo la virilidad se codifica al lado de otros rasgos como la capacidad y disposición de dar muerte a un enemigo de un modo causalmente directo: bien con las propias manos, bien con la propia arma. Apuntar a un oponente es, por así decirlo, una suerte de continuación del duelo con medios balísticos. De ahí que el gesto de dar muerte de hombre a hombre siga estrechamente ligado a la imagen burguesa del valor personal y de la posible heroicidad: también de este modo la idea sigue ejerciendo influencia, aunque de modo anacrónico bajo nuevas condiciones, como el combate a distancia o la lucha técnica. Si los miembros de los ejércitos del siglo xx hubieran podido estar de acuerdo en algo, habría sido en su opinión de que practicaban un oficio “viril” y, teniendo en cuenta las condiciones de guerra, “honrado”, pues apelarían al riesgo derivado de los inmediatos encuentros de homicidio. La manifestación más significativa de ello, por lo que respecta a la dimensión técnica del armamento, es el fusil con bayoneta calada: si la eliminación (burguesa) del enemigo mediante disparos lejanos hubiera de fracasar por alguna razón, esta arma permitiría regresar a la perforación directa (aristocrática y arcaica) desde una distancia cercana.

El siglo xx pasará a la memoria histórica como la época cuya idea decisiva de la guerra ya no es apuntar al cuerpo del enemigo sino a su medio ambiente. He aquí el pensamiento fundamental del terror en un sentido explícito. Su principio básico ya fue proféticamente anunciado por Shakespeare en boca de Shylock: "Me arrebatáis la vida cuando me arrebatáis los medios que me permiten vivir".<sup>7</sup> En la actualidad, al lado de los medios económicos, un foco importante de atención también son las condiciones ecológicas de la existencia humana. En los nuevos modos de actuación, orientados a la supresión de las condiciones vitales del enemigo a través de un ataque a su medio ambiente, se perfilan los contornos de un concepto de horror poshegeliano, idiosincrásicamente moderno.<sup>8</sup> El horror que define el siglo xx es, por definición, algo más que ese me-es-lícito-porque-yo-quiero, con el que la autoconciencia jacobina pasaba por encima de los cadáveres que obstaculizaban su marcha en pos de la libertad; se diferencia también esencialmente de los atentados perpetrados por anarquistas y nihilistas en el último tercio del siglo xix, quienes sólo tenían en mente una desestabilización pre-revolucionaria del orden social bur-

---

<sup>7</sup> "You take my life/When you do take the means whereby I live", Shakespeare, *The merchant of Venice*, cuarto acto, escena primera [Hay traducción castellana: *El mercader de Venecia*, Madrid, Publicaciones del Centro Dramático Nacional, 1993. Trad. Vicente Molina Foix].

<sup>8</sup> Cfr. G. W. Hegel, *Phanomenologie des Geistes*, Frankfurt/M., 1970, pp. 431 y ss. [Hay traducción castellana: *Fenomenología del espíritu*, México, F.C.E., 1976. Trad. Wenceslao Roces]. En el terror cristaliza, según Hegel, "la discreta y dura rigidez absoluta y la meticulosa puntualidad de la autoconciencia real [...]. De ahí que la única obra y el único acto de la libertad universal sea la muerte, una muerte, a decir verdad, que no dispone de ningún plano interno o cumplimiento, pues lo que se niega es el punto incumplido del sí mismo absolutamente libre; es ésta por tanto la muerte más fría y más insulsa, sin otro sentido que la de cortar una cabeza de col o la de beber un sorbo de agua" (*ibid.*, p. 436).

gués y aristocrático tardío.<sup>9</sup> Tampoco es lícito, finalmente, confundirlo, ni por metodología ni siquiera por su cuadro de fines, con la técnica fobocrática de dictaduras existentes o emergentes caracterizadas por doblegar a sus propias poblaciones utilizando una calculada mezcla de "ceremonia y terror".<sup>10</sup> El horror de nuestra época se define por ser una forma de manifestación modernizada de saber exterminador, especializada teóricamente en temas de medio ambiente, en razón de la cual el terrorista comprende a sus víctimas mejor de lo que ellas se comprenden a sí mismas. Si el cuerpo del enemigo ya no se puede exterminar asestándole golpes directos, lo que se impone ahora al atacante es la posibilidad de hacer imposible que aquél siga existiendo envolviéndole durante un tiempo determinado en un medio privado de las mínimas condiciones vitales.

De esta conclusión se colige la existencia de la "guerra química", por cuanto ésta representa una ofensiva dirigida contra las funciones vitales primarias y dependientes del medio ambiente del enemigo, a saber, la respiración, las funciones del sistema nervioso central y las situaciones vitales relativas a la radiación y temperatura. Aquí lo que tiene lugar es, de hecho, el paso de la guerra clásica al terrorismo: este último tiene ahora como presupuesto la negativa a abrazar el viejo sonido del batir de las armas ligeras entre contrincantes de la misma alcurnia. El terror opera así más allá del ingenuo intercambio de golpes armados entre tropas normales. Aspira a sustituir las formas clásicas de lucha por atentados dirigidos a los presu-

---

<sup>9</sup> Cfr. Albert Camus, *L'homme révolté*, París, 1951 [*El hombre rebelde*, Buenos Aires, Losada, 1963. Trad. Luis Echávarri], en donde se acentúa la diferencia entre el terror individual y el terrorismo de Estado.

<sup>10</sup> Cfr. Joachim Fest, *Hitler. Eine Biographie* [*Hitler. Una biografía*], München, 2000, p. 205.



puestos vitales medioambientales del enemigo. Una transformación de este tenor se da a entender en el momento en que se encuentran adversarios en situación de extrema desigualdad, una situación que puede apreciarse en la actual coyuntura bélica de guerras no estatales y de fricciones existentes entre ejércitos estatales y combatientes que no pertenecen a Estado alguno.

Lo que hace que el ataque con gas tóxico en la guerra librada entre 1915 y 1918 sea un fenómeno singular dentro de la historia militar, si lo analizamos desde un punto de vista retrospectivo, es que en ambos lados del frente los Estados exigieron la integración de formas de terror medioambiental en las llamadas acciones normales de guerra utilizando además ejércitos convenientemente reclutados a tal efecto, una circunstancia que no tiene reparo alguno en despreciar el artículo 23-a de la Convención de Guerra de La Haya, según el cual la utilización de todo tipo de armas tóxicas o especialmente dañinas para el enemigo, tanto más para la población civil no combatiente, queda expresamente prohibida.<sup>11</sup> En el año 1918 los alemanes tenían a su disposición nueve batallones equipados con armamento de gas y alrededor de 7.000 hombres, mientras los aliados contaban con 13 batallones de "tropas químicas" y con más de 12.000 hombres a su servicio. No carecían, pues, de razón los expertos que hablaban de una "guerra dentro de la guerra". Una fórmula que, tomando en cuenta la violencia desencadenada en el conflicto, no hace sino anunciar la

---

<sup>11</sup> Puesto que ambas facciones en lucha eran conscientes de infringir las convenciones de guerra, no resulta extraño que las dos partes renunciaran a formalizar una protesta ante el gobierno enemigo por la utilización de gases tóxicos. El falso argumento del profesor Haber, según el cual el cloro no estaría compuesto de ninguna sustancia venenosa, sino sólo de un gas irritante, y que por esta razón no afectaría al reglamento de la Convención de La Haya ha sido un argumento apologetico utilizado por la nación alemana hasta hace poco.

puesta en marcha del exterminismo. Merced a las innumerables declaraciones de soldados que intervinieron en la Primera Guerra Mundial, sobre todo de oficiales de carrera, se ha podido demostrar en qué medida todos ellos eran conscientes de que la lucha con gas evidenciaba una degeneración en el modo de hacer la guerra, una práctica que se antojaba denigrante para todos los que allí participaban. Con todo, apenas se recuerda un caso en el que un miembro del ejército se opusiera abiertamente a esta nueva "ley de la guerra".<sup>12</sup>

El descubrimiento del "medio ambiente" tuvo lugar en las trincheras de la Primera Guerra Mundial; en ellas los soldados de ambos bandos se habían vuelto hasta tal punto inalcanzables para la munición explosiva o para las balas de los fusiles destinadas a ellos que el problema de la guerra atmosférica no pudo por menos de cobrar importancia. Lo que más tarde se bautizó con el nombre de "guerra del gas" venía a ofrecerse como la posible solución técnica: su valor residía en el hecho de envolver al enemigo suficientemente distante —lo que en la práctica significaba al menos algunos minutos— dentro de una nube de sustancias contaminantes lo bastante "concentrada" para el ataque, hasta el punto de sacrificar su apremio natural a respirar. En la práctica, estas nubes tóxicas casi nunca se componían de gases en el estricto sentido físico del término, sino de finísimas partículas pulverizadas que eran liberadas por medio de sencillas descargas explosivas. Es entonces cuando el fenómeno de una segunda artillería entró en escena: ésta ya no apuntaba directamente a los soldados enemigos y sus posiciones, sino, antes bien, a los entornos respirables de sus cuer-

---

<sup>12</sup> Cfr. Jörg Friedrich, *Das Gesetz des Krieges: das deutsche Heer in Russland 1941-1945. Der Prozess gegen das Oberkommando der Wehrmacht*, [La ley de la guerra: el ejército alemán en Rusia. 1941-1945. El proceso contra el Alto Mando de la Wehrmacht], München, 1993.

pos. De este modo el concepto de "blanco", borrosamente definido, empezó a ganar movilidad: lo que estaba lo suficientemente próximo al objeto podía a partir de ese momento considerarse un objetivo casi tan certero como un blanco y, en esa medida, privilegiado en términos operativos.<sup>13</sup> En una fase posterior los proyectiles explosivos de la artillería clásica se combinaban con los proyectiles generadores de niebla de la nueva artillería con gas. Acto seguido, se investigó febrilmente la cuestión de cómo se podría evitar el rápido enrarecimiento atmosférico provocado por las nubes tóxicas, y cómo estabilizar el efecto de las nubes, utilizando, en general, aditivos químicos capaces de modificar de la forma deseada el comportamiento de estas partículas de polvo tóxico sobremanera volátiles sobre el campo de batalla. De la noche a la mañana, como consecuencia de los sucesos de Yprés, irrumpió un tipo de climatología militar especializada, del que no resulta excesivo decir que constituye el consecuente fenómeno conductor del terrorismo. La técnica dirigida a la producción de nubes tóxicas es la primera ciencia con la que el siglo xx acredita sus señas de identidad. Antes del 22 de abril de 1915 esta afirmación habría sido tachada de "patafísica"; los años posteriores sin embargo no han tenido más remedio que considerarla el meollo de una ontología de la actualidad. El hecho de que hasta esa fecha el estatuto disciplinar de la técnica de las nubes tóxicas o de la teoría de los espacios irrespirables estuviese todavía poco definido en el marco de la climatología sólo evidencia que la teoría del clima no se había emancipado de momento de su embotamiento científico-natural. A decir verdad ella era,

---

<sup>13</sup> Este efecto fue anticipado por el uso masivo de disparos explosivos: cfr. Niall Fergusson, *Der falsche Krieg. Der Erste Weltkrieg und das 20. Jahrhundert* [La guerra falsa. La Primera Guerra Mundial y el siglo xx], München, 2001, p. 290: "La violencia de las granadas debía compensar la falta de puntería".

como se mostrará a continuación, la primera de las nuevas ciencias humanas procedentes del saber originado en torno a la Guerra Mundial.<sup>14</sup>

El fulminante desarrollo de instrumental militar dirigido a proteger las capacidades respiratorias (dicho en términos populares, las máscaras de gas en línea) no delataba por otro lado sino la adaptación de las tropas a una situación en la que la respiración humana también estaba a punto de desempeñar una función directa en los acontecimientos de la guerra. Bajo este punto de vista Fritz Haber podría ser homenajeado desde dicho momento como el padre de la máscara de gas.

Si se echa un vistazo a la bibliografía histórico-militar que data entre febrero y junio de 1916, y se aprecia cómo sólo en las tropas alemanas se distribuyeron, en las vísperas de Verdún, a instancias del depósito auxiliar correspondiente, casi cinco millones y medio de máscaras de gas, amén de 4.300 aparatos de oxígeno destinados a la protección (incautados de las minas) con dos millones de litros de dicha sustancia,<sup>15</sup> se podrá comprobar en cifras hasta qué punto ya en esta época la guerra "ecológica", desplazada al medio ambiente atmosférico, se había trocado en una lucha en torno a las "potencialidades" respiratorias de las partes enemistadas. Una lucha que se hacía eco asimismo de los puntos biológicamente débiles del con-

---

<sup>14</sup> Sobre la génesis de una despejada nefelología en los albores del siglo XIX, nos alecciona Richard Hamblyn en su monografía *Die Erfindung der Wolken. Wie ein unbekannter Meteorologe die Sprache des Himmels erforschte* [La invención de las nubes. Cómo un meteorólogo desconocido investigó la lengua del cielo, Frankfurt/M., 2001]. Las derivaciones científico-humanistas más importantes procedentes del fenómeno de la propaganda de guerra y su sublimación en los medios totalitarios de comunicación de masas se pueden encontrar en la teoría de la locura de masas de Hermann Broch. Véase más adelante, p. 119 y ss.

<sup>15</sup> Cfr. Martinetz, *op. cit.*, p. 93.

trincante en el conflicto. El concepto de máscara de gas, rápidamente asumido en ámbitos populares, no expresa por tanto sino el hecho de que el atacado trata de liberarse de su dependencia respecto a un medio respiratorio inmediato escondiéndose del aire tóxico al abrigo de un filtro. Esto supone un primer paso hacia el principio básico de la instalación climática, un principio erigido sobre la falta de acoplamiento entre un volumen espacial definido y el aire circundante. A esta situación corresponde, en lo que concierne a la parte atacante, un enconamiento del ataque perpetrado sobre la atmósfera: el empleo de sustancias tóxicas bélicas capaces también de penetrar tras el instrumental protector de la respiración del bando enemigo. A partir del verano de 1917, los químicos y oficiales alemanes crearon la sustancia bélica *Difenil-Arsenocloral*, más conocida como *Cruz azul* o *Clark I*, que en forma de finas partículas volátiles estaba en condiciones de superar los filtros protectores del aire que portaban los enemigos. Un efecto que los afectados bautizaron con la expresión: "destructor de máscaras". En ese mismo tiempo la artillería alemana de gas introdujo en el frente occidental contra las tropas británicas un gas de lucha radicalmente nuevo, a saber, el "gas mostaza" o iperita [*Losl*],<sup>16</sup> que, ya aplicado en cantidades mínimas por vía de contacto por piel o por roce de mucosas y vías respiratorias, producía graves daños al organismo, particularmente ceguera y disfunciones nerviosas irreparables. Una de las víctimas más conoci-

---

<sup>16</sup> Bautizada así por Fritz Haber después de tomar en cuenta los nombres de los científicos responsables, el doctor *Lommer* (de la *Bayer* de *Leverkusen*) y el profesor *Stein-Kopf* (colaborador de Haber en el Instituto Emperador Guillermo de *Dahlem* para la Investigación químico-física y electroquímica, durante la guerra más conocido como "Instituto Militar Prusiano"). Este gas de combate también fue llamado a causa de su olor "mustard gas" [gas mostaza], o "sustancia de los hunos", a causa de su efecto devastador. Por su parte, la "iperita" fue llamada así en honor del lugar en el que fue usada por primera vez.

das del "gas mostaza" o iperita fue el, a la sazón, cabo Adolf Hitler, quien en una colina en Werwick (La Montagne), al sur de Yprés, durante la noche del 13 al 14 de octubre de 1918, fue víctima de uno de los últimos ataques de gas de la Primera Guerra Mundial perpetrados por los británicos. En sus memorias Hitler relata cómo durante la mañana del día 14 sus ojos se habían trocado en brasas ardientes; cuenta, además de esto, que, después de los sucesos acaecidos el 9 de noviembre en Alemania, presenciados por él en el hospital militar pomerano *Pasewalk* en medio de rumores de todo tipo, sufrió una recaída en su problema de la vista y llegó a la decisión entretanto de convertirse en político. En la primavera de 1944, a la vista de la inminente derrota del régimen, Hitler manifiesta a Speer que abriga el temor de volver a perder la vista de nuevo. La experiencia traumática con el gas le dejó una huella neurótica que duró hasta el último momento de su vida. Entre las repercusiones técnico-militares más decisivas de la Segunda Guerra Mundial, este asunto parece haber desempeñado una importante función, hasta el punto de que, a raíz de estos sucesos, la experiencia de Hitler aportó una idiosincrásica comprensión del gas que, por un lado, influyó en su concepto personal de guerra y, por otro, en su idea de práctica genocida.<sup>17</sup>

En su primera aparición la guerra con gas maridó bajo un apretado lazo los tres criterios operativos del siglo xx: el terrorismo, la conciencia de diseño y el planteamiento en torno al

---

<sup>17</sup> Para la no aplicación de las armas gaseosas en la Segunda Guerra Mundial, cfr. Günther Gellermann, *Der Krieg, der nicht stattfand. Möglichkeiten, Überlungen und Entscheidungen der deutschen Obersten Führung zur Verwendung chemischer Kampfstoffe im Zweiten Weltkrieg* [La guerra que no tuvo lugar. Posibilidades, reflexiones y decisiones del Alto Mando Mayor para la utilización de sustancias químicas de guerra en la Segunda Guerra Mundial], Koln, 1986.

medio ambiente. El concepto puro de terror presupone, como ya se ha mostrado, una idea explícita del entorno circundante, habida cuenta de que el terror representa el desplazamiento de las maniobras de destrucción del "sistema" (aquí, un cuerpo enemigo físicamente concreto) a su "medio ambiente" y, dado el caso, sobre su medio aeróbico, donde los cuerpos enemigos, apremiados a respirar, se desplazan. Ésta es la razón de que la acción terrorista haya tenido desde siempre un carácter atentatorio, toda vez que, dentro de la definición de atentado (en latín: *attentatum*, ensayo, tentativa de asesinato), no nos topamos sólo con un golpe alevoso y por sorpresa perpetrado desde la asechanza, sino también con un maligno aprovechamiento de los hábitos de vida de las posibles víctimas. La aplicación del gas tóxico en la guerra tiene en cuenta los estratos profundos de la condición biológica de los hombres para perpetrar ataques contra ellos. De este modo, la ineludible costumbre de respirar se vuelve contra aquellos que respiran, por cuanto éstos, a fuerza de seguir la práctica de este elemental hábito, se convierten en involuntarios cómplices de su propia destrucción (siempre y cuando, claro está, el terrorista que hace uso del gas tenga éxito a la hora de encerrar a sus víctimas el tiempo suficiente en un medio tóxico hasta que éstas, a causa de las inevitables inhalaciones, terminen cediendo a la presión de este medio ambiente irrespirable). La desesperación no es sólo, como rezaba la observación de Jean-Paul Sartre, un atentado del hombre contra sí mismo; el uso del gas por parte de los terroristas como atentado aeróbico produce en las víctimas, en virtud de su propia incapacidad para dejar de respirar, la desesperación de estar obligadas a colaborar en la extinción de su propia vida.

Con el fenómeno del gas tóxico aplicado a la guerra se alcanza un nuevo plano explicativo para las condiciones climáticas y atmosféricas de la existencia humana. Aquí, la inmersión

del viviente en un medio respirable es conducido al marco de una exposición formal. Al hilo de este empujón explicativo se introduce desde un primer momento un precepto de diseño, puesto que la manipulación operativa del medio gaseado en terrenos al aire libre obliga a afrontar una serie de innovaciones técnicas en la atmósfera. Gracias a ellas la preparación de nubes tóxicas con fines bélicos se trueca en una tarea ligada al diseño productivo. Los luchadores emplazados en calidad de soldados rasos en los frentes gaseados, tanto en la parte occidental como oriental, se vieron abocados a arrostrar un problema: desarrollar costumbres rutinarias mediante las cuales poner en práctica, conforme a reglas técnicas muy precisas, el atomoterrorismo en cuanto diseño parcial de atmósferas. La producción o instalación artificial de tormentas de polvo orientadas a la guerra exigía una eficiente coordinación de factores para generar la formación de nubes y tener en cuenta aspectos como la concentración, la difusión, la sedimentación, las propiedades de coherencia, masa, expansión y movilidad, toda una lúgubre meteorología, cuya tarea consistía en producir "precipitaciones" de tipo especial. Baluarte de esta nueva disciplina especial era el Instituto Emperador Guillermo para la Investigación Químico-física y Electroquímica, sito en Berlín-Dahlem, a la sazón dirigido por Fritz Haber: uno de los destinos teóricos más funestos del siglo xx, cuyas consecuencias aún no se han agotado; frente a él, los bandos francés y británico también disponían los Institutos de Investigación respectivos. A fin de alcanzar en terrenos al aire libre las concentraciones tóxicas que requerían las escaramuzas, estas sustancias bélicas no pocas veces tenían que ser mezcladas con estabilizadores. Lo decisivo no es saber si estas precipitaciones venenosas eran aplicadas dividiendo el frente en sectores mediante un fuego propagado por granadas de gas a lo largo de una gran extensión, o "vacando", al abrigo de un viento propicio,



botellas de gas previamente diseminadas. Pues, a la vista del principio general —la producción de nubes tóxicas—, concebido de antemano sobre un terreno definido, limitado por condiciones *outdoors* [puertas afuera] necesariamente vagas, esta circunstancia sólo se traducía en una diferencia tecnológica relativamente insignificante. En un ataque con gas “cruz-verde” fífosgénico de la artillería alemana emplazada en Fleury, junto al río Mosa, durante la noche del 22 al 23 de junio de 1916, se empezó aplicando una consistencia nubífera necesaria para provocar mortalidad en terrenos al aire libre que tendría que haberse garantizado al menos por cincuenta detonaciones de obús de campaña o cien detonaciones de cañón por hectárea y minuto. Objetivos que no fueron conseguidos del todo porque los franceses a la mañana siguiente “sólo” lamentaron 1.600 intoxicados por gas y 90 muertos en el campo.<sup>18</sup> Lo decisivo del asunto fue más bien el hecho de cómo, al hacer uso del terrorismo, la técnica moderna se embarcó en la tarea de diseñar dimensiones exentas de concreción objetiva. Merced a ella, contenidos hasta ahora latentes como la cualidad física del aire, los aditivos artificiales de la atmósfera o los factores determinantes del clima bajo cualquier circunstancia y en espacios residenciales humanos empezaron a ser circunstancias analizadas bajo el apremio explicativo. En razón de esta búsqueda progresiva de explicación, el humanismo y el terrorismo quedan entre sí hermanados. El propio Fritz Haber, posteriormente galardonado con el Premio Nobel, confesó haber sido durante toda su vida un ardiente patriota y humanista. Tal como él mismo aseguró en su, digámoslo así, escrito de despedida del 1 de octubre de 1933 pronunciado en su Instituto, siempre estuvo orgulloso de haber luchado activamente por su patria en periodo de guerra, y por la Humanidad en tiempo de paz.

---

<sup>18</sup> Cfr. Martinetz, *op. cit.*, p. 70.

El terrorismo difumina por tanto la distinción entre violencia infligida a personas y violencia infligida contra cosas procedentes del lado medio ambiental: se trata de una violencia dirigida contra ese amasijo de "hechos" humano-circundantes, sin los cuales las personas no pueden seguir siendo personas. La violencia dirigida contra el aire respirable por grupos transforma la inmediata envoltura atmosférica de los hombres en un hecho cuya validez o invalidez permanece a partir de ahora a disposición. Sólo reaccionando a la privación terrorista han podido el aire y la atmósfera —medios primarios de vida tanto en sentido físico como metafórico— convertirse en objetos explícitos de preocupación y de asistencia aerotécnica, medicinal, legal, política, estética y teórico-cultural. En este sentido, la aerología y la técnica del clima no son meros sedimentos del saber acumulado gracias a la guerra y la posguerra y, *eo ipso*, los primeros objetos de una ciencia de la paz —igualmente, esta última sólo podría entrar en escena a la sombra del estrés de guerra—;<sup>19</sup> ellas son, más aún, las formas básicas de saber postterrorista. Definirlas implica explicar de entrada por qué hasta la fecha dicho saber sólo había sido fijado en contextos lábiles, incoherentes y privados de autoridad; es más, explica tal vez la idea de que podría existir, en cuanto híbrido semejante, algo así como genuinos expertos-del-terror. El terror es algo que, por un lado, sus actores interpretan siempre como un contragolpe, mientras que, por el otro, sus testigos presenciales y víctimas deseñarían ver siempre como un fenómeno ya superado y eliminado. Por esta razón, deja escapar la oportunidad de estudiar directamente las "circunstancias" espinosas y tampoco permite una completa inmunidad contra los excesos intervencionistas.

---

<sup>19</sup> Para la expresión "sombra de estrés", cfr. Heiner Mühlham, *Die Natur der Kulturen. Entwurf einer kulturgenetischen Theorie* [La naturaleza de las culturas. Proyecto de una teoría genético-cultural], Wien/New York, 1966.

Los luchadores profesionales y analistas del terror evidencian un sorprendente interés en desconocer su naturaleza a gran escala, un fenómeno que se ha mostrado con toda claridad tras los choques de aviones contra el *World Trade Center* en Nueva York y contra el Pentágono, generando una avalancha de opiniones expertas y sofisticadamente ingenuas. El contenido de casi todas las declaraciones respecto al atentado contra las instalaciones más señaladas de los Estados Unidos, apuntando poco más o menos, como en el resto del mundo, a la sorpresa por lo ocurrido, confirma la tesis de que hay cosas frente a las cuales uno no puede jamás protegerse lo suficiente. En la cansina campaña *War-on-terror* [Guerra al terror] de las sociedades televisivas norteamericanas, cuyas reglas lingüísticas se habían conectado con los programas del Pentágono, no ha aparecido expresada ni por un momento la percepción elemental de que el terrorismo no es un adversario, sino un *modus operandi*, un método de lucha que se distribuye de inmediato en ambos lados del conflicto. Por esta razón, la expresión "Guerra contra el Terrorismo" es una fórmula carente de sentido.<sup>20</sup> Una vez que se pone entre paréntesis el procedimiento bélico de la intervención y se observan las normas del proceso de paz —también la de escuchar a la otra parte—, resulta evidente que el acto de terror aislado nunca constituye un comienzo absoluto. Es decir, no existe ningún *acte gratuit* [acto gratuito] terrorista, ningún originario "así sea" del terror. Cualquier golpe terrorista se comprende como una contraofensiva dentro de una serie de acciones, y cada una de ellas se describe como una acción iniciada por el adversario. De ahí que

---

<sup>20</sup> En ningún caso carece de sentido, por el contrario, la organización de medidas policiales y, en caso necesario, de naturaleza militar contra grupos concretos que se han hipotecado al empleo de la violencia bajo la modalidad del atentado contra símbolos, instituciones y personas.

el propio terrorismo pueda ser concebido de modo antiterrorista; algo que también resulta válido para la "escena original" acaecida en el frente de Yprés de 1915: y no sólo porque de ella inmediatamente cabe deducir la secuencia habitual de contraofensivas y contra-contraofensivas, sino porque el bando alemán pudo apelar de modo convincente al hecho de que franceses y británicos previamente no habían tenido escrúpulo alguno en hacer también uso de la munición de gas.<sup>21</sup> El comienzo del terror no es el atentado aislado ejecutado por un bando, sino la voluntad y la disposición de los participantes en el conflicto de realizar operaciones en la zona de guerra ampliada. En virtud de la ampliación de las zonas de guerra se hace visible el precepto explicativo en la actuación bélica: el enemigo se hace explícito en cuanto objeto inserto en un medio ambiente; eliminarlo equivale a una condición de supervivencia para el sistema. El terrorismo es la explicación maximalista del otro bajo el punto de vista de su posible condición de exterminable.<sup>22</sup>

La estabilización de un saber sólido en torno al terror no depende sólo y en primer lugar de la memoria precisa de sus prácticas, sino más bien de la formulación de tesis básicas que respondan a la acción del terror a la vista de su explicitud técnica y su progresiva orientación explicativa a partir del año 1915. Sólo se comprende el terrorismo cuando se lo concibe como una forma activa de escudriñamiento del medio am-

---

<sup>21</sup> El ataque perpetrado con gas clórico en Yprés tampoco fue ninguna novedad para el bando alemán en la guerra del gas tóxico; ya se había probado con anterioridad en enero de 1915 en la frontera oriental la granada de gas llamada *T-12* y en el mes de marzo, en la localidad de Nieuport, se empleó en el frente occidental.

<sup>22</sup> El exterminismo representa una simplificación del sadismo clásico descrito por Sartre: ya no se trata de apropiarse de la libertad del otro, sino de impedir que el otro tenga libertad de disfrutar de su medio ambiente.

biente bajo el sesgo de su vulnerabilidad; un saber que se aprovecha, pues, de la circunstancia de que hay simples habitantes que tienen una relación de uso con su medio circundante y, ante todo, lo consumen naturalmente y de manera exclusiva como un requisito silencioso de su existencia. Por esta vez, destruir es algo más analítico que aprovechar: el terror puntual saca provecho de los desniveles de ingenuidad existentes entre el ataque y el objeto no protegido, mientras que el terror sistemático no deja en ningún momento de generar un clima de angustia, en el que la protección se adecúa a los ataques permanentes, mas sin poder detenerlos. Dada esta situación, el enconamiento de la lucha terrorista se convierte paulatinamente en un combate con vistas a conseguir ventajas explicativas respecto a los puntos débiles del medio ambiente enemigo. Las nuevas armas de terror tienden a explicitar con mayor precisión las condiciones de vida existentes; las nuevas categorías de atentados ponen al descubierto —bajo la modalidad de la sorpresa del mal— nuevas superficies de vulnerabilidad. Es terrorista quien se procura una ventaja explicativa con respecto a los requisitos vitales implícitos y la aprovecha para llevar a cabo la posible acción. He aquí la razón de por qué, tras los grandes hiatos acaecidos con la entrada en escena del terrorismo, uno puede tener la sensación de que lo sucedido apunta al futuro. El futuro ha transformado aquello tendente a violentar lo implícito y las ingenuidades en zonas de guerra.

Ante este telón de fondo cabe asegurar que todo terror, a tenor de su principio de actuación, se entiende en términos atmoterroristas. Toma la forma del golpe atentatorio contra las intensas condiciones de vida medioambientales enemigas, empezando con el ataque tóxico a los recursos más inmediatos del entorno de un organismo humano, esto es, su aire para respirar. Se ha admitido en este sentido que lo que denomi-

namos desde 1789 *terreur* o terror, y, con más razón, desde 1915, pudo ser anticipado con toda su ingenua brutalidad y malvada astucia en el empleo de la violencia contra las condiciones medioambientales de la existencia humana. Piénsese por ejemplo en los envenenamientos del agua, del que ya se brindaron ejemplos en la Antigüedad, en las acciones de infestación de fortalezas protegidas, en incendios y fumigaciones de ciudades y refugios, en la propagación de rumores infundados de horror y actos de igual parangón. Estas comparaciones, no obstante, cojean en lo esencial. Si abrazamos este planteamiento, el terrorismo sigue sin ser identificado como una criatura de la Modernidad; éste sólo puede acceder a una definición exacta de su identidad una vez que el precepto de ataque al medio ambiente y la concepción inmunitaria de un organismo o de una forma de vida son expuestos a la luz de una completa explicitud técnica. Esto sucedió por vez primera, como ya se ha descrito, en los sucesos acaecidos el 22 de abril de 1915, cuando las nubes tóxicas de cloro procedentes de 5.700 botellas de gas vaciadas para tal ocasión se cernieron, acompañadas por un viento favorable, partiendo de las posiciones alemanas, sobre las trincheras francesas entre las zonas de Bixschoote y Langemarck. Fue a la caída de la tarde de ese mismo día, entre las 18 y las 19 horas, cuando la aguja del reloj epocal de la fase vitalista y tardoromántica de la Modernidad pasó a marcar la hora de la objetividad atmoterrorista. Una cesura de igual calado no ha existido en este terreno desde entonces. Los grandes desastres del siglo xx, como los del apenas iniciado veintiuno, pertenecen todos sin excepción, como puede mostrarse, a esa historia de la explicación inaugurada esa tarde de abril en el frente occidental, cuando las sorprendidas unidades franco-canadienses, a causa del *shock* de las nubes tóxicas de color blanco amarillento que se aproximaban hacia sus posiciones

procedentes del nordeste, retrocedieron, presas de un pánico terrorífico, mientras no dejaban de toser y lanzar alaridos.

La siguiente explicación técnica de este saber climatológico para la lucha, forjado durante el tiempo de guerra, dio un rodeo casi natural, aproximadamente alrededor del mes de noviembre de 1918, bajo los auspicios de una "aplicación pacífica". Inminente el fin de la guerra, son ahora las chinches, los tipúlidos comunes, las "polillas de harina" y, sobre todo, los piojos, los objetos que pasan a interesar a los químicos berlineses con deseos de seguir combatiendo. Tampoco ellos, como era previsible, a despecho de la prohibición de producir todo tipo de sustancias tóxicas con fines bélicos en suelo alemán introducida por el Tratado de Versalles, habían querido renunciar a su fascinante trabajo. El profesor Ferdinand Flury, uno de los colaboradores más estrechos de Fritz Haber en el Instituto de Dahlem, impartió en septiembre de 1918, en Munich, una conferencia programática en el marco de un Congreso de la "Sociedad Alemana para la Entomología Aplicada" (arte de los insectos) en torno al siguiente tema: "Las actividades del Instituto Guillermo II para la Química-física y Electroquímica en Berlín-Dahlem al servicio de la lucha antiparasitaria". En medio de la discusión, el profesor Fritz Haber hizo uso de la palabra e informó sobre las actividades de esta *Technischen Ausschusses für Schadlingsbekämpfung (TASCH)* [Comisión Técnica para la Lucha Antiparasitaria], co-fundada por él mismo, cuya mayor preocupación era la introducción de gas prúsico (ácido cianhídrico, *HCN*) para defender a los agricultores alemanes de las plagas de insectos. Y observando a renglón seguido: "La gran idea que está en la base de todo este planteamiento es que, tras el restablecimiento de la paz, podamos hacer también uso, aparte del ácido cianhídrico, de otras sustancias tóxicas producidas en guerra, con objeto de afron-

tar el reto de la lucha antiparasitaria en beneficio de la industria agrícola".<sup>23</sup> La conferencia de Flury servía además para reflexionar sobre este asunto: "Aun cuando aquí pueda plantearse un paralelismo con respecto a la toxicidad en animales superiores, el hecho es que surgen situaciones muy diferentes cuando se suministra gas a los insectos o ácaros y cuando los mamíferos inhalan gases y vapores a través de los pulmones".<sup>24</sup> Ya en el año 1920 una revista especializada de esta *Deutschen Gesellschaft für Schadlingsbekämpfung (De-gesch)* [*Sociedad Alemana para la Lucha Antiparasitaria*], fundada poco antes del fin de la guerra, podía hacer pública la información de que desde 1917 cerca de 20 millones de metros cúbicos de espacio —"edificaciones como molinos, barcos, cuarteles, hospitales de campaña, escuelas, almacenes de grano y productos de siembra" y lugares semejantes— habían sido gaseados conforme a los dictados de esta avanzada aplicación técnica de gas cianhídrico, esto es, según los dictados del llamado "procedimiento de la cuba". A esto hay que añadir además, a partir del año 1920, la aparición de un nuevo producto gaseoso, desarrollado por el doctor Flury y otros colaboradores, que conservaba las ventajas del ácido cianhídrico, esto es, su extrema toxicidad, pero sin mantener sus inconvenientes: una falta de perceptibilidad del gas al olfato, al gusto o a cualquier órgano sensorial del hombre que era por otra parte muy peligrosa. El misterio de este nuevo invento consistía en añadir al ácido cianhídrico, de poderosos efectos tóxicos, el diez por ciento (una dosis posteriormente rebajada) de un gas irritante de efectos sobremanera perceptibles

---

<sup>23</sup> Citado en Jürgen Kalthoff/Martin Werner: *Die Händler des Zyclon B. Tesch & Stabenow. Einer firmengeschichte zwischen Hamburg und Auschwitz* [Los comerciantes del Ciclón-B. Tesch & Stabenow. Sobre la historia de las firmas entre Hamburgo y Auschwitz], Hamburg, 1988, p. 24.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 25.



(por ejemplo, el ácido carbónico clórico-metilico). El nuevo producto fue lanzado al mercado bajo el nombre de *Ciclón-A*, y en seguida fue recomendado para desinfectar "estancias habitadas ya contaminadas y plagadas de insectos". Lo interesante del asunto radica en que el *Ciclón-A* era un gas de diseño en el que se podía percibir de manera ejemplar un trabajo específico de diseño: la transformación de un producto definido por poseer funciones no perceptibles o encubiertas en un producto de consecuencias visibles para el usuario. Dado que el componente esencial de la síntesis (la sustancia de gas cianhídrico), evaporizado a 27 grados centígrados, no resulta perceptible de inmediato para los hombres, a los científicos que desarrollaban la sustancia se les antojaba un efecto interesante dotar a su producto de un componente extraordinariamente irritante en sus efectos, el cual, a través de un violento efecto agresivo, indicara la presencia de la sustancia. (Desde un punto de vista fenomenológico, cabría hablar aquí de una refenomenalización de lo afenómico).<sup>25</sup> Tengamos en cuenta que esta primera "desinfección de grandes espacios", el gaseamiento de un molino en el campo de Heidinsfeld, cerca de Würzburg, el 21 de abril del año 1917, casi fue llevada a cabo el día en el que se conmemoraban los dos años del ataque a Yprés; y que entre la muerte de Goethe y la introducción de la expresión "desinfección de grandes espacios" en la lengua alemana habían transcurrido ochenta y cinco años; a partir de este momento, asimismo, expresiones como "despiojar" y "desratizar" han enriquecido el vocabulario de los alemanes, en lucha ahora, en plena posesión de sus

---

<sup>25</sup> Si atendemos al hecho de que un aditivo semejante hubiera sido contra-producto para objetivos como el exterminio de hombres, no es extraño que en las divisiones higiénicas de Auschwitz, Oranienburg y otros campos se suministrara una variante del *Ciclón-B*, que carecía de sustancias de riesgo. Cfr. Jürgen Kalthoff/Martin Werner, op. cit., pp. 162 y ss.

capacidades químicas de maniobra, contra los parásitos animales. El propietario de dicho molino dijo para la historia que, tras el gaseamiento, su establecimiento quedaría por mucho tiempo y completamente "libre de piojos".

La generación de nubes tóxicas de ácido cianhídrico en manos de civiles se redujo casi exclusivamente a espacios cerrados y cercados (existían, empero, ciertas excepciones: fue el caso de unos árboles frutales cultivados al aire libre, que fueron cubiertos con lonas herméticas al aire y acto seguido gaseados). Aquí se podía trabajar con espacios concentrados. Dada la no desdeñable capacidad del gas cianhídrico de penetrar hasta en el último resquicio o rincón, los que ofertaban tales servicios se permitían recomendar el incesante exterminio de poblaciones locales de insectos, incluso de sus huevos y nichos. En la fase inicial de estas prácticas, la cuestión de la relación entre la zona de aire especial (esto es, el volumen de espacio fumigado) y el aire general, la atmósfera pública, apenas fue cuestionada, por lo que la fumigación por regla general terminó consistiendo sencillamente en la denominada "ventilación"; es decir, la distribución de gases tóxicos en el aire del entorno hasta reintroducir "cantidades inofensivas" (que en un principio difícilmente a algún científico se le ocurrió medir). Que la "ventilación" de los primeros ámbitos condujera a un empeoramiento de los segundos no fue en ese momento objeto de preocupación por parte de nadie. La insignificancia de los espacios interiores fumigados en relación con el aire exterior no tratado parecía *a priori* y en todo momento un hecho incontestable. La literatura especializada en esta rama del saber advierte en los primeros años cuarenta, no sin cierto orgullo, que se había "ventilado" en el ínterin la cifra de 142 millones de metros cúbicos de espacio en locales y, a tal efecto, utilizado un millón y medio de kilogramos de ácido cianhídrico (a lo que nosotros añadiremos: todos ellos introducidos sin

que la atmósfera se protegiera en absoluto). En una fase tardía, una vez consumado el desarrollo progresivo del problema del medio ambiente, la relación existente entre el aire del entorno y la zona aireada de modo especial se ha trastocado en algunos lugares, por cuanto ahora la zona ajustada artificialmente –nosotros la llamaremos mientras tanto la zona “climatizada”– brinda situaciones privilegiadas de aire, mientras que el entorno general está amenazado por un creciente riesgo para la respiración que raya intensamente en lo irrespirable y en una situación de inhabilitabilidad crónica.

Durante los años veinte, una serie de empresas implantadas en el norte de Alemania, dedicadas al negocio raticida, ya ofrecía de modo rutinario, mediante gas *Ciclón*, la posibilidad de fumigar barcos, almacenes, refugios masivos, barracas, vagones de ferrocarril y habitáculos semejantes. Una de ellas, surgida a partir del año 1924, era la firma de Hamburgo, recién fundada, *Tersch & Stabenow (Testa)*, cuyo producto estrella, patentado bajo el nombre de *Ciclón-B*, habría de alcanzar cierta popularidad.<sup>26</sup> El hecho de que uno de sus miembros fundadores, el doctor Bruno Tesch, nacido en 1890 –condenado a muerte en 1946 por un tribunal militar británico en los procesos de la *Curio-Haus* de Hamburgo, y ajusticiado en la prisión Hammeln–, trabajara entre los años 1915 y 1920 en el Instituto Químico para la Guerra de Fritz Haber, dedicado al desarrollo de la lucha con gas desde sus orígenes, no hace sino ilustrar mediante un caso concreto cómo, más allá de las situaciones particulares de guerra y paz, las nuevas prácticas de desinfección dejan entrever objetivamente una persistente continuidad personal y práctica. La ventaja que ponía de manifiesto el *Ciclón-B* inventado o desarrollado por el doctor Walter Heerd residía en que el sobremanera volátil ácido cianhídrico era ab-

---

<sup>26</sup> Cfr. Jürgen Kalthoff/Martin Werner, *op. cit.*, pp. 56 y ss. y 241.

sorbido por sustancias porosas de propiedades secantes como el ácido fluosilícico, proceso mediante el cual las propiedades de almacenamiento y transporte de la sustancia mejoraban de manera decisiva respecto a su forma fluida anterior. Se ponía a la venta en el mercado en dosis de 200, 500 gramos, así como de 1 y 5 kilos. Ya en la década de los treinta el *Ciclón-B*, que en un principio sólo se producía de manera exclusiva en Dessau (más tarde también en Kolin), y se vendía de manera cooperativa tanto por la firma *Testa* como por la *Deutsche Gesellschaft für Schädlingbekämpfung* [*Sociedad Alemana para la Lucha Antiparasitaria*], había obtenido en el mercado mundial de la lucha antiparasitaria una posición rayana en el monopolio, un lugar de privilegio que sólo tenía como competencia la presión de procedimientos más antiguos con gas de sulfuro en el campo de las desinfecciones de navíos.<sup>27</sup> Fue en esta época cuando se implantó la práctica antiparasitaria en “cámaras de desinfección” y despiojamiento estáticas o móviles, donde el material que se trataba —por regla general, de todo tipo, alfombras, uniformes y tejidos, incluso muebles tapizados— era introducido en el receptáculo de gas, de donde luego escapaba el aire sobrante.

Transcurridos los primeros momentos de la guerra, en 1939, la firma *Testa* impartió en la zona oriental cursillos de desinfección tanto para el personal civil como para miembros de las *Wehrmacht* [*Fuerzas Armadas Alemanas*]. En ellos desempeñaban una función destacada las demostraciones con cámaras de gas. Del mismo modo que antaño, también ahora se seguía considerando que el despiojamiento tanto de tropas como de prisioneros de guerra era una de las tareas más urgentes que debían acometer los luchadores antiparásitos. En el intervalo transcurrido entre el año 1941 y 1942, la firma *Tersch & Stabe-*

---

<sup>27</sup> Cfr. Jürgen Kalthoff/Martin Werner, *op. cit.*, pp. 45-102.

now creó para su clientes —entre los que despuntaban por entonces, en la zona oriental, las *Wehrmacht* y las *Waffen SS* [las unidades de las SS]— un folleto encabezado con el título *El pequeño manual Testa sobre el Ciclón*, donde el lector podía encontrar claros indicios de una militarización de las “prácticas de desinfección”, quizá incluso de una posible reutilización del ácido cianhídrico sobre estructuras medioambientales humanas. Aquí se decía, por ejemplo, que la desinfección “no sólo constituye un imperativo de sentido común, sino, más allá de esto, ¡un acto de *legítima defensa!*”.<sup>28</sup> Desde una óptica médica, este aviso puede interpretarse como una referencia a la epidemia de tifus que afectó en 1941 al ejército alemán apostado en el norte, donde murieron más del diez por ciento de los infectados por el virus, una cifra que a la vista de la tasa de mortalidad habitual de esta enfermedad (el 30%) fue considerada un gran éxito del servicio higiénico alemán. El agente patógeno del tifus, *Rickettsia prowazekii*, se transmitía por los piojos a través de la ropa. A la luz de los siguientes sucesos se comprende por qué razón, semánticamente, el *terminus technicus* “defensa propia” tenía que servir para pensar de manera incipiente esta nueva aproximación potencial de la técnica de la fumigación gaseosa al ámbito de los objetos humanos. Sólo pocos meses después se puso de manifiesto que la forma técnico-atmosférica de la desparasitación de organismos también habría de destapar otras aplicaciones sobre contenidos humanos. Durante los años 1941 y 1942, en el mismo momento en que algunos artículos firmados personalmente por historiadores de la química celebraban el veinticinco aniversario de la primera aplicación del ácido cianhídrico en la lucha antiparasitaria como un acontecimiento relevante para la totalidad del mundo cultural en general, sus autores aún no sabían hasta qué

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 109.

punto sus oportunistas hipérboles se revelarían significativas poco después para realizar la definición del diagnóstico del contexto civilizatorio en su conjunto.

El año 1924 desempeña en el drama de la explicación atmosférica un papel decisivo no sólo a raíz de la fundación en Hamburgo de la firma *Tersch & Stabenow* y su *Ciclón-B*; también es el año en el que se introduce en el Derecho Penal de una entidad estatal democrática el motivo atmoterrorista del exterminio de organismos mediante la intensa destrucción de su medio ambiente. El 8 de febrero del año 1924, el Estado norteamericano de Nevada puso en marcha la primera cámara de gas "civil" con vistas a la aplicación supuestamente más eficiente de ejecuciones humanas, encarnando así el modelo ideal para otros once Estados más del país, entre los que destacará el de California, conocido por su cámara de gas en la prisión estatal de San Quintín (en forma de cripta, octogonal, y dividida en dos zonas), amén de célebre por el eventual ajusticiamiento por medio de gas letal de Cheryl Chessman el 2 de mayo de 1960. Los fundamentos jurídicos para estos nuevos métodos de ejecución ya habían sido aprobados por el Parlamento de Nevada en el mes de marzo del año 1921. El primer ejecutado conforme a los nuevos métodos fue el ciudadano chino de veintinueve años Gee Jon, quien, bajo el telón de fondo de las guerras de bandas en California a comienzos de los años veinte, fue sentenciado culpable por el homicidio del también chino Tom Quong Kee. En estas cámaras de gas americanas los individuos alcanzaban la muerte al inhalar los vapores procedentes del ácido cianhídrico, los cuales eran desarrollados en un envase tras añadirle componentes tóxicos. Tal y como la investigación químicobélica había comprobado ya en el laboratorio y el campo de batalla, el gas obstaculiza la marcha del oxígeno en la sangre y conduce a la asfixia del sujeto.

En este clima proclive a la moral instrumental, la comunidad internacional de expertos en gas tóxico y diseño de atmósferas, a partir de los últimos años de la Primera Guerra Mundial, no pudo por menos de ser sensible en un lapso muy breve de tiempo, tanto en un lado del Atlántico como en el otro, a las novedades introducidas por la técnica y sus variaciones. Desde que se construyó el arsenal *Edgewood*, cerca de Baltimore, una enorme instalación dedicada a la investigación bélica, que desde la entrada en la guerra de 1917 contaba con enormes medios, los Estados Unidos disponían de un complejo propio capaz de permitir sucesivas cooperaciones entre diversos organismos —a la vez industriales, militares y académicos— orientados al desarrollo armamentístico, tal como ya las conocían las correspondientes instituciones europeas. De este modo, *Edgewood* fue uno de los lugares donde surgieron los *teamworks*: su mayor exponente a lo sumo es el *dream team* del *Laboratorio Nacional de Los Álamos*, que desde el año 1943, en calidad de campo de meditación del exterminismo, se enfrascó denodadamente en la creación de armas nucleares. Por otro lado, a tenor del declive de la coyuntura bélica surgida a partir de 1918, lo que también realmente importaba a estos equipos de *Edgewood*, compuestos de científicos, oficiales y empresarios, era cambiar la mirada y orientar la investigación en busca de formas de supervivencia civil. D. A. Turner, el inventor de la cámara de gas en la prisión estatal de Nevada, sita en Carson City, había prestado servicio durante la guerra como comandante del Cuerpo de Médicos de la Armada de Estados Unidos; su misión consistía básicamente en extrapolar sus experiencias militares con el uso del ácido cianhídrico a las condiciones de ejecución civil. En contraposición a su utilización al aire libre, el empleo del gas tóxico dentro de una cámara ofrecía además la ventaja de solucionar el problema de la concentración de la mortalidad sobre el terreno. De este modo, una vez que el diseño del aparato y de la cá-

mara de gas correspondiente entró en escena, el diseño de nubes tóxicas quedó relegado a un segundo plano. No obstante, esta relación entre cámara de gas y nube tóxica no dejó de causar problemas. Estos no sólo se pusieron de manifiesto en los percances ocurridos durante distintas ejecuciones en cámaras de gas de Estados Unidos; los sucesos, en absoluto comparables, que tuvieron lugar en varias líneas de metro en Tokyo el 20 de marzo de 1995, todos relacionados con los ataques de gas sarín, también demuestran que las condiciones ideales de una relación controlada entre gas tóxico y volumen espacial no se pueden producir con tanta facilidad en el marco de condiciones empíricas.<sup>29</sup> Esto mismo podría aplicarse, incluso, a atentados perpetrados con menos profesionalidad que los de esos miembros de la secta *Aum-Shinrikyo* [*La verdad suprema*] que depositaron sus bolsas de plástico preparadas de sarín, ya envueltas en papel de periódico sobre el suelo de los vagones y luego, bajándose de ellos poco antes de llegar a la estación, las perforaron con las afiladas puntas metálicas de sus paraguas mientras los viajeros que proseguían su trayecto aspiraban el veneno que de allí emanaba.<sup>30</sup>

Lo que asegura a la justicia de Nevada un lugar de privilegio en la historia de la explicación de la atmodependencia hu-

---

<sup>29</sup> El gas de lucha "sarín" (*T 144*) fue sintetizado en el año 1938 por el Departamento de Investigación de la *I.G. Farben* dirigido por el doctor Gerhard Schrader. Su toxicidad radica en que contiene más del 30% de ácido cianhídrico; en una situación de exposición continuada bastaría un gramo de sarín para causar la muerte de hasta mil hombres.

<sup>30</sup> Cfr. Haruki Murakami, *Underground. The Tokyo Gas & the Japanese Psyche* [*Metro. El gas de Tokyo y la psique japonesa*], London, 2001. El escritor Joseph Haslinger nos ha brindado una variante austroterrorista de estos sucesos. En su novela negra *Opernball* [*Baile de la ópera*], Frankfurt/M, 1995, juega con la idea de un edificio de las medidas de la Ópera estatal de Viena que puede ocasionalmente transformarse por la acción de un grupo de criminales en una gran cámara de gas.



mana es su sensibilidad –vanguardista y no exenta de sangre fría– a las modernas cualidades de la muerte por gas letal. Como rasgo moderno puede valer en este terreno aquello que promete relacionar una alta eficiencia con el sentimiento de humanidad, también, dado el caso, con la hipotética disminución del sufrimiento en los delincuentes en virtud de un inmediato efecto tóxico. De manera hartamente significativa, el comandante Turner ya había recomendado la utilización de su cámara de gas como una alternativa menos violenta a la ya previamente conocida silla eléctrica, en la que potentes choques eléctricos podían pulverizar los cerebros de los delincuentes bajo una corona metálica estrechamente ajustada. Esta idea de la ejecución con gas letal no sólo deja entrever la importancia de la guerra como factor tendente a explicitar fenómenos; el mismo efecto se desprende igualmente con bastante frecuencia de ese humanismo, tan transitado desde la mitad del siglo XIX, que conforma la filosofía espontánea norteamericana, y cuya versión académica ha llegado a ser el pragmatismo. En su voluntad de aunar lo más efectivo y lo más indoloro, este modo de pensar no se ha querido dejar embaucar por aquellos protocolos de ejecuciones que hablan de los tormentos inenarrables de algunos delincuentes en cámaras de gas. Descripciones tan gráficas que uno puede casi abrazar la tesis de que en los Estados Unidos durante el siglo XX, bajo una coartada humanitaria, ha tenido lugar un regreso a las ejecuciones mediante tortura propias de la Edad Media. A decir verdad, la idea de que la muerte por gas letal constituye un procedimiento práctico a la vez que humano seguirá todavía teniendo visos de legitimidad desde el punto de vista oficial durante algún tiempo más; en este sentido, la cámara de gas de Nevada no fue sino el lugar de culto del humanismo pragmático. Su instalación fue dictada por una ley sentimental de la Modernidad, la que prescribe preservar el espa-

cio público de los actos manifiestos de auténtica crueldad. Nadie mejor que Elias Canetti ha expresado de manera tan acerada ese imperativo obedecido por los modernos de ocultar los rasgos crueles de su propio modo de actuación: "La suma total de sensibilidad ha aumentado de modo considerable en el mundo de la cultura [...] en el mundo actual sería más difícil condenar públicamente a la hoguera a un único hombre que desencadenar una guerra mundial".<sup>31</sup>

La innovadora idea técnico-penal de la ejecución en cámaras de gas letal presupone además un control completo sobre la diferencia existente entre el clima mortal dentro de la cámara y el clima del exterior. Un motivo este que cabe resumir en la instalación de vidrieras en las celdas preparadas para la ejecución, en virtud de las cuales a los testigos invitados a las ejecuciones por gas se les ha de permitir convencerse de la eficiencia de la situación atmosférica existente en el interior de la cámara. De este modo se instala una suerte de diferencia ontológica en términos espaciales: el clima mortal en el interior de una "cabina" claramente definida, meticulosa y herméticamente cerrada; y el clima convival en el ámbito "mundo-viviente" de los ejecutores y observadores; ser [*Sein*] y poder-ser, fuera; ente [*Seiendes*] y no-poder-ser, dentro. En este contexto, ser observador significa lo mismo que ser observador de la agonía, que estar arrogado con el privilegio de seguir, desde una mirada distante, el ocaso de un "sistema" orgánico al trocarse en inhabitable su "medio ambiente". También las puertas de las cámaras de gas en los campos de destrucción alemanes poseían parcialmente cristaleras que permitían a los ejecutores apreciar el privilegio del observador.

---

<sup>31</sup> Elias Canetti: *Das Gewissen der Worte. Essays*, Frankfurt/M., 1981, p. 23 [Hay traducción castellana: *La conciencia de las palabras*, F.C.E., México, 1981. Trad. J. J. del Solar.]

Si de lo que se trata es de pensar el hecho de dar muerte como un tipo de producción en sentido estricto, por tanto como un modo de explicitar los procedimientos que se ocupan a primera vista de los cadáveres, la cámara de gas de Nevada representa, por mucho que su uso haya sido seguido e imitado esporádicamente en numerosos otros Estados de EE.UU. (la cámara de Carson City fue utilizada entre 1924 y 1979 en 32 ocasiones), uno de los jalones más significativos del exterminismo racional del siglo xx. En el año 1927, en el preciso momento en que Heidegger hablaba en *Ser y tiempo* con todo tipo de detalles ontológicos fundamentales de la referencia existencial del ser-para-la-muerte, los funcionarios y médicos norteamericanos encargados de impartir justicia y los asistentes a las ejecuciones ya ponían en marcha un aparato capaz de convertir el respirar-para-la-muerte en un procedimiento ópticamente controlado. Ya no se trataba de "ir al encuentro" de la propia muerte, sino más bien de quedar como clavado en casos de aire letal.

Es indiferente que aquí nos dispongamos a desarrollar de manera documental y narrativa qué es lo que sucedió para que las dos ideas existentes y coincidentes temporalmente en torno a la cámara de gas desde la década de los treinta terminaran fusionándose. Basta con decir en este contexto que el escenario o elemento procesador de esta fusión fue alguna inteligencia de las SS que, mientras, por un lado, buscaba asesoramiento en la industria de lucha antiparasitaria, por otro, no dudaba en seguir el mandato, procedente de la cancillería berlinesa, consistente en la elección de medios "extraordinarios", máxime después de la resolución tomada en ese momento por Hitler para la "solución final de la cuestión judía" [*Endlösung der Judenfrage*]; una resolución que a partir del verano de 1941 había sido promulgada por una "orden secreta" comunicada en persona en el orden del día de las ligas de las SS escogidas. Autorizados por

esta orden, que dejaba el campo abierto a su propia iniciativa, éstas dieron el primer paso en la carrera homicida del cumplimiento del deber. Como elementos catalizadores de esta fusión ideológica entre la lucha antiparasitaria y la ejecución de hombres con ácido cianhídrico coadyuvaron las matanzas sistemáticas de prisioneros de guerra con ayuda de gases quemados (en campos como Belzec, Chelmo y otros), amén de los asesinatos masivos de enfermos en instalaciones psiquiátricas alemanas por medio de duchas de gas en cámaras móviles, instaladas sobre los mismos camiones que los transportaban.

En este momento, en alguna medida tardío, de la historia de la explicación atmosférica de las realidades contextuales por medio de un terrorismo apoyado en la técnica, el factor Hitler entra en escena como enconamiento del proceso. Apenas cabe duda de que el momento más álgido del exterminismo alemán en lo que a la "política judía" concierne se abrió paso después del año 1941, ayudado por esa imaginería metafórica de parásitos e insectos que desde los primeros años veinte había constituido el núcleo esencial de la retórica del partido nacionalsocialista dictada por Hitler: una colección de metáforas que a partir de 1933 se ensalza, por así decirlo, como regla de lenguaje oficial en medio de una opinión pública alemana uniformada. La repercusión pseudonormalizadora de este discurso acerca de los "parásitos del pueblo" (que cubría un amplio círculo semántico, ya que comprendía cosas tales como el derrotismo, el comercio de estraperlo, la burla del *Führer*, la crítica al sistema o la falta de fe en el futuro) fue uno de los factores responsables de que el movimiento nacionalsocialista consiguiera, si no popularizar, al menos sí hacer tolerable o imitable en amplias masas, bajo la figura del *Führer*, esta excesiva forma idiosincrásica de antisemitismo como una expresión específicamente alemana de supuesta higiene. Las imaginería metafórica de los insectos y los parásitos forma parte al

mismo tiempo de la munición retórica del estalinismo, que ocasionó en el campo de concentración una política del terror de mayor alcance, aunque sin alcanzar las cimas prácticas de “desinfección” idiosincrásicas de las SS. En el meollo de esa empresa de cámaras de gas y de crematorios que fue Auschwitz y otros “campos” se evidenciaba a todas luces la determinante metáfora de la “lucha antiparasitaria”. De hecho, la expresión “tratamiento especial” [*Sonderbehandlung*] significaba, antes que otra cosa, la recurrente aplicación de procedimientos antiparasitarios para insectos en poblaciones humanas. La extrapolación práctica de esta operación metafórica terminó conduciendo al empleo del medio de “desinfección” más habitual, esto es, el *Ciclón-B*, así como a la aplicación de prácticas análogamente fanáticas en cámaras introducidas en muchos lugares. En el extremo pragmatismo de los ejecutores confluyeron tanto la realización psicótica de una metáfora como la pareja ejecución servicial de medidas carentes de toda oposición.

La investigación desarrollada en torno al Holocausto tiene toda la razón en reconocer en la fusión de locura homicida y rutina la marca de fábrica de Auschwitz. Que el *Ciclón-B*, según las declaraciones de los testigos presenciales, fuera transportado de manera continuada a los “campos” en vehículos de la Cruz Roja es un hecho que tiene que ver tanto con la tendencia a higienizar y medicalizar de estas “medidas” como con la necesidad del perpetrador de encubrir sus acciones. En 1941, en la publicación especializada *Der praktische Desinfektor* [*El desinfectante práctico*], un médico militar tildaba a los judíos de “portadores de epidemias” sin parangón. Lo que en el contexto temporal posterior se trocaría en expresión casi habitual, en el preciso trasfondo de su actualidad delataba sin embargo una amenaza apenas cifrada. Una entrada aforística del diario del a la sazón ministro de Propaganda del *Reich*, Goebbels, fechada el 2 de noviembre del mismo año, confirma la sólida asociación

de ideas entre el campo imaginario entomológico y el político: "Los judíos son los piojos de la Humanidad civilizada".<sup>52</sup> La anotación muestra que Goebbels se comunicaba consigo mismo como un agitador ante una multitud. También el mal, como la estupidez, tiene propiedades autohipnóticas.

En enero de 1942, en una casa de labranza reconstruida (llamada *Bunker I*) en la zona del "campo" Auschwitz-Birkenau, se instalaron dos cámaras de gas, que poco después fueron "puestas en funcionamiento". Pronto se advirtió la necesidad de contar con una ampliación de sus capacidades; en seguida, otras instalaciones se sumaron paulatinamente. Durante la noche del 13 al 14 de marzo de 1943, en el depósito de cadáveres I del crematorio II de Auschwitz, fueron gaseados 1.429 judíos procedentes del gueto de Cracovia por no ser "aptos para el trabajo"; al aplicarse los seis kilos de *Ciclón-B*, se produjo esa concentración de cerca de 20 gramos de ácido cianhídrico por cada metro cúbico de aire que había sido recomendada por la empresa *Degesch* para despiojar con las suficientes garantías. Durante ese verano, el sótano del crematorio III fue dotado de una puerta hermética al gas y catorce duchas de pega. A principios del verano de 1944, el progreso técnico hizo su entrada en Auschwitz con la instalación de un dispositivo por onda corta, desarrollado eléctricamente por la empresa *Siemens* para despiojar la ropa de trabajo y los uniformes. El líder principal de la SS, Himmler, ordenó en noviembre del mismo año la interrupción de las matanzas con gas tóxico. Durante este tiempo, así lo confirman las apreciaciones serias más a la baja, fueron sacrificados a través de estos "tratamientos" las tres cuartas partes de un millón de hombres. Durante el invierno de los

---

<sup>52</sup> Cfr. Götz Aly, *"Endlösung": Völkerverschiebungen und der Mord an den europäischen Juden* [La "solución final": Los desplazamientos populares y el asesinato de los judíos europeos], Frankfurt/M., 1995, p. 374.

años 1944 y 1945, las tropas del "campo" y los presos se dedicaron a borrar las huellas de las instalaciones gas-terroristas ante la inminente llegada de las tropas aliadas. En el entorno de las firmas *Degesch* (Frankfurt del Meno), *Tesch & Stabenow* (Hamburgo) y *Heerd-Lingler* (Frankfurt del Meno), que habían abastecido con sus productos al "campo", a sabiendas de los fines a los que se orientaba su empleo, se reconoció la necesidad de suprimir las bases sobre las que se asentaba su negocio.

## 2. EXPLICITUD PROGRESIVA

De estas referencias a los procedimientos atmoterroristas de la guerra con gas (1915-1918) y al exterminio genocida con gas (1941-1945) despuntan los perfiles de una climatología especial. Gracias a ella, la manipulación activa del aire respirable se trueca en un asunto cultural, por mucho que sólo se manifieste a primera vista en una vertiente meramente destructiva. Desde sus primeros pasos, esta manipulación incorpora los rasgos de una intervención diseñada, por medio de la cual se pergeñan y se producen, *lege artis*, los microclimas que provocan la muerte de los hombres por los hombres (más o menos delimitados con exactitud). De este "Air Conditioning negativo" se pueden obtener algunas aclaraciones en torno al proceso de la Modernidad en cuanto marco de explicación de la atmósfera. El atmoterrorismo da el empujón decisivo para modernizar esos ámbitos residenciales humanos que, emplazados en antiguas situaciones mundo-vitales naturales, durante largos períodos de tiempo habían sido capaces de resistir el paso de las condiciones tradicionales a las modernas: esa referencia atmosférica a lo inveterado-natural y esa facilidad no cuestionada de los que viven y viajan en un medio aeróbico indiscutiblemente dado de antemano y, a primera vista, sin complicaciones. La situación humana más vulgar del "ser-en-el-mundo" — esta expresión no deja de ser tampoco un moderno concepto explicativo para la



“disposición” ontológica surgida tras la pérdida de la tradicional búsqueda europea de una certeza universal—había sido hasta el momento de manera tan honda y evidente un “ser-en-el-aire” o, dicho con mayor exactitud, un ser-en-lo-respirable, que una investigación pormenorizada de las situaciones del aire y de las atmósferas no había podido aflorar en líneas generales. Esta preocupación sólo surgió en ciertos casos bajo formas poéticas o en contextos físicos o medicinales,<sup>1</sup> pero en ningún caso, sin embargo —a no ser que tengamos en cuenta las definiciones de su forma de vida—, respecto a las situaciones subjetivas cotidianas de los miembros culturales. Quizá nos brindan una excepción de lo aquí dicho las poderosas intuiciones del precoz teórico de la cultura Johann Gottfried Herder, quien en su *Ideas para la filosofía de la historia de la Humanidad* —una obra, dicho sea de paso, inagotablemente rica— ya en 1784 postulaba una nueva ciencia de la “aerología”, amén de un arte atmosférico general orientado a la investigación de los “contenedores de aire” que albergan la vida: “Pues el hombre es, como todos los demás seres, un discípulo del aire”. Si dispusiéramos al fin y al cabo —argüía Herder— de una Academia Universal que enseñase estas disciplinas, proyectaríamos una nueva luz sobre la conexión del hombre en cuanto criatura cultural con la naturaleza; entonces seríamos capaces de “ver en qué medida este gran invernadero de la naturaleza actúa conforme a leyes fundamentales uniformes en sus miles de transformaciones”.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cfr. Wim Klever (ed.), *Die Schwere der Luft in der Diskussion des 17. Jahrhunderts* [La importancia del aire en la discusión del siglo xvii], Wiesbaden, 1997; Steven Schapin y Simon Schaffer, *Leviathan and the Air Pump. Hobbes, Boyle and the Experimental Life* [Leviatán y aire. Hobbes, Boyle y al vida experimental], Princeton, 1985; Christoph Wilhelm Hufelands *Makrobiotik* [Macrobiótica] (1796) hace referencia a la conexión entre cualidad del aire y expectativa de vida.

<sup>2</sup> J. G. Herder, *Schriften. Eine Auswahl aus dem Gesamtwerk* [Escritos. Una selección de las Obras completas. Hay traducción en castellano de: *Ideas para*

Afirmaciones como éstas nos recuerdan que Herder en este siglo ha actuado como padrino de una antropología de altos vuelos; sin embargo, no tenemos la intención de volver a reivindicar aquí su figura como fundador de la clarividente doctrina de la naturaleza menesterosa del hombre, sino más bien como el iniciador de una teoría de las culturas humanas como formas de organización de la existencia en invernaderos. Con todo, su anticipo de ideas amistosas y eutónicas sobre el hombre y la contraposición entre naturaleza y cultura no nos permite comprender la conexión dialéctica o genético-temática entre terrorismo y explicación del contexto. Asimismo, la reconocida hipersensibilidad de Nietzsche ante todo lo que concierne a condiciones climáticas de existencia (presión del aire, humedad, viento, nubosidades y tensiones cuasimateriales) también sigue formando parte del último crepúsculo de una inveterada confianza europea en la naturaleza y en la atmósfera, aunque ya, a decir verdad, bajo fórmulas en retroceso. En ocasiones, a causa de su constitución poco convencional, sensible a todos los procesos atmosféricos, el propio Nietzsche se ofrecía como posible objeto de exposición —como un instrumento patafísico medidor de las tensiones eléctricas, por así decirlo— para la exposición eléctrica de París de 1881.<sup>5</sup> Pese a todo esto, el signi-

---

*una filosofía de la historia de la Humanidad*. Buenos Aires, Losada, 1959. Trad. J. Roviral, Walter Flemmer (ed.), München, 1960, pp. 78-79. La cursiva es nuestra.

<sup>5</sup> Cfr. Friedrich Nietzsche., *Briefe. Sämtliche Werke [Cartas. Obras completas]*, *Kritische Studienausgabe*, vol. VI, München, 1986, p. 140. Carta a Franz Overbeck fechada el 14 de noviembre de 1881: "[...] Esta meteorología médica [...] por desgracia no es más que una ciencia todavía en pañales, por lo que a mi persona respecta, sólo una docena más de interrogantes. Quizá se sepan más cosas *abora*... Tendría que haber estado en la exposición de la electricidad que ha tenido lugar en París, en parte para aprender lo nuevo, pero en parte también para ser un objeto más de exposición: pues como buen husmeador de los cambios eléctricos y profeta del tiempo compito con los monos, siendo muy probablemente un 'caso especial'".

ficado profundo del aire, del clima, del medio de respiración y de la atmósfera tanto en un sentido micro como macroclimático, sobre todo, desde un punto de vista cultural y teórico-mediático, no puede experimentarse más que al hilo de ese paso posterior que ha tenido lugar en el transcurso del siglo xx a través de los modos y estadios de las prácticas de exterminio atmoterrorista: en ellos ahora cabe reconocer ya lo que, mediante nuevas formas de expresión, llama a las puertas del siglo veintiuno.

- Temblores de aire: a raíz de la progresiva explicitud de las condiciones relativas al aire, al clima y la atmósfera, no puede por menos de violarse el originario prejuicio de quien existe en beneficio de un medio existencial primario y macularse todo vestigio de ingenuidad. Cuando antaño los hombres, a lo largo de la historia precedente, eran capaces de aparecer a su antojo en cualquier región, al aire libre o bajo techo, al abrigo del presupuesto incuestionable de poder respirar el aire de una atmósfera circundante, ellos, así podemos advertirlo hoy retrospectivamente, no hacían sino valerse de un ingenuo privilegio que, tras el corte producido en el siglo xx, ha desaparecido de nuestro futuro y para siempre. Quien vive tras esta cesura y se mueve en una zona cultural acompasada al ritmo de la Modernidad está condenado al cuidado formal del clima y al diseño atmosférico, bien mediante formas rudimentarias, bien más sofisticadas. En la medida en que uno se comprende a la luz de este violento potencial de explicitud respecto a aquella dimensión, otrora irrelevante, que se encontraba "subyacente" en el fondo o circundante y circunscrita a un entorno medio ambiental, no tiene más remedio que admitir su disposición a participar en los procesos de la Modernidad.

Antes de que esta nueva obligación a cuidar de lo atmosférico y lo climático se pueda consolidar en la conciencia de las nuevas generaciones, habría que remontarse más atrás en bus-

ca de algunos otros pasos explicativos del fenómeno del atmoterrorismo. Es aquí donde se nos brinda la oportunidad de hablar en términos filosóficos del desarrollo del moderno *armamento aéreo*, una expresión que pone de manifiesto su pertinencia a la hora de perpetrar ataques en un medio atmosférico. En nuestro contexto hay que aclarar que el armamento aéreo representa *per se* un fenómeno cardinal del atmoterrorismo en su vertiente estatal. Los aviones militares funcionan en un primer momento, como más tarde lo hará la artillería de cohetes, como armas de acceso: ellas eliminan el efecto inmunizador de la distancia espacial entre grupos armados; posibilitan, pues, el acceso a objetivos que sólo serían conseguidos al precio de un gran número de bajas, o muy difícilmente alcanzables si tuviera lugar un ataque por tierra. Se trata de métodos que apenas prestan importancia a la cuestión de si los combatientes son vecinos naturales o no. Si no se tiene en cuenta el fenómeno de la explosión a larga distancia mediante armamento aéreo, resulta ininteligible el problema de la globalización de la guerra por medio de sistemas teledirigidos. A causa de esta aplicación, no pocos aspectos del exterminio específico del siglo xx pueden atribuirse a una lúgubre meteorología. Por esta teoría de las precipitaciones especiales diseñadas por los hombres no entendemos sino la exploración del espacio aéreo por medio de máquinas volantes y su aplicación para tareas relacionadas con el atmoterrorismo y la artillería paralela.

Mientras que entre 1915 y 1945, en sus formas más llamativas, el terrorismo con gas tóxico siempre operó por regla general sobre el mismo terreno (con la única excepción de la guerra del Rif entre España y Marruecos durante 1922-1927, donde por primera vez se desencadenó una guerra aeroquímica),<sup>4</sup> los

---

<sup>4</sup> Cfr. Rudibert Kunz/Rolf-Dieter Müller, *Giftgas gegen Abd el Krim. Deutschland, Spanien und das Gaskrieg in Spanisch-Morocco 1922-1927* [Gas tóxico

nuevos ataques terroristas con medios térmicos y radioactivos a los mundos vitales enemigos requieren de fundamentos técnicos y tácticos, y casi siempre de operaciones propias de la fuerza aérea. En este orden de cosas (tras los vergonzosos ataques por sorpresa de la aviación alemana sobre Guernica el 26 de abril de 1937, y sobre Coventry en la noche del 14 al 15 de noviembre de 1940), la destrucción de Dresde entre el 13 y el 14 de febrero de 1945 a cargo de la flota de bombarderos británica, así como la aniquilación de Hiroshima y Nagasaki entre el 6 y el 9 de agosto de 1945, producida por el lanzamiento de dos bombas nucleares individuales desde cazas de guerra estadounidenses, siguen descollando como dos grandes jalones significativos. Las escaramuzas libradas entre grupos de aviadores de fuerza similar sólo tuvieron en realidad un valor marginal (por mucho que también fueron objeto de la imaginación con románticas escenas de vuelos acrobáticos por los aires). En cambio, *de facto*, en el dominio de la "lucha aérea" se impuso la práctica de los ataques aéreos unilaterales e incontestables, en los cuales ora máquinas individuales asestaban golpes muy precisos contra objetivos bien definidos, ora se organizaban enormes escuadras aéreas cuya misión era bombardear grandes superficies, una opción, esta última, que guarda estrecha correspondencia con el borroso precepto que guiaba la artillería con gas: lo que está suficientemente próximo es casi tan operativo como un blanco. La imagen metafórica de la "bomba-alfombra", activa desde la década de los cuarenta del siglo que acaba de expirar, describe con precisión esa imagen

---

contra Abd el Krim. *Alemania, España y la guerra con gas la relación España-Marruecos entre 1922-1927*, Freiburg, 1960. Aquí se ofrecen pormenorizados detalles en torno a la connivencia de las empresas alemanas y los químicos que trabajaban en la primera guerra aeroquímica, en la que los guerreros a caballo del pueblo de montaña de la Kabalia del Rif fueron abatidos gracias a la utilización de bombas de iperita y gasolina.

intuitiva de recubrir grandes segmentos de paisajes cultivados y habitados con una moqueta mortífera. Hace poco, entre el 24 de marzo y el 10 de junio de 1999, los ataques aéreos de la OTAN contra Serbia durante el conflicto de Kosovo han puesto de manifiesto, entre otras consecuencias, cómo los bombardeos puntuales en grandes cantidades pueden provocar a su vez efectos nocivos sobre las superficies. Por mucho que el armamento aéreo sea susceptible de una interpretación romántica de sus funciones militares o se presente discretamente como un tipo de arma de cuño neoaristocrático –como una continuación, en cierta medida, de la artillería real en un medio abierto– su tendencia en la práctica se revela como el órgano ejecutor preferido del atmoterrorismo. De este modo se confirma que el control estatal del armamento está lejos de representar la panacea frente a las prácticas terroristas, cuya sistematización promueve. El hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial las fuerzas de ataque aéreo hayan pasado a convertirse en sistemas armamentísticos de primera fila, sobre todo después del año 1945, durante las guerras de intervención de los Estados Unidos, sólo habla a favor de la normalización del terrorismo estatal como hábito y de la ecologización del proceder bélico.<sup>5</sup> Desde este punto de vista, las manifestaciones que organizaron los serbios civiles en el puente Branko (sobre el río Sau) durante los ataques aéreos de la OTAN en la primavera de 1999, buscando intencionadamente distinguirse como posibles blancos, no fueron sino un pertinente comentario a la realidad de la guerra aérea del siglo xx.

---

<sup>5</sup> Respecto a esto, un indicio de los muchos posibles es el uso de métodos tan evidentes de lucha terrorista como el Napalm por parte de la Fuerza Aérea de los EE.UU. en la Guerra de Vietnam, por no hablar del lanzamiento de la bomba *Blue 82 Commando Vault*, conocida con el sobrenombre de *Daisy Cutter* (bomba de 5,7 toneladas de amonionitrato), sobre la infantería iraquí y los guerreros afganos.

Como ha quedado demostrado –y no sólo por las experiencias de la Segunda Guerra Mundial tanto en Europa como en el Lejano Oriente–, en el proceder bélico del armamento aéreo estatal se ha llegado a establecer un uso general del hábito del atentado, máxime toda vez que los ataques aéreos ya poseen siempre, en virtud de su propio *modus operandi*, el carácter de un asalto por sorpresa. Ellos presuponen siempre, asimismo, también allí donde se desencadenan como ataques muy precisos contra “instalaciones”, el daño de los mundos vitales enemigos y, *eo ipso*, el riesgo colateral de asesinar a civiles; en los ataques realizados a superficies esto se convierte en el objetivo fundamental. Es bien conocido cómo el generalizado “terror al bombardeo”, que desde 1943 a 1945 se extendió sobre la zona del Imperio alemán, tenía como objetivo no sólo las estructuras militares, sino, más aún, la infraestructura mental del propio país. De ahí que, durante mucho tiempo, a causa de su efecto presuntamente desmoralizador, la defensa ante los aliados obligara a combatir no sólo toda crítica pacifista, sino también las propias críticas intestinas.

El bombardeo de Dresde durante la noche del 13 al 14 de febrero de 1945, llevado a cabo por dos flotas aéreas de Lancaster de la Fuerza Aérea Real Británica, se apoyaba en última instancia en una concepción pirotécnica, según la cual el núcleo de la ciudad, dentro de un sector barrial en forma circular, fue rodeado y salpicado sin apenas resquicios por un denso cerco compuesto de bombas explosivas e incendiarias, capaz de encerrar todo el ámbito del interior dentro de un lógico efecto de ignición; lo que importaba a las facciones atacantes era generar, gracias a la elevada densidad de las bombas alargadas incendiarias, un vacío central presto a la combustión que desencadenara una suerte de torbellino irrefrenable, lo que se denomina una “tempestad de fuego”. Una idea parecida a la de esta acción sistemática de avivar la tempestad ígnea ya había

sido testada de manera exitosa por el mariscal de vuelo británico Arthur Harris en el bombardeo de Hamburgo del 27 de julio de 1943. El mismo efecto tuvo lugar en 1945 en Dresde por medio de un primer bombardeo entre las 22:13 y las 22:28 horas, un efecto que se intensificó merced a una segunda ola de ataques entre la 1:30 y la 1:55 horas, que no sólo avivó la tempestad de fuego hasta alcanzar la medida deseada, sino que la extendió a muchas más zonas de la ciudad, en concreto a una zona abarrotada de gente que buscaba protección al abrigo de la estación central. La tercera ola de ataques a cargo de la agrupación aérea americana se topó ya con una ciudad devastada. En el transcurso de los dos primeros ataques se lanzaron aproximadamente 650.000 bombas individuales, de las cuales 1.500 toneladas eran minas y bombas explosivas frente a cerca de 1.200 toneladas de bombas incendiarias, que, diseminadas en pequeños lugares, fueron arrojadas a modo de goteo regular para desencadenar la propagación del incendio.<sup>6</sup> La elevada suma de bombas incendiarias deja entrever que lo que se buscaba principalmente era la destrucción de las zonas habitables y el exterminio de la vida civil. Los atacantes estaban perfectamente al tanto de las circunstancias: según una planificada realización del plan, dado que la ciudad sería abandonada desde la parte oriental por los que buscaban refugio, tenía por necesidad que originar una gran número de víctimas. El éxito del proyecto se reveló, entre otras circunstancias, en el hecho de que un gran número de individuos quedaron encerrados dentro del cerco de fuego, cuando no fueron encontra-

---

<sup>6</sup> Para un relato posterior detallado de los hechos acontecidos entre el 13 y el 15 de febrero de 1945, cfr. Götz Bergander, *Dresden im Luftkrieg. Vorgeschichte, Zerstörung, Folgen, Weimar-Köln-Wien [Dresde en la guerra aérea. Prehistoria, destrucción y consecuencias. Weimar-Colonia-Viena]*, 1944, especialmente pp. 112-231.



dos deshidratados y descompuestos pese a no entrar en contacto directo con las llamas. A causa del efecto chimenea, más de cien refugios, todos intactos, se transformaron en hornos cuyos moradores aún vivos hallaron la muerte abrasados. Antes del 6 de agosto de 1945, no existe otro precedente en la historia de la práctica intencionada del horror en el que, partiendo de una situación de un "mundo de vida" extendida casi a la totalidad de una ciudad, hubiera producido una situación cuyas características llegaran al extremo de construir una cámara de incineración de gran alcance; aquí el termómetro registró temperaturas de más de mil grados centígrados al contribuir lo suyo los gases tóxicos a la intensificación de los efectos mortales. Que en una sola noche, expuestas a esta atmósfera especial, pudieran ser incineradas, carbonizadas, disecadas y asfixiadas (conforme a un cálculo a la baja) 35.000 personas, fue una revolucionaria innovación en las marcas de rapidez de los asesinatos en masa.<sup>7</sup> Aun cuando fuera ya apreciado como un fenómeno singular a causa de la guerra, en la noche del incendio de Dresde ve la luz un nuevo modelo del termoterrorismo extensivo. Lo que aquí acontece no es sino un gran golpe, pensado, eso sí, hasta sus últimas consecuencias, a las infranqueables condiciones térmicas de la vida. Un golpe que lleva a cumplimiento la negación más explícita de lo más implícito en todas las expectativas posibles: que ser-en-el-mundo de los hombres no puede significar bajo ninguna circunstancia un ser-en-el-fuego.

---

<sup>7</sup> Para un testigo presencial como Götz Bergander, la suma de víctimas aparecida parece a primera vista una valoración demasiado baja; como historiador añade, sin embargo, que para defender cifras más elevadas, por muy plausibles que puedan parecer desde un punto de vista subjetivo y proclive a la dinámica de la exageración, no existen pruebas concluyentes.

Una de las sorpresas que han dejado ya de sorprendernos en el siglo xx es que también este valor máximo se ha revelado como algo superado. La explicación de la atmósfera a la luz del terror no se arrojó ante la transformación de los mundos vitales en cámaras de gas y de incineración. Para dar un paso más allá de los terrores producidos por el horno de incineración planeado por Churchill y Harris, no se necesitaba más que una revolución en la imagen del mundo o, mejor dicho –puesto que ya conocemos la falsedad de los discursos que versan sobre las transformaciones radicales o revoluciones–, una apertura encaminada a desarrollar todavía más lo que cristaliza en mundo desde su latencia física y biosférica. Huelga en este punto llevar a cabo una recapitulación de la historia común de la física nuclear y de las armas nucleares. Para nuestra conexión sí es importante saber que la explicación físico-nuclear de la materia radioactiva, con su manifestación popular del hongo atómico sobre áridos terrenos experimentales y ciudades habitadas, hizo despuntar al mismo tiempo una nueva y profunda fase en la explicación de lo atmosférico humanamente relevante. Con ello, la “revolucionaria” nueva orientación de la conciencia del “medio ambiente” empujó en dirección a un *milieu* [medio] compuesto de ondas y radiaciones. A la vista de este fenómeno, no cabe ya alcanzar nada mediante el recurso al claro [*Lichtung*] clásico, en el que nosotros “vivimos, existimos y somos”, aun pese a interpretarlo desde un punto de vista teológico o fenomenológico. El comentario (pos)fenomenológico en torno al fulgor atómico sobre el desierto de Nevada y las dos ciudades japonesas rezaría, pues, así: *Making radioactivity explicit*.

Con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki no sólo se llevó a cabo un envite cuantitativo respecto a los acontecimientos ocurridos en Dresde. El exterminio simultáneo de, siguiendo las estimaciones más pruden-

tes, más de cien mil, y, posteriormente, cuarenta mil vidas humanas<sup>8</sup> puede ser considerado como la culminación de todos los acontecimientos de la investigación atmoterrorista precedente; las explosiones nucleares del 6 y del 9 de agosto del año 1945 impulsaron al mismo tiempo una escalada cualitativa, por cuanto ellas, yendo más allá de la dimensión del terrorismo térmico, desbrozaron posteriormente el camino a una modalidad terrorista por radiación. Las víctimas de las radiaciones de Hiroshima y Nagasaki, sumadas poco tiempo después a los abrasados en los primeros segundos y minutos, y que no en pocos casos sufrieron también las consecuencias con un retraso de años o decenios, no hacen sino constatar el conocimiento de que la existencia humana está emplazada en una compleja atmósfera compuesta de ondas e irradiaciones, de cuya realidad, en todo caso, podemos dar cuenta mediante ciertos efectos indirectos que, sin embargo, no pueden ser visibles de inmediato. La aplicación directa de una dosis de radioactividad mortal –intensa o a largo plazo– en humanos, liberada “después” del primario efecto térmico y cinético de las bombas, irrumpe en la conciencia de los dañados y los testigos presenciales del fenómeno con una nueva dimensión radicalmente latente. Todo aquello que antaño pasaba por oculto, desconocido, inconsciente, invisible, fue de golpe obligado a pasar al plano de lo manifiesto; llama la atención de un modo indirecto bajo formas como el desprendimiento de la piel o úlceras, como si un fuego invisible provocara quemaduras visibles. En los rostros de los supervivientes se reflejaba una nueva figura de la apatía: las “máscaras de Hiroshima” miraron, perplejas, al resto del mundo, un mundo que había sido sustraído a los hom-

---

<sup>8</sup> Si se añade a esto las víctimas por radiación que hasta finales del año 1945 o, mejor dicho, en el primer día de bombardeo, murieron, se alcanza la cifra de 151.000 muertos en Hiroshima y de 70.000 en Nagasaki.

bres por una tempestad de luz, para serles devuelto posteriormente como desierto contaminado por radiaciones. Estos rostros hablan por sí mismos del oscuro límite de este abuso ontológico. Una vez que la lluvia negra se extendió sobre Japón, apareció un mal indefinible durante decenios que se materializó en pólipos cancerígenos de todo tipo y en profundos trastornos psíquicos. A causa de la censura establecida por los Estados Unidos, hasta 1952 duró en Japón la prohibición de hacer toda referencia pública a las dos catástrofes.<sup>9</sup>

En estos sucesos cabe interpretar un crecimiento dimensional de la acción del terror: el atentado nuclear al mundo de vida del enemigo incluye a partir de este momento el aprovechamiento terrorista de la latencia en cuanto tal. El hecho de que las armas radioactivas no sean perceptibles pasa a ser un componente esencial del efecto armamentístico. Sólo una vez que ha sido expuesto a las radiaciones, el enemigo empieza a comprender que no sólo existe dentro de una atmósfera repleta de aire, sino también dentro de una atmósfera invisible compuesta de ondas y radiaciones. En este sentido el extremismo nuclear es, como el químico, una suerte de explicacionismo.

Con el paso explicativo a lo nuclear la catástrofe fenoménica se trueca en definitiva en una catástrofe de lo Fenoménico en cuanto tal. El ensayo de los físicos y de los militares informados por éstos sobre el nivel radioactivo de la influencia medioambiental revela a las claras que puede existir algo en el aire que las felices criaturas del mundo, ingenuamente sensibles a su contexto, y respiradoras de la era pre-nuclear –los inveterados “discípulos del aire”–, en absoluto son capaces de percibir. A partir de este punto y aparte, se impone la necesidad

---

<sup>9</sup> Durante la celebración conmemorativa de la paz en Hiroshima se cifró en agosto de 2001 una cantidad total de 221.893 víctimas, de ellas aproximadamente 123.000 hombres y 98.500 mujeres.

de percibir lo no perceptible como si fuera una nueva ley redactada con valor intimidatorio.

También los bioterroristas posteriores van a operar en el marco de una latencia similar (como sus simuladores y parásitos) ante un contexto de orden tanto estatal como no estatal. Ellos tendrán en cuenta la dimensión de lo imperceptiblemente minúsculo al realizar el cálculo del ataque a la vez que amenazarán el medio ambiente del enemigo mediante ataques invisibles. En la dimensión del bioterrorismo atmosférico han sido sobre todo los investigadores militares soviéticos en las décadas de los años setenta y los ochenta los que más experimentos han realizado de manera explícita. Para acceder a las primeras escenas de estas investigaciones, hay que remontarse a los ensayos realizados en 1982 y 1983 con la bacteria turalemia. En ellos, sobre una isla desierta en el mar de Aral, cientos de monos importados expresamente a tal efecto de África fueron atados a postes y obligados a respirar el aire procedente de las nuevas bombas compuestas de turalemia. El resultado del experimento, satisfactorio para los científicos, fue que casi todas las cobayas, pese a haber sido vacunadas previamente, perecieron en un breve lapso de tiempo tras la inhalación de la bacteria.<sup>10</sup>

Cuando Martin Heidegger en sus artículos a partir de 1945 empieza a utilizar con frecuencia la expresión “destierro” [*Heimatlosigkeit*] como lema existencial en la época del “engranaje técnico” [*Ge-stell*], no trataba simplemente de reflexionar sobre la ingenuidad perdida de la morada en casas de campo y

---

<sup>10</sup> Ken Alibek & Stephen Handelman, *Biobazard. The Chilling True Story of the Largest Covert Biological Weapons Program in the World from the Inside by the Man who Ran it* [Riesgo biológico. La historia verdadera del programa de armas biológicas más grande del mundo. Contado desde dentro por un hombre que pudo escapar], New York, 1999, pp. 25-28.

el paso a la existencia en viviendas mecanizadas urbanas. La expresión "desterrado" [*heimatlos*] buscaba también hacer referencia, en un ámbito más hondo de sentido, a la desnaturalización de los hombres, privados ya de la envoltura natural del aire, y a su traslado a espacios climatizados. El discurso del "destierro" simboliza, a la luz de una interpretación más radical, el éxodo epocal de todos los posibles nichos de recogimiento en la latencia. Después del psicoanálisis, el inconsciente ha dejado de servirnos como patria; después del arte moderno, esta función tampoco puede desempeñarla la tradición; después de la biología moderna, apenas puede hacerlo ya la "vida". En el espectro de estas rupturas encaminadas a la existencia apátrida también nos topamos, después de Hiroshima, con la obligada manifestación de las dimensiones radiofísicas y electromagnéticas de la atmósfera, amén de con la conversión, condicionada por el fenómeno precedente, de los miembros participantes de la cultura en formas de estancia técnicamente vigilantes ante las radiaciones. El físico Carl Friedrich von Weizsäcker, familiarizado con la obra de Heidegger, no dejó de evocar esta situación cuando él, en el culmen de la carrera armamentística nuclear entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante la década de los años setenta, permitió de manera harto elocuente la construcción de un búnker situado en el jardín de su casa, en Starnberg, a fin de protegerse de las radiaciones.

Puede ponerse en duda si el evocador discurso heideggeriano en torno al "habitar" [*wohnen*] del hombre en una "comarca" [*Gegend*] —que hace posible esto a la vez que lo invoca— puede seguir siendo la última palabra respecto a la cuestión de la existencia presa del apremio explicativo y su respectivo imperativo de autoconfiguración. La razón de ello estriba en que cuando el filósofo hacía las loas correspondientes al evocador habitar en la "región", saltaba de antemano demasiado depri-

sa a un ideal de espacio que implica volver a crear por completo lo viejo y lo nuevo.<sup>11</sup> En él la “comarca” mienta un lugar distinguido, cuyo acceso se resiste a ser indicado si uno no se encuentra previamente instalado en sus dominios; se trata, pues, de un lugar que se encuentra allende toda explicación, como si sólo pudiera valer en una parte-otra; un lugar que, pese a haber estado expuesto al contacto del gélido viento del afuera, al riesgo de la situación de la modernización, habría seguido siendo una tierra natal [*Heimat*]. Es cierto que sus moradores sabrían que el desierto crece, pero podrían, precisamente allí donde están, sentirse comprometidos a abrazar una “lejanía y demora”<sup>12</sup> maravillosas e inmunizadoras. Se podría hablar aquí de una concepción sublimemente idílica. Con todo su carácter provisional y a despecho de sus connotaciones provincianas, a la expresión “comarca” no se le puede negar cierta fuerza después de las catástrofes explicativas: una dimensión terapéutica en el arte de crear espacios.<sup>13</sup> ¿Qué sería esta terapéutica, tras la irrupción de lo carente de medida, sino el saber de los procedimientos y el arte cognoscitivo encargados de instituir nuevamente situaciones de medida conforme a los derechos legítimos del hombre, la sutil arquitectura de los espacios vitales tras la manifestación de lo que no puede vivirse ba-

---

<sup>11</sup> Cfr. Werner Marx, “Der ‘Ort’ für das Mass –Die Verwindung des Subjektivismus” [“El lugar de la medida. -La superación del subjetivismo”], en Werner Marx, *Gibt es auf der Erden ein Mass? Grundbestimmungen einer nichtmetaphysischen Ethik* [Existe sobre la Tierra una medida? Definiciones básicas de una ética no metafísica], Hamburg, 1983, pp. 63-85.

<sup>12</sup> Martin Heidegger, *Zur Erörterung der Gelassenheit. Aus einem Feldweggespräch über das Denken. 1944-45* [Sobre una discusión del desasimiento. De un diálogo sobre el pensar], en *Gesammelte Werke* [Obras completas], vol. 13, p. 47.

<sup>13</sup> A un contenido positivo del concepto “habitar” Hermann Schmitz en su Teoría de las “situaciones. Cfr. Hermann Schmitz, *Adolf Hitler in der Geschichte* [Adolf Hitler en la historia], Bonn, 1999.

jo ningún modo? Lo que en este punto nos lleva a mostrar nuestras divergencias con Heidegger no es otra cosa que la convicción, históricamente alimentada y teóricamente consolidada, de que también las circunstancias "comarcales" y natales en la época de la explicación del contexto, allí donde ellas todavía tienen un éxito parcial y provisional, no sólo no pueden ser aceptadas como simples dones del ser, sino que dependen de un importante despliegue relacionado con cuestiones como el diseño formal, la producción técnica, el asesoramiento jurídico y la formación política.<sup>14</sup>

Con estas referencias al desarrollo de la pregunta por las condiciones de respirabilidad del aire, que arranca con la guerra de gas tóxico (y se intensifica con el *smog* industrial), a los envenenamientos derivados del terrorismo gaseoso y térmico durante la Segunda Guerra Mundial, y a la manifestación explosiva del contexto radiológico del ser-en-el-mundo humano que, desde los sucesos de Hiroshima y Nagasaki, no puede por menos de seguir siendo una reflexión de largo alcance, describimos un arco histórico de creciente capacidad explicativa en lo que concierne al problema de la estancia humana en medios gaseados o radioactivos. Desde una apreciación retrospectiva del fenómeno como la que aquí hemos ensayado, no es lícito adherirse a la suposición de que la historia de la explicación atmosférica, surgida a raíz del perfeccionamiento de las armas nucleares durante la Guerra Fría, ha llegado a sus postrimerías. Desde la desaparición de la Unión Soviética, el último poder mundial superviviente ha adquirido el monopolio de completar esa sofisticada continuidad atmoterrorista que va de 1915 a 1990 y la ha dotado, si cabe, de una dimensión más explíci-

---

<sup>14</sup> Sobre este tema versan los capítulos teóricos dedicados al espacio y la arquitectura en *Sphären [Esferas] III, Schäume [Espumas]*, previsiblemente: Frankfurt/M., 2003.



ta y, por ende, aún más monstruosa. Es posible que el fin de la Guerra Fría acarreará un provisional decrecimiento de la intimidación nuclear; pero si nos atenemos a la inclusión de aspectos contextuales climáticos, radiofísicos y neurofisiológicos (hasta ese momento no desarrollados) en proyectos explicativos por parte de poderes militares mundiales, el umbral de la década de los años noventa parece significar más bien un nuevo inicio. A partir de este punto de arranque temporal se lleva a cabo, de un modo ampliamente inadvertido por la opinión pública, un salto a un estadio definido por la escalada de las oportunidades de ataque atmoterrorista que hasta la fecha no se antojaba posible.

En un documento del *Department of Defense* fechado el 17 de junio de 1996, autorizado, pese a su temática sensible, para ser divulgado entre la opinión pública, y que fue presentado y apenas tenido en cuenta, siete oficiales de un Departamento de Investigación Científica del entorno próximo al Pentágono ofrecieron datos en torno a un sistema capaz de hacer la guerra en la ionosfera en el futuro. El documento del proyecto en cuestión, presentado bajo el título "La meteorología como multiplicador de fuerza: dominio de la meteorología en el año 2025" (*Weather as a Force Multiplier: Owning the Weather in 2025*), fue elaborado por encargo del Estado Mayor de la Fuerza Aérea con la orden de señalar las condiciones bajo las cuales los Estados Unidos en el año 2025 pudieran afirmar su papel preponderante como poder armamentístico en el marco espacial y aéreo. Los autores del documento parten del hecho de que durante la época de desarrollo de la década de los años treinta se consiguió, pese a su invisibilidad a ojos humanos, dominar la ionosfera como uno de los componentes físicos de la envoltura terrestre exterior. Una acción que se desarrolló sobre todo gracias a la producción voluntaria y la supresión de las circunstancias meteorológicas borrascosas, he-

chos que garantizan al poseedor del armamento ionosférico el control del campo de batalla (*battlefield dominance*). El armamento meteorológico echa mano, pues, de algunas de estas anticipaciones momentáneas: la conservación o enturbiamiento de la vista en el espacio aéreo; la elevación o disminución del *comfort level* (de la moral) de las tropas; el empeoramiento y la modificación de tormentas; la supresión de precipitaciones lluviosas sobre territorios adversos y la producción artificial de sequías; la interceptación y la interrupción de comunicación enemiga, así como la supresión de actividades meteorológicas análogas del enemigo. Al hacer explícitos estos nuevos parámetros de las intervenciones operativas militares en el *battle-space environment* [entorno del espacio de batalla], hoy ya se puede tomar en consideración la posible situación futura del diseño del campo de batalla (*battlefield shaping*), así como del conocimiento del campo de batalla (*battlefield awareness*). En la conclusión final del documento se nos habla de todo esto:

[...] por cuanto un esfuerzo provisto de tan alto riesgo y altas ventajas como éste de la modificación meteorológica nos empuja ante un dilema similar al de la fisión nuclear. Ahora bien, en la medida en que algunos sectores de la sociedad constantemente estén en desacuerdo con hacer experimentos con temas tan polémicos como la modificación meteorológica, las enormes (*tremendous*) posibilidades militares que se puedan derivar de este ámbito de investigación podrán ser ignoradas de un modo que terminará suponiendo para nosotros mismos una amenaza de peligro.

Con esta advertencia, los autores del documento sobre la guerra meteorológica no sólo dan a entender que ellos se encuentran a favor del desarrollo de este tipo de armas, aun en contra de la posición de la opinión pública; ellos también se alinean den-

tro de las filas de un *environment* [entorno] cultural que es capaz de anticipar un único tipo de guerra, a saber: la confrontación militar de los Estados Unidos con Estados canallas o con "grupos aislados" que toleran o protegen acciones militares o terroristas contra ese complejo civilizatorio llamado "Occidente". Sólo en el marco de este contexto resultan compatibles la propaganda en torno al armamento meteorológico del futuro y el inicio de una escalada de prácticas atmoterroristas con una situación cultural altamente regulada y determinada por una extrema sensibilidad ante las obligaciones de legitimación. Entre las condiciones necesarias de la investigación de las armas meteorológicas subyace una constante asimetría moral entre el modo de hacer la guerra propio de Estados Unidos y cualquier modo potencial de hacer la guerra de quien no es Estados Unidos: bajo ninguna otra circunstancia sería justificable la inversión de medios públicos en la construcción de un arma asimétricamente tecnológica de indudables propiedades terroristas. Para legitimar por vías democráticas el atmoterrorismo en su versión más avanzada, se necesita presuponer la imagen de un enemigo que hace plausible un ataque con medios adecuados a su tratamiento ionosférico particular. En el *American way of war* la lucha del enemigo entraña ya su castigo porque sólo los criminales ya manifiestos pueden ser imaginados como los portadores de desabridos modales armados contra los Estados Unidos. Este *standard* es válido por lo demás desde la Guerra Fría, donde se insistía en presentar Moscú como "base mundial" del terrorismo.<sup>15</sup> De ahí que las declaraciones de la guerra hayan sido sustituidas por la orden de detención del enemigo. Quien dispone de la prerrogativa in-

---

<sup>15</sup> Cfr. John Berger, *Das Sicbbare und das Verbogene. Essays*, Frankfurt/M., 1999, p. 300 [Hay traducción castellana: *El sentido de la vista*, Madrid, Alianza, 1990. Trad. Pilar Vázquez].

terpretativa de declarar "terroristas" a los luchadores de una causa extraña a los propios intereses, desplaza sistemáticamente la percepción del terror del plano de los métodos, centrándose en el grupo opositor, así puede por esta misma razón retirarse del escenario. Desde este momento el hecho de hacer la guerra y el proceso tendente a declarar el estado de sitio devienen indistinguibles. La justicia previamente ejecutada por el vencedor se cumple como una suerte de investigación armamentística contra el enemigo de mañana y de pasado mañana.

Más allá de su declarado interés por el armamento meteorológico, los Estados Unidos trabajan desde 1993 en el programa experimental *Aurora*, el *High-frequency Active Auroral Research Programm*, *HAARP*, del que podrían derivarse las condiciones científicas y tecnológicas para un potencial armamentístico a través de super-ondas. Los abogados del proyecto ponen de manifiesto su carácter civil, algo así como su posible idoneidad para volver a reconstruir la defectuosa capa de ozono o tomar medidas preventivas contra la aparición de ciclones, mientras que sus –todavía no muy numerosos– críticos advierten en tales informaciones el típico camuflaje de los planes militares llevado a cabo por altas esferas encargadas de velar secretos de Estado.<sup>16</sup> El proyecto *HAARP* se asienta sobre un monumental plan de investigación, emplazado en Gacona, centro-sur de Alaska, aproximadamente 300 kilómetros al noreste de Anchorage, compuesto de un gran número de antenas capaces de generar campos electromagnéticos con un alto rendimiento de energía y de emitir rayos a la ionosfera. Su efecto reflector y de resonancia ha de ser utilizado para enfocar estos campos de energía sobre puntos discrecionales ubicados en la

---

<sup>16</sup> Cfr. Jeane Manning & Nick Begich, *Löcher im Himmel. Der geheime Ökorkrieg mit dem Ionosphärenbeizer HAARP* [Agujeros en el cielo. Guerra ecológica secreta con HAARP], Frankfurt/M., 1996.

superficie terrestre. Con las emisiones procedentes de estos rayos se podría construir una artillería de efectos energéticos casi ilimitados. Las condiciones técnicas de este plan se remontan a las ideas del inventor Nicola Tesla (1856-1943), quien ya en torno a 1940 había llamado la atención al gobierno norteamericano sobre las posibilidades militares de un arma teleenergética. Un sistema de este tipo sería hipotéticamente capaz de producir poderosas consecuencias físicas, incluso hasta el punto de solucionar catástrofes climáticas o terremotos en zonas elegidas a tal fin. Algunos observadores han puesto difusamente en relación algunas tempestades de nieve y niebla aparecidas en Arizona, así como otros fenómenos meteorológicos no aclarados, con los experimentos realizados en Alaska. Pero habida cuenta de que las ondas *ELF* (*Extremely Low Frequencies*), u ondas-infrasonido, no sólo tienen influencia en la materia inorgánica, sino también en organismos vivos, en particular en el cerebro humano, que funciona en ámbitos de frecuencia más profundos, cabe deducir de estos datos del plan *HAARP* unas perspectivas encaminadas a la producción de un arma neurotelepática, que podría desestabilizar a poblaciones humanas enteras mediante ataques a distancia dirigidos a sus funciones cerebrales.<sup>17</sup> Se comprende de suyo que un arma de este tipo sólo puede ser concebida, incluso en el mero terreno especulativo, siempre y cuando el desnivel moral entre los cerebros que la desarrollan y los cerebros que han de ser combatidos por las ondas *ELF* aparezca con una nitidez total en el presente y pueda ser mantenida de manera estable en el futuro. Aun cuando no se trate de un arma letal, se trata de un arma que no es susceptible de ser dirigida más que contra lo extraño sin más o el mal absoluto, amén de sus respectivas encarnaciones humanas. No hay que descartar, sin embargo,

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 231 y ss.

que el efecto colateral de tales empresas encaminadas a la investigación termine acarreado *per se* complicaciones morales que para la apreciación de un desnivel de este tenor pueden llegar a ser lamentables. Si la distinción entre cerebros canallas y cerebros no canallas resulta problemática, producir un arma mediante ondas contra una facción de esta diferencia —como ya sucedió con las armas atómicas— podría tener consecuencias autorreferencialmente funestas también en el otro lado.

Alguien podría tildar la referencia a estas perspectivas de surrealista; pero no es más surrealista de lo que lo habrían sido los anuncios de un arma compuesta de gas antes de 1915 y de una bomba atómica antes de 1945. La mayoría de los hombres del hemisferio occidental, antes de que hubiera sido demostrado por los propios hechos, habrían calificado el desarrollo de las armas nucleares como una suerte de ocultismo disfrazado bajo la máscara de la ciencia natural, y habrían negado que esta posibilidad cobrara algún día visos de realidad. El efecto surreal de lo real antes de su proclama es uno de los efectos secundarios de la explicación anticipadora, que desde sus inicios divide las sociedades en dos: por una parte, un pequeño grupo de personas que, como pensadores, operarios y víctimas, toman parte en la emergencia de lo explícito; por otra, un grupo, de lejos más numeroso, que persevera en el punto de vista del derecho existencial a lo implícito *ante eventum*, y reacciona en cualquier caso retrospectiva y puntualmente a las explicaciones dadas. La histeria de la opinión pública es la respuesta democrática al carácter incontestable de la explicitud.

La estancia cotidiana en la latencia se vuelve cada vez más inquietante. Dos tipos de durmientes entran entonces en escena: los soñadores en el marco de lo implícito, que siguen buscando refugio en la ignorancia, y los durmientes en lo explícito, que son conscientes de lo que se juega en el frente mientras aguardan la orden de atacar. La explicación atmoterrorista se-

para violentamente las conciencias dentro de una y única población cultural (llámese nación o pueblo, esto es, en el fondo indiferente) hasta el extremo de que ellas, *de facto*, dejan de vivir ya en un mismo mundo y sólo forman, a la vista del modelo civil estatal, una sociedad común. Ella convierte a unos en colaboradores de la explicación y, en esa medida (en sectores constantemente cambiantes en el frente), en agentes de un terror estructural –aun cuando sólo raras veces real– contra las condiciones naturales y culturales relativas al contexto, mientras que los otros –transformados en aborígenes internos, regionalistas y curadores voluntarios de la propia intempestividad– cuidan en reservas, al margen de hechos positivos, la ventaja de poder seguir aferrándose a las imágenes del mundo y a las condiciones simbólicas inmunizadoras de la época de la latencia.

### 3. AIR-CONDITION

Entre las ofensivas de la Modernidad estética, ninguna como la del surrealismo ha puesto acento en la idea de que el interés central de la actualidad tiene que aplicarse a la explicación de la cultura, siempre y cuando, claro está, entendamos por cultura el compendio de mecanismos capaces de crear símbolos y de comportamientos orientados a la creación de productos artísticos. En la campaña de modernización, el surrealismo acata el imperativo de ocupar las dimensiones simbólicas. Su meta, explícita o secreta, no es otra que poner de manifiesto los procesos creativos y aclarar técnicamente en la medida de lo posible cuáles son las fuentes donde éstos hunden sus raíces. De modo burdo, esgrime razones en apoyo del fetiche de la época, la "revolución", el concepto que todo lo legitima. Ahora bien, como ya ocurre en el espacio político (donde, *de facto*, nunca se ha tratado de dar realmente la "vuelta" a algo en el sentido de una inversión del Arriba y del Abajo, sino de una proliferación de posiciones en la cima y su nueva distribución por los defensores de las capas medias ofensivas. En el terreno real, esta situación no ha tenido lugar sin una parcial transparencia de los mecanismos de poder, esto es, sin una democratización, y, rara vez, sin una fase inicial de abierta violencia procedente desde abajo), la definición de estos procesos es también en el espacio cultural evidentemente errónea: pues en ningún mo-



mento de lo que se trataba aquí era de una "revolución" en el sentido preciso de la palabra, sino más bien, y exclusivamente, de una nueva redistribución de la hegemonía simbólica, algo que requería de una cierta manifestación de los comportamientos artísticos, y que tenía como requisito previo una fase caracterizada por los barbarismos y la iconoclasia. En el ámbito cultural, "revolución" es una expresión encubierta de la violencia legítima contra la latencia. Escenifica la ruptura de los nuevos ejecutores, confiados en su actuación, con los holismos y las placenteras comodidades de las situaciones artísticas burguesas.

La evocación de una de las escenas más conocidas de esta ofensiva surrealista permite ejemplificar el paralelismo existente entre las explicaciones atmoterroristas del clima y los embates de la cultura "revolucionaria" contra la mentalidad burguesa del público artístico. El 1 de junio de 1936 Salvador Dalí, que en los primeros pasos de su carrera artística pasaba por ser el autodeclarado mensajero del reino de lo surreal, impartió una conferencia-*performance* en las Galerías *New Burlington* de Londres con motivo de la *Exposición Internacional Surrealista*, en la que él, con la mirada puesta en su propia obra allí expuesta, abrigaba la intención de explicar los principios del método "crítico-paranoico" desarrollado por él mismo. A fin de aclarar al público allí congregado con su entrada en escena que él era el representante de un mundo que estaba radicalmente en otra parte y que hablaba en nombre de lo Otro, Dalí había decidido embutirse en un traje de buzo para su alocución; si hacemos caso a la información aparecida en el diario londinense *Star*, fechada el 2 de julio, coronaba el casco un radiador de un coche; el artista llevaba además un taco de billar en una de sus manos y estaba acompañado por dos enormes perros.<sup>1</sup> En esa pre-

---

<sup>1</sup> Cfr. Ian Gibson, *Salvador Dalí. Die Biographie*, Stuttgart, 1998, p. 378 lhay

sentación de sí mismo que es *Comment on devient Dalí* [Cómo se llega a ser Dalí], el activista relata una versión del incidente a partir de esta misma idea.

Con motivo de la exposición, y con objeto de simbolizar el subconsciente, había decidido pronunciar un discurso ataviado con un traje de buzo. Se me embutió por tanto en la escafandra y me calzaron unos zapatos con plantas de plomo que me impedían mover los pies. Me tuvieron que llevar en brazos hasta el estrado. Luego me pusieron el casco y lo atornillaron. Comencé mi discurso detrás del cristal de la escafandra y delante de un micrófono que, como es natural, nada podía transmitir. Pero mi mímica fascinó al público asistente. Pronto, sin embargo, me quedé con la boca abierta en busca de aire, mi cara se enrojeció, adquiriendo en seguida un tono azulado, con los ojos desorbitados. ¡En efecto, se habían olvidado (*sic!*) de conectarme a la bomba de oxígeno, y yo estaba cerca de asfixiarme! El especialista que me había equipado con el traje de buzo había desaparecido. Mediante gestos, di a entender a mis amigos que la situación era de suma gravedad. Uno de ellos se apoderó de unas tijeras y trató en vano de agujerear el traje; otro quiso desatornillar el casco; como no lo conseguía, empezó a golpear las hembrillas con un martillo [...] Dos hombres intentaron arrancarme el casco, mientras un tercero continuaba asestándole unos golpes que me hacían perder el sentido. En el estrado no dominaba más que la confusión, y yo despuntaba en ella como un pelele desarticulado con mi casco de cobre retumbando como si fuera un gong. Entonces el público arrancó en aplausos ante el exitoso montaje del mimodrama daliniano, un montaje que, a sus ojos, representaba el modo en el que el consciente intentaba aprehender el subcon-

---

traducción castellana: La *vida desafortada de Salvador Dalí*, Anagrama, Barcelona, 1998. Trad. Daniel Najmías-I. Gibson].

ciente. Fue un triunfo que casi me costó la vida. Cuando me arrancaron el casco, estaba tan pálido como Jesús al volver del desierto tras las cuarenta jornadas de ayuno.<sup>2</sup>

La escena pone de relieve dos cosas: el surrealismo es un dilletantismo por cuanto no organiza los objetos técnicos según sus propias condiciones de uso, sino que los utiliza a guisa de drapeado simbólico; con todo, forma parte del movimiento explicitivista inherente a la Modernidad, toda vez que se imagina como un procedimiento categórico que destruye lo latente a la par que descompone el contexto. Un aspecto importante de esta descomposición del contexto en el terreno cultural lo constituye la tentativa de destruir el consenso existente en la empresa artística entre el canal productivo y el receptor con objeto de liberar el radical y genuino valor de los acontecimientos que se exhiben, y así hacer explícitos tanto el carácter absoluto de la producción como el valor propio de la recepción. Estas intervenciones tienen valor combativo por cuanto son esclarecimientos antiregionales y antinarcisistas. No es ninguna casualidad que, durante las fases iniciales de sus agresivas embestidas, los surrealistas ejercitaran el arte de epatar a la burguesía como una forma de acción *sui generis*, por un lado, porque esto ayudaba a los innovadores a diferenciar el *Ingroup* del *Outgroup*; por otro, porque la protesta de la opinión pública podía ser evaluada como signo del éxito en la descomposición del sistema tradicional. Quien escandaliza al burgués no hace sino profesión de iconoclasia progresista. Éste implanta el terror contra los símbolos para hacer volar por los aires las posiciones latentes mistificadas y ponerlas de manifiesto me-

---

<sup>2</sup> Salvador Dalí, *Comment on devient Dalí* [versión castellana: Dalí-A. Parinaud, *Confesiones inconfesables*, Barcelona, Bruguera, 1975. Trad. Ramón Hervás].

dante técnicas más explícitas. La condición previa de esta agresión simbólica es la suposición legítima de que las culturas esconden demasiados cadáveres en el armario, y de que ya es hora de liberar las conexiones latentes protegidas a medias por armaduras y dosis de edificación. Ahora bien, que las primeras vanguardias fueron víctimas de un razonamiento equivocado lo muestra el hecho de que la burguesía susceptible de atemorizar siempre aprendió su lección mucho más rápido de lo que podía llegar a prever cualquiera de estos hombres estéticos inspiradores de terror. Tras algunos cambios de partido entre provocadores y provocados, no pudo menos de surgir una situación en la que, ya explícitos el arte, la cultura y los dominios de sentido por el marketing, el diseño y la autohipnosis, la burguesía, relajada culturalmente por los medios de masas, pasó a la vanguardia, mientras que los artistas sólo siguieron atemorizando ocasionalmente desde un punto de vista formal, sin parar mientes en el hecho de que el tiempo de este medio había llegado a su fin. Otros, en cambio, recayeron en un giro neorromántico y volvieron a pactar con el diablo. Muchos de estos modernos parecieron olvidar de pronto la tesis fundamental de la filosofía moderna concebida por Hegel, también válida, comparativamente hablando, en el ámbito de las producciones estéticas: que la hondura de una idea se mide únicamente por la fuerza de su prolijidad. En caso contrario, esta hondura sigue siendo el símbolo vacío de una latencia no sojuzgada.

Todos estos diagnósticos pueden constatarse en la fracasada y, por esta misma razón, ilustrativa, *performance* de Dalí. Ella es la prueba evidente, por un lado, de que no es posible llevar a buen puerto la destrucción del consenso existente entre el artista y el público una vez que este último ha entendido la nueva regla según la cual la ampliación de la obra al medio circundante de la obra propiamente hablando ha de ser recibida

como otra forma de obra más. El entusiasmado aplauso que se le tributó a Dalí en las galerías *New Burlington* ilustra con cuánta coherencia el informado público se adaptaba a las nuevas convenciones concernientes a la percepción del arte. Por otro lado, la escena nos muestra al artista como profanador de los contenidos latentes, quien trata de transmitir al pueblo profano un mensaje procedente del reino de lo Otro. La función de Dalí en este juego se define así por una ambigüedad que nos aporta cierta información acerca de su oscilación entre objetividad y romanticismo. En un sentido, él se presenta en calidad de tecnólogo al servicio de lo Otro, habida cuenta de que en su discurso de lectura no entregado –aunque fácilmente deducible del título de su conferencia: *Fantasías paranoicas genuinas*–, proyectaba abordar el tema de un método preciso capaz de acceder al “subconsciente”, esto es, ese método crítico-paranoico que permitía a Dalí desarrollar una serie de indicaciones formales para la “conquista de lo irracional”.<sup>3</sup> A tenor de ello, él abogaba por una suerte de realismo fotográfico en relación con las imágenes interiores irracionales: debía registrar objetivamente, puntilloso como un viejo maestro, todo aquello que se había presentado en los sueños y delirios. Ya en esta época comprendía su trabajo como una acción artística correlativa al llamado “descubrimiento del inconsciente gracias al psicoanálisis”, un mito científico que en los años veinte y treinta ya había sido acogido de modos muy diversos tanto por las vanguardias estéticas como por el público culto (y que Lacan entre los años cincuenta y setenta volvió a aureolar de prestigio reanimando el lema surrealista de “volver a Freud”). Desde esta perspectiva el surrealismo se inserta en el conjunto de manifestaciones de la “revolución” operativista que arras-

---

<sup>3</sup> Salvador Dalí, *La Conquête de l'Irrationnel* [*La conquista de lo irracional*], 1935.

tra el continuado movimiento de progreso inherente al proceso de modernización. En otro sentido, sin embargo, Dalí seguía porfiadamente aferrado de manera ingenua a la concepción romántica del artista-mensajero, que, en cuanto delegado de un más allá preñado de sentido, deambula entre los no iluminados. Es esta actitud la que le delata como un despótico *amateur* consagrado en cuerpo y alma a la ilusión de poder instaurar un pretencioso instrumental técnico para articular el *kitsch* metafísico. A este respecto es típica su actitud de usuario, que cede de modo infantil el aspecto técnico de la propia *performance* a los especialistas, de cuya competencia no está del todo convencido; por otra parte, el hecho de que la escena no fuera ensayada no revela más que la mala relación literaria del artista con los dispositivos técnicos.

Con todo, la elección daliniana de su atavío indica cierta lucidez; su accidente no deja de tener alcance profético, y no sólo por lo que respecta a las reacciones de los espectadores, que anunciaban el aplauso en honor de lo que no habían entendido como nueva costumbre cultural. Que el artista escogiera para su entrada en escena como mensajero de las profundidades un traje de buzo, provisto además de un conducto artificial para el aire, lo emplaza en una pertinente relación con esa conciencia atmosférica que, como aquí tratamos de mostrar, habita en el centro explicativo de la identidad cultural del siglo xx. Aun cuando el surrealismo sólo acceda a una explicación pseudotécnica del contexto del mundo y de la cultura en cuanto "mar del inconsciente", postula también al mismo tiempo una competencia: la de navegar en este espacio mediante procedimientos elaborados desde un punto de vista formal. La *performance* pone de manifiesto a todas luces que en esta época la existencia consciente tiene que ser vivida como una zambullida explícita en el contexto. Quien se atreve a sacar la cabeza en la sociedad multimedia con sus propias reservas,

tiene que asegurarse antes de que su "equipo de inmersión" —esto es, su sistema inmunitario tanto físico como mental— también funcione. El accidente no hay que cargarlo únicamente a la cuenta del diletantismo; también deja al descubierto los riesgos sistémicos de la explicación atmosférica y el forzamiento técnico que supone acceder a un elemento distinto, del mismo modo que el riesgo de intoxicación de las propias tropas en la guerra con gas no podía deslindarse de las acciones del atterrorismo militar. Si hacemos caso a la exposición del incidente realizada por Dalí, podría decirse que poco le faltó para convertirse, dentro de la historia cultural de la Modernidad, en el primer mártir de las zambullidas en lo simbólico.

Bajo las condiciones existentes, el accidente satisfizo las exigencias de una forma de producción, por cuanto liberó en el artista el pánico que como acicate le ha sido desde siempre indispensable para su trabajo. En el desafortunado intento de representar el "subconsciente" como una zona navegable, pasó precisamente a primer plano ese miedo a ser destruido para cuyo dominio y represión el proceso de explicación estético se puso en marcha. Para decirlo en términos más generales: el experimento antifóbico de la modernización nunca se puede liberar en realidad de su trasfondo angustioso, puesto que éste sólo podría llevarse a primer plano si el miedo hiciera su entrada en la existencia por sí mismo, lo que, dada la naturaleza de las cosas, representa una hipótesis fuera de lugar. La Modernidad en cuanto explicación del contexto queda así enerrada en el círculo vicioso de una superación del miedo mediante la técnica que engendra a su vez más miedo. Tanto el miedo primario como el secundario dan siempre un renovado empujón a la continuación del proceso; su carácter urgente justifica en cualquier estadio de la modernización el empleo de una subsiguiente violencia destructora de lo latente y controladora del contexto o, dependiendo de las reglas lingüísticas

dominantes, exige un examen de los cimientos, amén de una permanente innovación.

La Modernidad estética es un procedimiento que no hace uso de la violencia contra personas o contra cosas, sino contra situaciones culturales sin esclarecer. Organiza una oleada de embates contra las actitudes comprensivas del tipo creencia, amor, honradez, así como contra pseudocategorías tales como la forma, el contenido, la imagen, la obra y el arte. Su *modus operandi* es el experimento vivo con los usuarios de estos conceptos. El modernismo agresivo rompe consecuentemente con el respeto a los clásicos, en donde —como observa con gran aversión— la mayoría de las veces sólo se manifiesta un vago holismo, amén de una tendencia a seguir apoyándose en un *totum* abandonado a su confusión y pasividad. El surrealismo, a tenor de su acerada voluntad de explicitud, declara la guerra a la mediocridad: reconoce en ella un oportuno escondrijo de las inercias antimodernistas que oponen resistencia al desarrollo operativo y al descubrimiento reconstructivo de las ventajas desplegadas. Dado que en esta guerra de mentalidades la normalidad es considerada como un crimen, el arte puede esgrimirse como medio de lucha contra el crimen bajo órdenes de aplicación extraordinarias. En el momento en el que Isaak Babel declaraba que “La banalidad es la contrarrevolución”, no hacía asimismo sino expresar indirectamente el precepto de la “revolución”: el uso del terror como violencia infligida a la normalidad libera los contenidos latentes, tanto estéticos como sociales, y hace aflorar en la superficie las leyes conforme a las cuales las sociedades y las obras de arte son construidas. La “revolución” permanente quiere el terror permanente; postula una sociedad que responde continuamente a sus propias exigencias de terror y revisión. El nuevo arte está imbuido de la excitación por lo sobremano nuevo, toda vez que entra en escena con modos



miméticos al terror y análogos a la guerra, a menudo sin poder decir si él declara la guerra a la guerra entre sociedades o si desencadena la guerra por su cuenta. El artista se encuentra constantemente en la encrucijada de elegir entre tomar la delantera en calidad de salvador de las diferencias o como guerrero adalid de la innovación contra la opinión pública. A la vista de la ambivalencia existente en esta agresión modernista, la susodicha posmodernidad no estaba del todo equivocada cuando se definía a sí misma como una reacción contraria a las tendencias explícitas y extremistas del terrorismo estético y analítico de la Modernidad.

Como cualquier otro terrorismo, también el estético recurre a desenmascarar el trasfondo ante el que se articulan las obras de arte, y luego lo conduce al primer plano del escenario mostrándolo como un fenómeno valioso de suyo. El modelo más significativo de esta tendencia pictórica moderna, el *Cuadrado negro* de Kasimir Malevich (1913), es un pozo sin fondo de interpretaciones por la decisión del pintor de vaciar el espacio de la imagen en aras de puras superficies oscuras. De este modo, su propio ser de cuadrado, que en otras situaciones con imágenes se entregaba a la función de soporte, ahora se convierte en la figura principal. El escándalo de dicha obra de arte radica, entre otros asuntos, en que ella afirma de ahora en adelante su derecho genuino a ser considerada un cuadro y que bajo ningún caso sólo es el lienzo vacío lo que quiere parecer interesante, tal como habría sido imaginable en el contexto burlesco de las acciones artísticas dadaístas. Es posible que esta imagen pueda ser considerada como un mínimamente irregular icono platónico del cuadrángulo equilátero que rinde por esta razón tributo a la sensualidad; pero es asimismo el icono de lo an-icónico o pre-icónico, de una imagen en segundo plano que habitualmente no resulta visible. Por ello el cuadrado negro permanece ante un fondo blanco que se in-

serta alrededor de aquél casi como un marco. Esta diferencia casi será disuelta en el *Cuadrado blanco*, realizado en 1914. El gesto fundamental de estas representaciones formales es la elevación de lo no-temático al rango de lo temático. Es decir, los posibles contenidos diferentes de las imágenes que podrían aparecer en ese primer plano no aparecen reducidos en el marco de un segundo plano siempre constante; es más bien este segundo plano en cuanto tal el que es pintado con máxima escrupulosidad, haciéndose explícito así en cuanto figura del soporte de las figuras. El terror de la depuración puede observarse de manera evidente en la exigencia de "supremacía de la sensación pura". La obra exige la capitulación incondicional de la percepción del observador ante su presencia real.

Ahora bien, con tanta transparencia busca darse a conocer el suprematismo (junto con su antinaturalismo y antifenomenalismo) como un movimiento de ofensiva en el flanco estético de la explicación que no le queda más remedio que abrazar el supuesto idealista de que hacer explícito algo significa la reducción de lo sensorialmente presente a lo espiritual, a lo que no está presente. Se adhiere a las inveteradas prescripciones platónico-europeas por cuanto explica las cosas hacia arriba y simplifica las formas empíricas en puras formas primarias. De un modo muy distinto actúa en este punto el surrealismo, que aboga más bien por una explicitud materialista hacia abajo (aunque sin ir tan lejos como para denominarse *Subrealismo*). Ahora bien, mientras que la tendencia materialista siguió siendo una mera coquetería para el movimiento surrealista, su alianza con la psicología de las profundidades, sobre todo con la tendencia psicoanalítica, puso al descubierto un rasgo por demás particular. La recepción surrealista del psicoanálisis vienés es uno de esos múltiples casos que ejemplifican cómo el freudismo consiguió sus primeros éxitos ante el público culto y un gran número de artistas no tanto como un método terapéutico

—del cual, como es natural sólo un reducido círculo de personas disponía de conocimientos de primera mano—, cuanto como una estrategia para interpretar signos y manipular contextos que dejaba elegir a cualquier interesado una posible aplicación según sus propias necesidades. ¿No ha gustado siempre más el análisis que no se ha llevado a cabo?

El planteamiento de Freud condujo al despliegue de un ámbito de latencia de tipo especial que fue bautizado con una expresión, el “inconsciente”, a su vez tomada de la filosofía idealista —concretamente la de Schelling, Schubert, Carus— y de las filosofías de la vida del siglo diecinueve, en particular de autores como Schopenhauer y Hartmann; él localizó una dimensión subjetiva no revelada de contenidos latentes interiores y de presupuestos invisibles implícitos para estados subjetivos. Según la interpretación freudiana el sentido de dicha expresión se había reducido radicalmente y especializado hasta el extremo de haberse convertido en adecuado para su uso en operaciones clínicas: había dejado de significar la reserva de oscuras fuerzas determinantes en una naturaleza creadora de imágenes y poderosamente curativa, previa a la conciencia; ya tampoco era el subsuelo de ciegas y autoafirmativas corrientes volitivas que hervían bajo el sujeto: Freud localizó un pequeño contenedor interior que se llenaba mediante represiones y por el empuje de lo rechazado en medio de una tensión neurológica.<sup>4</sup> El entusiasmo de los surrealistas por el psicoanálisis radicaba en su confusión entre el concepto freudiano de inconsciente y el

---

<sup>4</sup> Las fuentes filosóficas del concepto de inconsciente han sido expuestas sobre todo en los trabajos de Odo Marquard, *Transzendentaler Idealismus. Romantische Naturphilosophie. Psychoanalyse [Idealismo trascendental. La filosofía de la naturaleza romántica. Psicoanálisis]*, Köln, 1987; y de Jean Marie Vaysse, *L'inconscient des modernes. Essay sur l'origine métaphysique de la psychanalyse [El inconsciente de los modernos. Ensayo sobre el origen metafísico del psicoanálisis]*, París, 1999.

de la metafísica romántica. De esta falsa, aunque creativa, lectura surgieron panfletos como los de Dalí. En *Declaración de la independencia de la fantasía y de los derechos del hombre a su propia locura*, un escrito que data de 1939, pueden encontrarse frases como éstas: "Un hombre tiene derecho a amar a mujeres con extáticas cabezas de pez. Un hombre tiene derecho a decidir que los teléfonos blandos son asquerosos, y reclamar que los teléfonos sean tan fríos, verdes y afrodisíacos como el sueño alucinado de las moscas españolas".<sup>5</sup> La referencia surrealista al derecho a estar loco previene al individuo de su tendencia a someterse a una terapia tendente a la normalización: quiere convertir a hombres habitualmente infelices en monarcas capaces de emprender su propia vuelta del exilio de la razón neurótica al reino de su delirio personal.

Si la *performance* de Dalí en 1936 terminó con sus ayudantes arrancándole la escafandra de buzo y posibilitándole la vuelta a la atmósfera común de la galería londinense, hay que decir que para la situación civilizatoria esta solución, satisfactoria individualmente, no resulta útil en el ámbito general, habida cuenta de que el proceso de explicación atmosférico no permite la posibilidad de regresar a los presupuestos hasta ahora implícitos. Las situaciones de la civilización técnica no permiten ya que, como en el experimento de Dalí, se olvide lo decisivo: los hombres que se hallan momentánea o habitualmente en las así llamadas "situaciones *indoors*" [puertas adentro], se ven abocados a ingresar en un "sistema de abastecimiento de aire" de carácter protector si no quieren convertirse en víctimas de un tratamiento climático específico como el que ya se ha comentado más arriba en los casos conocidos. La cada vez más extendida explicación atmosférica obliga, pues, a prestar una

---

<sup>5</sup> Salvador Dalí, *op. cit.*, p. 290.

contumaz atención a la calidad respirable del aire, en primer lugar en sentido físico, luego, cada vez más, también en relación con las dimensiones metafóricas de la respiración en los espacios culturales objeto de motivaciones y cuidados. Una vez que el siglo xx ha expirado, la doctrina del *homo sapiens* como discípulo del aire ha terminado adquiriendo también a la postre unos perfiles pragmáticos. Ahora se empieza a comprender que el hombre no es sólo lo que come, sino lo que respira y aquello en lo que se sumerge. Las culturas son estados colectivos de inmersión en el aire y en sistemas de signos.

El tema de las ciencias de la cultura en el tránsito del siglo xx al veintiuno reza por lo tanto así: *Making the air conditions explicit*. Ellas abanderan una neumatología desde un punto de vista empírico. Por el momento este programa sólo puede ser elaborado desde un sesgo reconstructivo y multidisciplinar, toda vez que "la cosa misma", este universo compuesto por los climas que son posible objeto de influencia, las atmósferas que hay que formar, los medios circundantes, el aire que se ha de modificar y los tipos de medio ambiente –ajustados, medidos y legitimados conforme a los importantes progresos explicativos impulsados en el marco científico-natural, técnico, militar, jurídico-legislativo, arquitectónico y formativo–, ha experimentado un salto del que todavía la formación conceptual del mundo teórico-cultural apenas es consciente. Dada esta situación, parece a primera vista lo más sensato, a fin de asegurarse ella misma de lo que está en juego, que la teoría cultural se deje guiar en una primera fase por formas científicas de descripción atmosférica definidas por un mayor desarrollo, disciplinas como la meteorología y la climatología, para luego posteriormente dedicarse a fenómenos aéreos y climáticos de importancia cultural, así como más cercanos a las personas.

La meteorología moderna (cuya raíz en el siglo xvii se remonta al griego *metéoros*: "suspendido en el aire") –la ciencia de las

“precipitaciones” y de todo tipo de cuerpos centelleantes en los cielos o suspendidos en las alturas— ha impuesto, en virtud de su forma publicitaria de más éxito, la llamada *información meteorológica* (*informations météorologiques, weather news*), tanto en las poblaciones de los Estados nacionales modernos como en las comunidades políticas mediáticas, una forma de conversación históricamente sin precedentes cuya mejor definición sería la de “consulta de la situación climatológica”. Las sociedades modernas son comunidades que discuten sobre el tiempo por cuanto un organismo oficial dedicado a la información climática permite a sus ciudadanos entenderse en relación con las circunstancias meteorológicas predominantes. A causa de esta comunicación meteorológica favorecida por los medios, las grandes comunidades modernas, compuestas de muchos millones de miembros, se transforman en vecindades aldeanas en las que se comparte información acerca de si el tiempo es muy caluroso, muy frío, muy lluvioso o muy seco para esa época del año. La información periodística del tiempo convierte a las poblaciones nacionales en espectadores de un teatro climático e insta a los receptores a comparar la apreciación personal con la situación informativa, así como a formarse una opinión sobre los sucesos ocurridos. Al describir el tiempo como una imagen de la naturaleza situada delante de la sociedad, los meteorólogos reúnen a las personas en tanto público de expertos bajo un cielo común; hacen de todo individuo un comentarista del clima, capaz de valorar las manifestaciones interesantes de la naturaleza según su gusto personal. Los críticos climáticos más rigurosos vuelan masivamente durante los malos períodos meteorológicos a regiones en las que se puede esperar con suficiente probabilidad una imagen susceptible de su aplauso. Por esta razón, entre los días de Nochebuena y de Reyes, destinos como las Islas Mauricio o Marruecos son inundados por disidentes meteorológicos procedentes de Alemania y Francia.

Mientras la meteorología aparezca como una ciencia natural y no revestida bajo otro signo, ella puede permitirse el lujo de difuminar la pregunta de quién es el causante originario del tiempo. En la medida en que se comprende desde un contexto puramente natural, el clima es algo completo de modo exclusivo en sí mismo y que procede sin cesar pasando de un estado a otro. Para esto basta con describir los "factores" climáticos más importantes a la luz de su acción dinámica recíproca: la atmósfera (capa gaseosa), la hidrosfera (mundo acuático), la biosfera (mundo animal y vegetal), la criosfera (región polar) y la pedosfera (tierra firme) desarrollan bajo el influjo de la radiación solar los modelos de intercambio energético más complejos que se puede imaginar, si se prescindie de una inteligencia capaz de hacer planes a priori o de intervenir a posteriori desde un punto de vista puramente científico-natural.<sup>6</sup> Un análisis adecuado de estos procesos revela una complejidad tal que obliga a utilizar un nuevo tipo de física capaz de atender a corrientes impredecibles o turbulencias "caóticas". Asimismo, la física meteorológica pertrechada con las teorías del caos sabe arreglárselas sin regresar a la hipótesis de una inteligencia trascendente; a la hora de interpretar sus datos no necesita ni del Relojero del deísmo ni de una Procedencia animista hacedora del tiempo universal; más bien se encuadra en la tradición del racionalismo occidental, que, básicamente desde los albores de la Era Moderna, niega a cualquiera de los dioses todavía posibles la potestad en temas relativos a fenómenos meteorológicos a la vez que lo hace ascender a zonas supraclimáticas. Por mucho que Zeus y Júpiter lanzaran rayos, el Dios de los modernos europeos es un *deus otiosus* y, *eo ipso*,

---

<sup>6</sup> Cfr Thomas E. Graedel/Paul J. Crutzen, *Atmosphäre im Wandel. Die empfindliche Luftbülle unseres Planeten [La atmósfera en cambio. La sensible envoltura aérea de nuestro planeta]*, Heidelberg-Berlin-Oxford, 1996, pp. 3-5.

climáticamente inactivo. De ahí que la moderna información meteorológica pueda intervenir como una disciplina ontológica particular, en la que se tienen en cuenta las causas originarias, pero no los causantes originarios. Ella habla de los fenómenos que suceden motivados por el máximo respeto a los intereses humanos como algo que acontece por sí mismo y según sus propias condiciones, un dato de alcance objetivo que, en todo caso, se "refleja" en un médium subjetivo.

Con todo, la meteorología moderna guarda estrecha relación con una progresiva subjetivización del tiempo. Y ello en diversos sentidos: por un lado, porque relaciona cada vez más los "datos" climáticos con los pareceres, previsiones y reacciones de las poblaciones, en las que el entorno atmosférico, si atendemos a los proyectos particulares, es un asunto cada vez menos indiferente; por otro, porque el clima objetivo, tanto en el ámbito particular como en el global, no puede por menos de ser descrito de modo creciente como el efecto de formas sociales de vida que giran en torno a la industrialización. Los hechos muestran cómo se aúnan los dos aspectos de este ajuste del tiempo a los hombres modernos (en cuanto posibles clientes y co-causantes meteorológicos). Ciertamente, a los ojos de la tradición pretérita la información sobre el tiempo, tal como nosotros la conocemos en la actualidad, tendría que aparecer como un modo de seducir a la blasfemia, habida cuenta de que ella no hace sino incitar a los hombres a la desfachatez de tener una opinión sobre una dimensión en la que, conforme a los dictados de la ortodoxia metafísica, sólo sería lícito resignarse en actitud de silenciosa sumisión. Para los antiguos rige la máxima de que el tiempo, como el nacimiento y la muerte, procede únicamente de Dios. En la tradición, la actitud de resignación a la voluntad de Dios y la resignación al tiempo son indicios análogos del esfuerzo del sujeto iniciado por minimizar su diferencia frente a lo verdadero, fundamental y pri-



mario. No obstante, esta moderna inclinación a formarse una "opinión" sobre el clima no constituye una mera veleidad subjetiva que, apartada de una norma ontológica válida, mejor debiera suprimirse; refleja el hecho de que las culturas europeas y europidas activamente politécnicas desde los albores del siglo XVIII en adelante se trocaron en potencias climáticas incluso con capacidad de configurar las circunstancias. Desde ese momento, como lo fue siempre de manera indirecta, los hombres encontraron en el tiempo, como fenómenos atmosféricamente objetivos, los desechos de sus propias actividades industriales técnico-químicas, militares, locomotoras y turísticas. Cuando estos fenómenos se van sumando, modifican, por medio de millones de microemisiones, no sólo el balance térmico atmosférico, sino también la composición y el "tono" de la capa de aire a gran escala. La necesidad perentoria de tener una opinión en torno al clima no es tanto un signo de que una voluntad antropocéntrica ha tomado el poder sobre todo lo que ocurre fuera de sus límites como un modo de preparar, antes bien, el giro a una actitud fundamental a través de la cual los hombres pasan de supuestos "señores y poseedores" de la naturaleza a diseñadores de atmósferas y guardianes del clima (ojo, no confundir esto con la expresión heideggeriana "guardián del ser").

Esta capacidad de juicio climático de los hombres de la Era Moderna es un desafío que, en ámbitos macros, se concreta sobre todo en un fenómeno que ha llegado a conocerse en el debate público como el antropogénico "efecto invernadero". Por dicho efecto comprendemos los efectos acumulados de las emisiones modificadoras del clima producidos por actividades técnicas y culturales humanas tales como la dinámica empresarial en centrales eléctricas y centros industriales, la calefacción privada, los automóviles, los aviones, o los provocados por la introducción de vapores en el aire del entorno. Este efecto inver-

nadero secundario, del que nosotros teníamos noticia de manera difusa desde apenas dos siglos, y cuya explícita formulación surgió escasamente hace tres decenios, es un hecho histórico que marca el desmoronamiento del estilo de consumo energético de la “edad industrial”: es la huella climática de un proyecto civilizatorio que, gracias a la explotación de minas de carbón y extracciones petrolíferas,<sup>7</sup> descansa sobre el fácil acceso a grandes cantidades de combustible fósil. Este aprovechamiento de la energía fósil es el soporte objetivo de la frivolidad, sin el cual no existiría ninguna sociedad de consumo globalizada, ningún turismo automovilístico, ninguna marca mundial de la carne y de la moda.<sup>8</sup> En medio de este desarrollo de demanda masiva de materia energética rica en carbono, el “bosque subterráneo” de la tierra antigua ha ascendido a la superficie de forma persistente aunque fluida, y transformado por la acción de los motores térmicos.<sup>9</sup> A consecuencia de todo ello, el producto de combustión del óxido de carbono (entre otras sustancias como el metano, el monóxido de carbono, ácido carbono-fluorhídrico, óxido nítrico, etc.) desempeña cuantitativamente la función más importante en la concentración de la atmósfera con factores invernaderos de segundo orden. Todas estas sustancias intensifican –de un modo muy previsiblemente cargado de consecuencias catastróficas– el efecto invernadero primario, sobre el que nunca insistirá lo suficiente la ciencia del clima: sin él no habría sido posible la vi-

---

<sup>7</sup> Cfr Günter Barudio, *Tränen des Teufels. Eine Weltgeschichte des Erdöls* [Las lágrimas del diablo. Una historia universal del petróleo], Stuttgart, 2001.

<sup>8</sup> Cfr. Peter Sloterdijk/Hans Jürgen Heinrichs, *Die Sonne und der Tod. Dialogische Untersuchungen* [El sol y la muerte. Investigaciones dialógicas], Frankfurt/M., 2001, pp. 320-329.

<sup>9</sup> Rolf Peter Sieferle, *Der unterirdische Wald. Energiekrise und industrielle Revolution* [El bosque subterráneo. Crisis energética y Revolución Industrial], München, 1982.

da sobre la tierra. Si la Tierra, en cuanto parásito del sol, es el lugar de nacimiento de la vida –atrae casi la mil millonésima parte de energía irradiada por el sol–, lo es porque el vapor de agua y los gases invernaderos retienen en la atmósfera terrestre, en forma de radiaciones infrarrojas de mayor longitud de onda, la reverberación de la energía registrada por el sol en ondas cortas, por todo lo cual puede originarse un calentamiento de la superficie terrestre compatible con la vida a una temperatura promedio de más de 15 grados centígrados. Si descendieran las situaciones de calor gracias a las cuales se conserva la energía solar en la atmósfera, la temperatura de la superficie de la tierra no ascendería como promedio a más de 18 grados centígrados bajo cero: “Sin el efecto invernadero la tierra no sería más que un desierto helado en expansión”.<sup>10</sup> Lo que nosotros conocemos como vida es posible en parte gracias a la circunstancia de que la superficie de la tierra, gracias a su filtro atmosférico, vive gracias a un estado conservado en torno a una temperatura de treinta y un grados. Si los hombres son, por citar de nuevo a Herder, discípulos del aire, cabría decir que las nubes son sus tutores. Vivir es un efecto secundario del mimo climático. El signo idiosincrásico de la edad de la energía fósil se revela en el hecho de que los seres mimados se juegan este mimo cuando arriesgan este sobrecalentamiento antropogénico (si atendemos al cálculo de otros pronósticos, el peligro de provocar, bajo su responsabilidad, un período interglacial).<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> Sylvie Joussame, *Klima. Gestern, heute, morgen* [Clima: ayer, hoy y mañana], Berlín/Heidelberg, 1966, p. 62.

<sup>11</sup> Sobre los presupuestos técnicos y mentales del tránsito a una civilización posterior al uso de energía fósil discuten Carl Amery y Hermann Scheer en *Klimawechsel. Von der fossilen zur solaren Kultur* [Cambio climático. De la cultura fósil a la cultura solar], München, 2001.

Mucho antes de que los puntos de vista macroclimáticos de este alcance obtuvieran forma científica y efecto de resonancia en la opinión pública, la capacidad de juicio climático propia de los participantes culturales de la Era Moderna era empleada más bien en fenómenos particulares y espacios a pequeña escala: para la climatización de casas y viviendas que sólo, gracias a hogares artificiales, se convertían en islas de calor válidas para la convivencia; en efectos de refrigeración en bodegas, que permitían un mejor almacenamiento de los alimentos y las bebidas; para espacios públicos con una calidad de aire repleta de miasmas, cercanos a cementerios, fosas de animales y cloacas;<sup>12</sup> o para situaciones atmosféricas precarias, características en innumerables lugares de trabajo, como fábricas de tejidos, grutas, canteras, donde el polvo orgánico y mineral ocasionaba graves enfermedades pulmonares. Sobre la base de estos primitivos ámbitos microclimáticos en los que, de manera diversa, se llama la atención sobre el aire, se llega, entre los siglos XVIII y XX, a ese "descubrimiento de lo manifiesto" apoyado en el diseño, por mor del cual los hombres en la era de la explicación empezaron a interesarse por lanzar un segundo golpe de mano orientado a aquello que era patente. Son en estos ámbitos donde se desarrollaron las técnicas atmosféricas concretas sin las que las modernas formas de existencia no serían imaginables tanto en contextos urbanos como en rurales. A saber: las instalaciones de calefacción y de ventilación en los hogares privados y grandes edificios arquitectónicos; la regulación artificial de la temperatura y humedad del aire en espacios residenciales y almacenes; la introducción de neveras en viviendas y la instalación de cámaras fijas o móviles de congelación para la conservación y transporte de alimentos; la polí-

---

<sup>12</sup> Cfr. el excursus "Merdocracia", en Peter Sloterdijk, *Sphären [Esferas] II, Globen [Globos]*, Frankfurt/M., 1999, pp. 340-354.

tica higiénica del aire en entornos laborales como fábricas, minas y edificios de oficinas y,<sup>13</sup> finalmente, la modificación aromático-técnica de la atmósfera, con la que se consuma el tránsito a la ofensiva del *Air-Design*.

El *Air-Design* no es sino la respuesta técnica a la intuición fenomenológica de que el ser-en-el-mundo humano se presenta siempre y sin excepciones como una modificación del ser-en-el-aire. Dado que siempre hay algo en el aire, en el desarrollo de la explicación atmosférica no puede menos de imponerse la idea precautoria de convertirlo en objeto de preocupación.

Es en este punto donde se separa el camino tecnológico del de aquellos fenomenólogos que desde hace algún tiempo porfían, armados con sus recursos descriptivos, en hacer explícitas las condiciones de la estancia humana en una situación atmosférica general. Es este sendero el que ha seguido Luce Irigaray, quien incluso ha realizado la propuesta de poner entre paréntesis el concepto heideggeriano de *Lichtung* [claro] y sustituirlo por un pensamiento rememorativo [*andenken*] del aire. La aireación [*Luftung*] en lugar del claro [*Lichtung*]. "No es la luz lo que crea el claro; la luz sólo se abre paso hasta aquí, antes bien, gracias a la transparente ligereza del aire, presupone aire".<sup>14</sup> El aire constituye, a decir verdad, un presupuesto, uno que la autora no acierta a subrayar hasta qué punto ha sido ocultado por nuestro pensamiento y modo de percepción habitual; esto sin reparar en el hecho de que la reciente práctica aerotécnica desde hace tiempo ya ha explica-

---

<sup>13</sup> Cfr. Erich Heck, *Indoor Air Quality am Arbeitsplatz. "Sick building Syndrome" und "Building Related Illness". Ein deutsch-amerikanischer Rechtsvergleich* [Calidad del aire Indoor] en el lugar de trabajo. "Síndrome del enfermo en edificio" y "enfermedad en edificios". Una comparación americano-alemana, Baden-Baden, 1994.

<sup>14</sup> Luce Irigaray, *L'oubli de l'air chez Martin Heidegger* [El olvido del aire en Martin Heidegger], Paris, 1983, p. 147.

do esta dimensión supuestamente no pensada al introducirla en un campo de aplicación caracterizado por procedimientos sobremanera explícitos. Reconózcase esto: el pensamiento que persiste en ser fenomenológico termina pintando acuarelas domésticas en los límites del mundo fenoménico y diluyéndose en el mejor de los casos en una meditación ajena a la técnica.

El *Air-Design*, en cambio, también se presenta “ante” el aire con una actitud basada en la efectividad práctica. Reemplaza el punto de vista del cuidado defensivo, aún motivado en términos higiénicos, por un “mantenimiento puro del aire” a la vez que subordina la temática del aire bajo los dictámenes de un programa positivo, en cierta medida como una continuación del uso privado perfumado mediante otros medios. El *Air-Design* busca directamente modificar el tono vital de quienes utilizan el espacio aéreo, sirviendo así a un objetivo indirectamente explicado: reunir en términos asociativos a los paseantes por el espacio ligándoles a un lugar a través de exigencias situacionales agradables inducidas por el olor, así como seduciéndoles a incrementar su aquiescencia productiva y su buena disposición al consumo.<sup>15</sup> El *Point-of-Sale* [el punto de venta] pasa al primer plano de la atención como “genuino instrumento de marketing”. A través de esta *Indoor-Air-Quality-Policy* [política de calidad de aire puertas adentro], el comercio, sobre todo en lo que concierne al ámbito vivencial del *shopping*, lucha por obtener el vínculo afectivo de los clientes con los locales de compra o los grandes almacenes. La opinión legal sobre estos métodos –subliminalmente agresivos, puesto que generan una “compulsión psíquica al consumo”–

---

<sup>15</sup> Cfr. Anja Stöhr, *Air-Design als Erfolgsfaktor im Handel. Modellgestützte Erfolgsbeurteilung und strategische Empfehlung* [El diseño del aire como factor de éxito en los negocios. Sostenimiento de modelos, apreciación del éxito y recomendación estratégica], Wiesbaden, 1998.

es objeto de controversia. Si esta "aromatización apremiante" en busca de clientes es interpretada por éstos como una tentativa de manipulación, las reacciones adversas son fáciles de encontrar y probar; en otros casos, las tonalidades olfativas perfectamente seleccionadas por el entorno de compra son percibidas y bien acogidas como aspectos de una asistencia al cliente expuesta a la vista de manera extensiva. A raíz de esta formación de entornos respiratorios por medio de un aire psicoactivamente diseñado —de modo particular en *Shopping Malls* [centros comerciales], pero también en clínicas, ferias, centros de conferencias, hoteles, mundos de vivencias, ámbitos relativos a la *health* y *wellness*, cabinas de pasajeros en vehículos y semejantes—, los principios básicos de la arquitectura interior se extienden a un *milieu* [medio] vital que de otra manera sería imperceptible: el medio ambiente gaseoso y aromático de quienes respiran. Los criterios válidos de estas operaciones pueden desgranarse realizando observaciones empíricas en torno al "confort olfativo" de quienes utilizan el espacio aéreo. Aquí se ha impuesto el conocimiento de que las complejas "ofertas olfativas" priman sobre los "aromas monotemáticos". Según esto, el primer mandamiento de la "odorética" recientemente surgida rezaría así: que las esencias añadidas al espacio no puedan ser utilizadas para ocultar los olores negativos presentes y las sustancias contaminantes detrás de una máscara olfativa. La tendencia subterránea hacia una "sociedad odor-hedonista"<sup>10</sup> se inserta así dentro de la tendencia fundamental de la sociedad de consumo hacia la formación de mercados de vivencias y "escenas" cuyas atmósferas se con-

---

<sup>10</sup> Cfr. Diotima von Kempfski, *Raumluft-Essenzen-Zugabe. Ein kleiner Leitfaden über Grundlagen und Anwendungsmöglichkeiten* [Aire en espacios-esencias-aditamentos. Un pequeño recorrido en torno a las bases y posibilidades de empleo], Karlsruhe, 1999.

vierten en disponibles en cuanto situaciones generales de estímulos, signos y oportunidades de contacto.<sup>17</sup>

No olvidemos que la hoy tan cacareada sociedad de consumo se inventó en un invernadero, en esos pasajes revestidos de cristal de comienzos del siglo XIX, en los que una primera generación de clientes vivenciales aprendió a respirar el embriagador aroma de un cerrado mundo íntimo de artículos. Los pasajes constituyeron, pues, un primer estadio de la explicación atmosférica urbanística, una manera objetiva de revestir esa disposición “maniático-hogareña”, que, según la opinión de Walter Benjamin, había cautivado tanto al siglo XIX. Esta manía por el hogar, dice Benjamin, no es sino el irresistible impulso de “construirnos un estuche”<sup>18</sup> en un ambiente elegido a nuestro gusto. En las tesis benjaminianas en torno al *interieur* ya resulta evidente cómo ha de pensarse de manera conjugada esta necesidad supratemporal de simular el útero y las formas simbólicas de una concreta situación histórica. A decir verdad, el siglo XX ha mostrado en sus grandes construcciones, más allá de las necesidades de buscar el *interieur* habitable, cuán lejos puede impulsarse la construcción de “estuches”.

El año 1936 no sólo figura en la crónica de la explicación atmosférica por el accidente londinense de Salvador Dalí con su traje de buzo; el 1 de noviembre de este mismo año en Viena, contando a la sazón con treinta y un años, el escritor Elias Canetti pronuncia, con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Hermann Broch, un discurso de homenaje poco habitual en lo tocante a contenido y tono, en el que él no sólo bosqueja un

---

<sup>17</sup> Cfr. Gerhard Schulze, *Die Erlebnis-Gesellschaft. Kultursoziologie der Gegenwart* [La sociedad de la vivencia. Sociología cultural de la actualidad], Frankfurt-New York, 1993, capítulo 10: “Teoría de la escena”, pp. 459 y ss.

<sup>18</sup> Cfr. Walter Benjamin, *Das Passagen Werk* [La obra de los pasajes], *Gesammelte Schriften* [Escritos completos], vol. I, Frankfurt/M., 1989, p. 292.



hondo retrato de su venerado autor, sino que también funda un nuevo género de laudatoria. La originalidad del discurso de Canetti reside en que en este texto se interroga por la conexión existente entre un autor y su tiempo de un modo desconocido hasta la fecha. Canetti define la estancia del artista en el tiempo bajo la analogía de una conexión respiratoria, como un modo particular de sumergirse en las situaciones atmosféricas concretas de la época. Canetti reconoce así a Broch un mérito: el de ser el primer gran maestro de una "poética de lo atmosférico como algo estático",<sup>19</sup> es decir, de un arte capaz de representar el "espacio respiratorio estático" que caracteriza nuestro modo de expresarnos: el diseño climático de personas y grupos en sus espacios típicos. "Él siempre se compromete con la totalidad del espacio en que se encuentra, con un suerte de unidad atmosférica".<sup>20</sup> Canetti alaba en Broch la capacidad de comprender a cualquier hombre singular, al que se dirige en calidad de novelista, de un modo, valga la expresión, ecológico: reconoce en cualquier persona una existencia singular en su modo de respirar el aire, rodeado de una envoltura climática inequívoca, acomodado a un "hogar respiratorio". Compara al literato con un pájaro curioso que dispone de la libertad de introducirse a hurtadillas en todas las jaulas posibles, y llevarse consigo de ellas "muestras de aire". De este modo, dotado de una "memoria respiratoria" y aérea enigmáticamente vigilante, sabe qué es lo que se siente cuando uno mora en este o aquel hábitat atmosférico. Dado que Broch se dirige a sus personajes más como literato que como filósofo, él no los describe como abstractos puntos subjetivos; los retrata como

---

<sup>19</sup> Elias Canetti, "Hermann Broch. Rede zum 50. Geburtstag", en Canetti, E.: *Das Gewissen der Worte. Essays*, Frankfurt/M., [Hay traducción castellana: *La conciencia de las palabras*, México, F.C.E., 1981. Trad. J. J del Solar].

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 18.

figuras encarnadas: cualquiera de ellas vive en su peculiar envoltura de aire y se mueve entre diversas constelaciones atmosféricas. Sólo al mirar estas múltiples formas la pregunta por la posibilidad de una poesía "formada a partir de la experiencia respiratoria" puede alumbrar una orientación realmente fecunda:

A tal cuestión habría que responder, de entrada, que la multiplicidad de formas de nuestro mundo se compone en gran medida de la multiplicidad de nuestros espacios respiratorios. El espacio en el que ustedes están ahora, sentados en un orden perfectamente definido, separados casi por completo del mundo circundante, el modo en el que su respiración se mezcla con el aire común a todos los presentes [...] todo esto es, desde el punto de vista de quien respira, una situación absolutamente única [...]. Ahora bien, avancen ustedes unos cuantos pasos y se toparán con una situación totalmente diferente, en un espacio respiratorio diferente [...]. La gran ciudad está tan repleta de estos espacios respiratorios como de individuos aislados; y del mismo modo que la disgregación de estos individuos —ninguno de ellos idéntico al otro, cada uno, una especie de callejón sin salida de cualquier otro— constituye el principal encanto y la principal desgracia de la vida, así también podríamos lamentar la disgregación de la atmósfera.<sup>21</sup>

Según esta descripción, el arte literario de Broch descansa en el descubrimiento de las múltiples formas atmosféricas: gracias a ellas el novelista moderno consigue ir más allá de la exposición de los destinos individuales. Es decir, los individuos, en sus acciones y vivencias cruzadas, no son ya un tema interesante para él. Su interés se centra, más bien, en la síntesis am-

---

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 23.

pliada de individuo y espacio respiratorio. Lo importante de las acciones ya no tiene lugar entre personas, sino entre habitáculos respiratorios y sus respectivos habitantes. En razón de esta perspectiva ecológica, el extrañamiento crítico que ha servido de motivación a la Modernidad se erige sobre unos cimientos modificados: es la separación atmosférica existente entre los hombres la que cuida de su inclusión en sus propios "hogares" respectivos; su difícil accesibilidad a causa de una concordancia diferente, una envoltura diferente y una climatización diferente se revela de un modo más fundamental que nunca. La descomposición del mundo social en espacios idiosincrásicos inaccesibles para unos y otros representa la analogía moral de la "disgregación de la atmósfera" (que a su vez no es sino la imagen paralela de la disgregación del "mundo de los valores"). Dado que Broch, a tenor de su ataque a los marcos climáticos individuales y ecológico-personales, había comprendido de manera cuasi sistémica cuán profundo era el aislamiento de los individuos modernos, a él tenía que terminar imponiéndose la pregunta por las condiciones de su unión en medio de un éter común allende la disgregación atmosférica; esta cuestión además se plantea con una claridad e insistencia que, si exceptuamos quizá el plan similar de Canetti ejecutado en *Masa y poder*, no tienen ningún tipo de parangón ni con su propia época ni con un momento posterior de la historia de las investigaciones sociológicas en torno al elemento de la cohesión social. En su discurso de 1936 Canetti ve en Hermann Broch a alguien que advierte proféticamente de una amenaza sin precedentes para la Humanidad, una que desde el ámbito de lo atmosférico se cierne tanto en sentido metafórico como físico:

[...] Pero el mayor de todos los peligros que jamás haya surgido en la historia de la Humanidad ha elegido a nuestra generación como víctima.

Y es de este desamparo de la respiración del que aún deseo hablar para concluir. No es fácil hacerse una idea general de lo que representa. A nada se encuentra el hombre tan abierto como al aire. En este elemento sigue moviéndose como Adán en el Paraíso [...]. El aire es la última propiedad comunal: les corresponde a todos sus miembros. No ha sido previamente repartida: hasta el hombre más pobre puede hacer uso de ella [...].

Y este bien último que ha sido propiedad de todos, ha de envenenarnos a todos juntos [...].

La obra de Hermann Broch se encuentra a caballo entre la guerra y la guerra, la guerra con gas y la guerra con gas. Puede que todavía sienta hoy en algún lugar que otro las partículas venenosas de la última guerra [...]. Lo seguro es que él, el que mejor sabe respirar de todos nosotros, se empieza ya ahora a asfixiar con el gas que, quién sabe cuándo, nos impedirá respirar a los demás.<sup>22</sup>

La reflexión, no exenta de patetismo, de Canetti hace referencia a cómo los diagnósticos más vehementes de los años treinta habían ya traducido las informaciones de la guerra química librada de 1915 a 1918 a un lenguaje conceptual. Broch se había dado cuenta de que, después de las destrucciones atmosféricas perpetradas intencionalmente durante la guerra química, incluso el problema de la síntesis social empezaba a adoptar en algún respecto el rostro de la guerra química, como si el atomoterrorismo se dirigiera hacia dentro. La "guerra total", proclamada por las viejas partículas y los nuevos indicios, tomaría irremisiblemente los perfiles de una guerra dirigida hacia el mundo circundante: en ella la propia atmósfera se trocaría en escenario de lucha; más aún, el aire llegaría al extremo de reducirse a un tipo de arma y un campo de batalla. Mas los pro-

---

<sup>22</sup> *Op. cit.*, pp. 23-24.

blemas no terminarían aquí: a causa del aire respirado en común, a causa del éter del colectivo, esta comunidad presa del delirio terminará desencadenando en el futuro una guerra tóxica contra sí misma. Para investigar cómo podría ocurrir esto Broch se servirá de una teoría de los "estados crepusculares", sin ningún género de dudas, la parte más original, aun cuando fragmentaria, que ha perdurado de las hipótesis de Broch en torno a la psicología de las masas.

Los "estados crepusculares" son aquellos en los que los hombres se mueven como meros seguidores de tendencias bajo el trance de lo normal. Dado que la guerra total del futuro será desencadenada principalmente de un modo atmoterrorista y ecológico (y en esa medida en el medio total de la comunicación de masas), también afectará de manera contagiosa a la "moral" de la tropa, que en este momento apenas se distingue ya de la población civil. Merced a estas comuniones tóxicas, los combatientes y los no combatientes, aquéllos sincrónicamente gaseados y aquéllos simultáneamente alarmados, quedan fusionados en una suerte de estado crepuscular colectivo. Apremiadas por una situación de necesidad, las modernas masas se ven integradas en una unidad comunista capaz de posibilitarles un acentuado sentimiento de identidad, surgido al socaire de la amenaza común. Como especialmente peligrosos se revelan entonces los venenos climáticos que emanan de los propios hombres mientras ellos son irremediamente excitados bajo una asfixiante resonancia comunicativa: en las instalaciones climáticas patógenas de una opinión pública excitada a la vez que uniformada, los habitantes inhalan sus propias exhalaciones de manera cíclica. Lo que aquí está en el aire se re-  
troalimenta de modo totalitario por medio de una comunicación circular. Ésta se lleva a cabo por los sueños de victoria de las masas enfermas, así como por sus embriagadas autointensificaciones al margen de la experiencia real, excitaciones a las

que sigue como su sombra el deseo de denigrar al otro. La vida en el Estado mediático se asemeja a la estancia en un palacio de gas encantado.

A partir de 1936, los puntos de vista de Broch no se apoyan sólo sobre la inminente expectativa de una nueva guerra mundial (el autor barruntaba que ésta sería desencadenada sobre todo como un "gaseamiento" universal de unas facciones contra otras);<sup>23</sup> sus ideas al respecto dependen todavía en mayor medida del diagnóstico teórico-social que lleva a cabo: para él, las grandes sociedades modernas, vertebradas en torno a las condiciones posibilitadas por los medios de comunicación masivos, se habían adentrado en una fase en la que su existencia cotidiana estaba siendo, en su totalidad, atmosféricamente sojuzgada bajo el predominio de los mecanismos psíquicos de las masas. De ahí la necesidad de que *La teoría de la locura de masas* aparezca en el punto neurálgico del diagnóstico de la actualidad; desde 1939 Broch trabajó en ella a lo largo de diez años.

---

<sup>23</sup> Paul Michael Lützel, *Hermann Broch. Eine Biographie*, Frankfurt /M., 1985, p. 209 [Hay traducción castellana: *Hermann Broch. Una biografía*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989. Trad. Jacobo Muñoz]. La expresión "gran gaseamiento" puede encontrarse en un carta a Ernst Schönwiese fechada el 10 de octubre de 1936. Ignoro si Broch estaba al tanto del desarrollo de los nuevos gases de lucha, extremadamente tóxicos, el "tabun" (1934) y el "sarin", producidos por la labor investigadora de la empresa I.G. Farben. Asimismo, otra serie de autores había deducido de los recuerdos del empleo de gas tóxico en la guerra oscuras presagios de futuro. Es el caso, por ejemplo, de Erich Kästner en su poema *Das letzte Kapitel* [El último capítulo], incluido dentro de su volumen poético *Ein Mann gibt Auskunft* [Un hombre informa] (1930): cuenta allí cómo un día del año 2003 despegarán mil aviones de Boston portando en su interior gas y bacilos tóxicos, y asesinarán a toda la Humanidad, que sólo de este modo puede alcanzar su meta de la paz universal. Kästner data de un modo extrañamente concreto este impulso homicida un 13 de julio, la víspera de la conmemoración de la Toma de la Bastilla; cfr. E. K., *Kästner für Erwachsene* [Kästner para adultos], *Ausgewählte Schriften* [Escritos escogidos], vol. I., Zürich, 1983, pp. 219-220.

Portadores y agentes activos de estas construcciones ilusorias son las persistentes comunicaciones propagadas a través de los periódicos diarios y la radio, por cuanto éstos representan medios de desenfreno en los que las consignas se embeben de verdad. El primer brote de este fenómeno será percibido por un coetáneo mayor en edad que Broch, Karl Kraus, quien además dedicó toda su vida a combatir su desarrollo (sólo en el mes de febrero de 1936, cuatro meses antes de su muerte, con el último número de *Fackel* [*Antorcha*] en la calle, Kraus abandonó su lucha contra este "aire de Sodoma".<sup>24</sup> Asimismo, paremos mientes en el hecho de que ya en el año 1908 él había protestado amargamente contra la tensión europea previa a la guerra recurriendo a la imagen de un nefasto enturbiamiento de la atmósfera: "Por doquiera se escapan los gases del estiércol cerebral mundial, ya no es posible respirar cultura".<sup>25</sup> Apenas decimos algo importante de las repercusiones de estos medios cuando los tachamos de "propaganda", una expresión teológico misional descontrolada en un sentido secularizado. Ellos sirven para que poblaciones nacionales enteras se sumerjan en climas tendenciales generados estratégicamente, formando de este modo la analogía informativa del desencadenamiento de la guerra química. La intuición teórica de Broch repara de lejos en el paralelismo existente entre la guerra desencadenada por el gas tóxico —en tanto que tentativa encaminada a envolver al oponente en una nube venenosa suficientemente densa como para lograr su destrucción física— y la generación de estados ilusorios en las masas —en tanto que tentativa encaminada a sumergir a la propia población en una at-

---

<sup>24</sup> Karl Kraus, *Briefe an Sidonie Nadberny von Borutin 1913-1936* [*Cartas a Sidonie Nadberny von Borutin 1913-1936*], vol. I., München, 1974, p. 167.

<sup>25</sup> Karl Kraus, *Die Fackel* [*La antorcha*] (reimpresión), Frankfurt /M., 1977, cuaderno 261-2, 1908, p. 1.

mósfera extática lo bastante sobrecargada por su deseo de "supsatisfacciones" como para lograr su autodestrucción. En ambos casos se crean envolturas totalitarias que expulsan a sus víctimas y moradores a una situación general de actualidad asfixiante: la atmósfera funciona ahora incluso como un "sistema cerrado"; el espacio aéreo se extiende alrededor de sus habitantes como el ámbito de legitimación de una locura ordenada. Bajo la resonancia totalitaria de las campanas de signos los hombres inhalan una y otra vez sus propias mentiras trocadas en opinión pública mientras, encadenados voluntariamente, se mueven al compás de un trance oportunista. En el interior de estas atmósferas tóxicas los individuos tienen que reconocer aún con mayor claridad lo que ellos son ya bajo situaciones más libres: "sonámbulos" que se mueven en el "sueño diurno social"<sup>26</sup> de sus respectivas organizaciones como si estuvieran teledirigidos. Ellos se agrupan al abrigo de banderas y consignas en calidad de copropietarios de los castillos en el aire. "Las banderas están a todas luces compuestas de viento. Son como jirones recortados de nubes [...]. Los pueblos, como si fuesen capaces de dividir el viento, se valen de él con objeto de señalar el aire que está sobre ellos como si fuera posesión suya".<sup>27</sup>

A partir de sus intuiciones en torno a esta tendencia, en Broch va madurando el primer bosquejo de una novedosa ética atmosférica. Mientras en su aspecto "higiénico" ella versa sobre la profilaxis del éxtasis emocional, en su aspecto "terapéutico" trata de retrotraer a los individuos aturridos y envenenados a la racionalidad vital de un "sistema abierto", *alias* democracia

---

<sup>26</sup> Hermann Broch, *Massenwahntheorie. Beiträge zu einer Psychologie der Politik* [Teoría de las masas. Contribuciones a una psicología de la política], Frankfurt, 1979, p. 454.

<sup>27</sup> Elias Canetti, *Masse und Macht*, Frankfurt/M-Wien, 1988, p. 97. [Hay traducción castellana: *Masa y poder*, Madrid, Alianza, 1981. Trad. Horst Vogell].



o separación de poderes de los pánicos e histerias.<sup>28</sup> Si las comparamos con las tareas derivadas de esta ética de lo atmosférico, no son sólo las democracias del año 1939 las que vivían en un "mundo pretérito";<sup>29</sup> las que existen en la actualidad, con su intensa tendencia a la formación de atmósferas cerradas y al abuso de sistemas ilusorios de triunfo, siguen siendo tan ciegas como las anteriores, como si las lecciones políticas, psicológicas y morales del siglo xx no se impartieran más que ante clases vacías.<sup>30</sup>

Marcel Duchamp pasó las Navidades de 1919 junto con su familia en Ruán. La noche del 27 de diciembre tenía intención de viajar a Le Havre a bordo del vapor *Touraine*, para luego zarpar a Nueva York. Poco antes de partir buscó una farmacia en la calle Blomet, en donde trató de convencer al farmacéutico para que le proporcionara una ampolla de tamaño medio de un estante, le abriera su sello, derramara su contenido líquido, y luego, finalmente, volviera a sellar su recipiente campaniforme. Duchamp hizo entrega de la ampolla vacía a una pareja de coleccionistas de Nueva York, Walter y Louise Arensberg, como regalo. Puesto que los acomodados amigos ya disponían de todo, ésta era su explicación, les había querido llevar 50 centímetros cúbicos de *Air de París* [*Aire de París*]. Así es como cierta cantidad de aire parisino ingresó en la lista de

---

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 306 y ss. En *Spbären* [Esferas] III, *Schäume* [Espumas], estas sugerencias de Broch son seguidas con más detalle en el marco de una ética atmosférica explícita.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 344.

<sup>30</sup> Broch había formulado esta lección en los siguientes términos: "La lucha afecta a la obsesión por el triunfo como tal, y cuando se consigue llevarla a buen puerto, esta 'victoria del triunfo' ha dejado de ser ya una victoria en el sentido antiguo [...] casi se podría decir que el habitual (y tan demasiado humano) júbilo por el triunfo tendría que ser reemplazado en adelante por la melancolía del vencedor" (*op. cit.*, p. 344).

los primeros *ready-mades*. Aparentemente, dado que no había sido llenado con el aire de París, sino con el de una farmacia de La Haya, a Duchamp le importaba un bledo que su objeto preparado de aire no representara desde el principio más que una falsificación. El acto de nombrar era más importante que su procedencia real. Con todo, el "original" lo guardó en el corazón. Cuando en 1949 el hijo de un vecino rompió por un descuido la ampolla del *Aire de París* de la colección Arensberg, Duchamp encargó de nuevo a un amigo caritativo de La Haya la misma ampolla en la misma farmacia.<sup>31</sup> Diez años después, Duchamp concedió en el *ball* de un hotel de Nueva York una entrevista en la que dejó constancia del incidente: "El arte fue un sueño que ha pasado a convertirse en innecesario [...]. El tiempo pasa sin más, pero no sabría cómo explicarle lo que hago [...]. Soy un respirador".<sup>32</sup>

---

<sup>31</sup> Cfr. Calvin Tomkins, *Marcel Duchamp. Eine Biographie*, München, 1999, pp. 262-3 y 436. [Hay traducción castellana: *Marcel Duchamp. Una biografía*, Barcelona, Anagrama, 1999. Trad. Mónica Martín]

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 474. El interlocutor del diálogo es el propio Calvin Tomkins.

En la campaña de la Modernidad contra los fenómenos evidentes de suyo, el aire, la atmósfera, la cultura, el arte y la vida han sido objeto de un apremio explicativo que ha modificado radicalmente su modo de ser en cuanto "hechos". Aquello que en otros tiempos permanecía como contexto o imbuido de latencia, ha pasado ahora, en virtud de esta insistencia temática, al lado de lo representado, concreto, elaborado y producible. Encarnados bajo la forma del terror, la iconoclasia y la ciencia, estos tres poderes profanadores de la latencia han tomado una poderosa posición, bajo cuyos efectos se desmoronan los datos y explicaciones de los viejos mundos de la vida. El terror hace explícito qué es el medio ambiente bajo el sesgo de su vulnerabilidad; la iconoclasia hace explícito qué es la cultura al experimentarla desde su posibilidad de ser parodiada; la ciencia hace explícito qué es la naturaleza primaria bajo la perspectiva de su contingencia a tenor de los avances tecnológicos en prótesis y su integración en el contexto de procedimientos técnicos. Las relaciones abrazadoras, que al abrigo de la tradición podían ser experimentadas al margen de escondidas segundas intenciones bajo modalidades como la entrega, la participación y la comunión, han sido traducidas, merced al predominio de la explicación, al lenguaje fáctico y cuasiobjetivo de la manipulación técnica sin que los hombres hayan

sido capaces, por ello, de interrumpir su estancia en estas "circunstancias" o "medios". Por mucho que crezca la desconfianza, sigue siendo parte de nosotros mismos lo sospechoso. Estamos condenados a "ser-en" un mundo, aun cuando ya no seamos capaces de presuponer de antemano que los depósitos y las atmósferas que no pueden menos de rodearnos sigan siendo situaciones naturales imbuidas de bondad.

Desde los albores del siglo xx llamamos *medio ambiente* a todos aquellos valores integrales decisivos que no podemos abandonar, pero que tampoco nos inspiran ya, sin más, confianza: una acuñación que introdujo en 1909 Jacob von Uexküll en el discurso de la biología teórica, y que desde entonces ha seguido un curso enmarañado que de manera casual ha servido como antecedente a otros conceptos aparentemente evidentes.<sup>1</sup> Con la constatación de que la vida es siempre de entrada vida en un medio ambiente (y en esa medida también contra un medio ambiente), arranca la incesante crisis del holismo. Es decir, la inveterada disposición humana de abandonarse tanto a los valores generales cercanos a él como a los buenos dioses de su entorno deja de tener un valor de orientación una vez que los mismos entornos se convierten o empiezan a reconocerse como construcciones. En efecto, esta búsqueda cuasirreligiosa de ajustarse a un entorno primario —esto se llamaba naturaleza, cosmos, creación natural, patria, situación o lo que fuera— se presentaría en la época de las intoxicaciones, las estrategias y las ocultas segundas intenciones bajo el aspecto de una fatal seducción no exenta de peligrosos riesgos para consigo misma. La tendencia progresiva a la explicación no sólo obliga a la ingenuidad a emprender una transformación de su significado, también ésta de manera creciente pasa a ser algo raro,

---

<sup>1</sup> Jacob von Uexküll, *Umwelt und Innenwelt der Tiere* [*Medio ambiente y mundo interior de los animales*], Berlín, 1909 (segunda edición, 1921).

incluso chocante; ingenuo es ahora aquello que conduce al sonambulismo en medio del peligro que se cierne sobre la actualidad. Una vez que uno llega a ser consciente de qué significan el primero y el segundo efecto invernadero, la vida y la respiración bajo cielo abierto no pueden ya significar lo mismo que en tiempos pasados. Del hogar natal del hombre mortal al aire libre ha despuntado un aspecto siniestro [*Unheimliches*], inhabitable, irrespirable. Después de que Pasteur y Koch descubrieran la existencia de microbios y propagaran su descubrimiento por los usuales canales publicitarios científicos, la existencia humana está obligada a reconocer explícitas disposiciones a la simbiosis con lo invisible y, más aún, a la prevención y defensa frente a los competidores microbiológicos que de modo preciso ahora intervienen. Después de que, a partir del año 1915, se perpetraran los ataques con gas tóxico por parte de los alemanes, así como los respectivos contraataques por los aliados, el aire ha perdido su inocencia: desde el año 1919 también pudo considerarse, aun en pedazos, un objeto de regalo en calidad de *ready-made*; y desde 1924, en la cámara de gas, servir como medio para ajusticiar a delincuentes. Tras la uniformización de los medios de prensa durante la Guerra Mundial la comunicación civil alcanzó una situación radicalmente penosa, los propios signos se cubrieron de fango, cuando no fueron seriamente comprometidos a causa de su participación activa en los delirios belicistas y la escalada psicosemántica armamentística; tras las sucesivas críticas a la religión, la ideología y el lenguaje, amplias franjas de los medios semánticos han quedado desterradas como zonas intelectualmente irrespirables: a partir de ahí sólo parece aún tolerable la estancia en los espacios que, vaciados de análisis, son nuevamente reconstruidos y desbloqueados. Después de que Duchamp atentara contra su figura añadiéndole una perilla, hasta la *Mona Lisa* ríe de manera distinta.

Es en este orden de cosas donde los sistemas de inmunización pasan a ser materia de interés. Allí donde todo podría estar latentemente contaminado o intoxicado, donde todo es potencialmente engañoso o sospechoso, la totalidad y el poder-ser-de-un-modo-total han dejado ya de deducirse de circunstancias externas. La integridad ya no se puede pensar más como un valor obtenido en virtud de una actitud de entrega a un entorno benéfico, sino sólo apenas como la contribución propia de un organismo que cuida él mismo de delimitarse respecto al medio ambiente. Con ello, se allana el camino para un nuevo motivo de reflexión, sin el cual el hogar ideológico de la Modernidad estaría incompleto, a saber: que la vida no subsiste tanto participando en el Todo como estabilizándose mediante la clausura en torno a sí misma y la negativa selectiva a participar. No se dice poca cosa cuando definimos esta situación como el pensamiento fundamental de una civilización pos-metafísica o metafísicamente diferente. Su huella psicosocial se pone de manifiesto en el *shock* naturalista por el cual la cultura que se ilustra en términos biológicos aprende a pasar de ser una ética fantasmagórica basada en una coexistencia amistosa universal a una ética que cuida los intereses de las unidades finitas; un proceso de aprendizaje en el que el sistema político ha dado pasos decisivos a partir de Maquiavelo. Esta ética sólo se puede instituir a partir de una reflexión fundamental en torno a las fuentes de la inmunidad.

En el transcurso del siglo xx, el crepúsculo de la inmunidad determina las condiciones intelectuales de luz. Un aprendizaje de la desconfianza, del que no existe ningún precedente por lo que a historia del pensamiento respecta, empalidece el sentido de todo lo que hasta ahora se ha llamado racionalidad. Para la inteligencia que se mueve en el frente de este desarrollo comienzan los años de aprendizaje marcados por la ausencia de la entrega.

Esta edición de  
*TEMBLORES DE AIRE*,  
de Peter Sloterdijk,  
se terminó de imprimir  
el día 3 de febrero de 2003,  
en Guada Impresores.

**PRE-TEXTOS/ENSAYO**

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA MISMA COLECCIÓN

G. Agamben / G. Deleuze / H. Melville / J. L. Pardo  
*Preferiría no hacerlo*

Giorgio Agamben  
*Medios sin fin*

Jean Améry  
*Más allá de la culpa y la expiación*

Manuel Barrios  
*Narrar el abismo*

Jean Améry  
*Revuelta y resignación*  
*(Acerca del envejecer)*

Vladimir Jankélévitch  
*La muerte*

Aurelio Arteta  
*La virtud en la mirada*

Chantal Maillard  
*Filosofía en los días críticos*

Claire Lejeune  
*El libro de la hermana*

Pere Saborit  
*Política de la alegría*

E. M. Cioran  
*Cuaderno de Talamanca*

Michel Onfray  
*Teoría del cuerpo enamorado.*  
*(Por una erótica solar)*

Slavoj Žižek  
*¿Quién dijo totalitarismo?*  
*(Cinco intervenciones sobre*  
*el (mal)uso de una noción)*

J. L. Pardo / F. Savater  
*Palabras cruzadas*





El ensayo *Temblores de aire. En las fuentes del terror* está escrito entre la voladura de los dos rascacielos neoyorkinos y el secuestro por un comando checheno de los asistentes a un teatro de Moscú. Asalto cuya conclusión —todavía se discute si los gases empleados eran enervantes, anestésicos o una mezcla inodora e incolora de ambos— parece la confirmación empírica de la fantasía profética de Haslinger, citada por Sloterdijk, cuando imagina en *Opernball* la Ópera de Viena convertida por unos criminales en una gran cámara de gas. Está escrito, igualmente, en la época de las ofensivas militares contra la autonomía de los palestinos y de los atentados suicidas. Poco antes, la guerra de Kosovo tuvo la forma de un intenso bombardeo aéreo sobre Serbia. Y la intervención extranjera en Afganistán consistió sustantivamente en masivos bombardeos de alfombra sobre montañas de difícil acceso, hábitat y refugio de aquellos que se quería eliminar.

Gran parte del ensayo está dedicada a mostrar la genealogía de la forma que ha adquirido el terror moderno a lo largo del pasado siglo, forma cuya explicitud progresiva convoca su apoteosis venidera.

Sloterdijk señala el uso del gas clórico que hizo el ejército alemán frente a la infantería franco-canadiense el 22 de abril de 1915, en la célebre batalla de Yprés, como el momento inaugural del modelo atmoterrorista. A partir de esa escena se desarrolla todo un saber climatológico negro que no hará sino incrementar el conocimiento de las condiciones de vida del adversario con el fin de asfixiarlo por gases, producir tormentas de fuego que abrasen el aire y su entorno o saturar la atmósfera de radiaciones.

N. S. D

ISBN 84-8191-518-1



9 788481 915181